



HQN™

ESCRITO CON SANGRE Y SEDA

África Ruh y Marta Cruces

ESCRITO CON
SANGRE Y SEDA

África Ruh y Marta Cruces

Índice

ESCRITO CON SANGRE Y SEDA

[Sinopsis](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1 Charlie](#)

[Capítulo 2 Leo](#)

[Capítulo 3 Charlie](#)

[Capítulo 4 Leo](#)

[Capítulo 5 Charlie](#)

[Capítulo 6 Leo](#)

[Capítulo 7 Charlie](#)

[Capítulo 8 Leo](#)

[Capítulo 9 Charlie](#)

[Capítulo 10 Leo](#)

[Capítulo 11 Charlie](#)

[Capítulo 12 Leo](#)

[Capítulo 13 Charlie](#)

[Capítulo 14 Leo](#)

[Capítulo 15 Charlie](#)

[Capítulo 16 Leo](#)

[Capítulo 17 Charlie](#)

[Capítulo 18 Leo](#)

[Capítulo 19 Charlie](#)

[Capítulo 20 Leo](#)

[Capítulo 21 Charlie](#)

[Capítulo 22 Leo](#)

[Capítulo 23 Charlie](#)

[Capítulo 24 Leo](#)

[Capítulo 25 Charlie](#)

[Capítulo 26 Leo](#)

[Capítulo 27 Charlie](#)

[Capítulo 28 Leo](#)

[Capítulo 29 Charlie](#)

[Capítulo 30 Leo](#)

[Capítulo 31 Charlie](#)

[Capítulo 32 Leo](#)

[Capítulo 33 Charlie](#)

[Capítulo 34 Leo](#)

[Capítulo 35 Charlie](#)

[Capítulo 36 Leo](#)

Sinopsis

Londres, 1874. Tras la muerte de lord Wellesley, solo tres personas conocen el secreto de Charlie, su hijo y heredero: es una mujer. Una de ellas es Leo, su hermano bastardo, y las otras dos no descansarán hasta arruinar su reputación para siempre. Sin embargo, las últimas voluntades de lord Wellesley alejarán a Charlie y Leo de Londres para emprender una huida frenética por la Ruta de la Seda. Ciudades exóticas como Alejandría, Calcuta y Cantón serán testigos del afán de los hermanos por escapar del pasado y de su temor a enfrentarse a un presente marcado por una pasión prohibida.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2019 África Vázquez Beltrán y Marta Cruces Díaz
© 2019 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Escrito con sangre y seda, n.º 220 - febrero 2019

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A. Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Dreamstime.com y Shutterstock.

I.S.B.N.: 978-84-1307-548-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

*Para María, nuestra compañera de
aventuras.*

Capítulo 1

Charlie

Londres, 7 de mayo de 1874

Cuando la tierra fresca cae sobre el féretro, Charlie se traga un sollozo. No ha derramado una sola lágrima durante el funeral, ni siquiera cuando ha visto cómo la fosa engullía el ataúd de su padre; pero ahora, mientras las primeras plegarias se elevan hacia el cielo gris, comprende que ha llegado el final.

Y uno nunca se prepara del todo para el final.

El cementerio de Abney Park podría ser un lugar hermoso. Charlie conoce cada curva del sendero, cada piedra vieja cubierta de musgo; desde que su madre murió, lo ha visitado a menudo con su hermano. Leo solía cogerle de la mano cuando cruzaban la verja, y su padre les entregaba dos rosas blancas para colocarlas junto a la lápida. Eran los únicos visitantes de esa tumba, pero sus flores eran tan especiales que siempre estaban frescas. Charlie las arreglaba con cariño; Leo, con temor reverencial. A lady Wellesley le encantaban las rosas blancas.

No hay rosas para la tumba de lord Wellesley, solo tierra y rezos. Charlie apenas escucha las palabras del sacerdote, su corazón está lejos del cementerio. En la estación de King's Cross, donde vio a Leo por última vez. Con su abrigo impecable y su mirada serena. Con ese baúl lleno de promesas rotas.

Todo sería más fácil si Leo estuviese a su lado, pero hace un año que se marchó a Francia y no parece dispuesto a volver. Charlie ha estado semanas escribiéndole, contándole sus peores miedos..., y no

ha obtenido ninguna respuesta. Ni una carta. Ni un telegrama. Nada.

Se siente muy insignificante ahí de pie, con su traje negro y el sombrero entre las manos, con sus veinticinco años y su falta de experiencia, despidiendo por última vez a la única persona en la que podía confiar.

Porque Leo le ha abandonado. Es la única explicación que se le ocurre.

—Echaremos tanto de menos a su padre —gime Betsy a través de su pañuelo arrugado. Sus mejillas hundidas están llenas de lágrimas.

Charlie mira con afecto al ama de llaves y echa a andar por el camino. Pronto alguien le da un toquecito en el hombro; recibe un pésame, y dos, y tres. Habrá más cuando lleguen a Wellesley Manor.

—Maggie se ha adelantado —le dice Betsy en voz baja—. Para que todo esté listo cuando lleguemos.

Charlie asiente. Ha organizado un ágape para recibir a los allegados de su padre; le ha costado una pequeña fortuna, pero no se arrepiente. Es lo que haría el hijo de lord Wellesley, y Charlie quiere estar a la altura.

Aunque ella nunca será el hijo de James Wellesley. Por mucho que todos lo crean así.

O casi todos.

Ahora que su padre ha muerto, solo tres personas saben que Charlie no es Charles, sino Charlotte. Que James Wellesley no tuvo un hijo legítimo, sino una hija.

Una de esas personas es Leo. Las otras dos...

Las otras dos se presentarán en Wellesley Manor, claro está. Y Charlie teme que llegue ese momento.

Empieza a caer una lluvia ligera. Charlie no se pone el sombrero, el pelo rubio se le pega a la nuca, pero no le importa.

La masa de hombres y mujeres vestidos de negro se dirige hacia la verja de hierro oscuro. Charlie se mezcla con ellos, aceptando los murmullos de consuelo con pequeñas inclinaciones de cabeza, como solía hacer su padre cuando alguien se dirigía a él, y se pregunta si algún día dejará de sentir ese vacío en el estómago.

Y entonces su mirada se detiene entre dos cipreses. Y su corazón

se acelera.

Entre los árboles hay una alta figura. Una figura que ha permanecido al margen todo ese tiempo, pero ahora, por fin, avanza hacia Charlie. Viste de negro, como corresponde, y también se ha quitado el sombrero. Charlie se fija primero en sus manos, que tienen los nudillos blancos, y después en su cara. Una cara ovalada, armoniosa y de rasgos suaves.

Traga saliva.

Conoce bien esos ojos rasgados. Los ha contemplado cientos, miles de veces; y, sin embargo, se pierde en ellos una vez más.

—¡Es él, mi lord! —oye susurrar a Betsy a sus espaldas.

La gente empieza a cuchichear. No es nada nuevo: para la alta sociedad londinense, él siempre será el intruso. El «desliz» de Wellesley, el hijo ilegítimo. Solo en una ocasión le llamaron bastardo, y Charlie se encargó de romperle la nariz al osado. Por aquel entonces, tenía dieciséis años y su padre le castigó.

Sí, él siempre será un extraño para la mayoría. El hijo de un lord y una mujer china. El hijo al que nunca debieron concebir.

Nada más verlo, Charlie nota que se le llenan los ojos de lágrimas. Y el sollozo que se había guardado dentro aflora. Sabe lo que dirán después: «El nuevo lord Wellesley rompió a llorar como una niña en el funeral de su padre». Pero no le importa, no puede evitarlo. Ni quiere.

Una sola palabra brota de sus labios. Dulce. Cargada de sentimiento.

—Leo.

Y así, sin ninguna ceremonia, Charlie se refugia en los brazos de su medio hermano.

Capítulo 2

Leo

La casa recibe a Leo con el olor de los recuerdos. Su expresión es contenida, pero dentro de él se ha desatado una tormenta. Sobre todo, al ver el sombrero de su padre prendido aún en el perchero de entrada; casi puede verse acudiendo a la puerta para tendérselo antes de que salga.

Wellesley Manor era uno de los grandes orgullos de su padre. Aunque James consiguió el título de lord casándose con la única heredera de los Wellesley, su familia política siempre lo rechazó por sus orígenes humildes, por lo que el matrimonio pasó años viviendo en una sencilla casa de campo. Pero, cuando el negocio de la seda prosperó, lord y lady Wellesley pudieron mudarse a una mansión londinense con toda clase de comodidades. Lady Wellesley solía decir que su madre, una viuda casada en segundas nupcias con un banquero, no debía de dar crédito a la suerte de su hija.

Pero, para Leo, lo importante de esa casa son los recuerdos. Su padre coleccionaba curiosidades de sus viajes y todas ellas encerraban historias increíbles. Charlie disfrutaba escuchándolas; Leo, viendo disfrutar a Charlie.

Y ahora todo lo que queda de lord Wellesley son los ecos de esas historias y un puñado de fotografías palideciendo en sus marcos.

—¿Qué tal París? —pregunta Charlie después de estrechar la mano de uno de los invitados.

—Bien, el tiempo es bastante más estable en el continente.

—¿Y has hecho muchos trajes?

No hay burla en su voz, solo algo de resentimiento.

—Alguno, sí, he estado trabajando sin parar —responde Leo con tono sombrío.

—¿Por eso no contestabas a mis cartas?

Se produce un silencio incómodo.

Alguien se acerca a darle el pésame a Charlie y Leo aprovecha el momento para escabullirse y no tener que contestar. Se dirige hacia las cocinas en silencio, consciente de que la gente le mira al pasar. Como siempre.

Sabe que es un joven bien parecido: alto, de espalda ancha y porte recto. Sería la envidia de cualquier caballero inglés... si no fuese por sus rasgos asiáticos. Esos que le hacen distinto a todos.

Sus hombros solo se relajan cuando el rostro redondo de Maggie aparece ante él. Pero ella no se percata de su entrada, su mirada está perdida más allá de los fogones. Tiene la melena pelirroja recogida y bajo el pesado delantal lleva el vestido de luto que la ha acompañado desde el fallecimiento de lord Wellesley. Leo la recuerda con las mejillas sonrosadas por el trabajo duro, pero ahora está pálida.

—Maggie —llama en voz baja.

La mujer da un pequeño brinco y se lleva una mano al pecho.

—Siempre tan silencioso, ¿dónde estaba? —recrimina suavemente.

—Lo lamento. —Leo responde al reproche con cierta tirantez.

Maggie suspira con aire agotado y asiente. Leo se dirige hacia la tetera, pero aprovecha la cercanía para mirar con cariño a la mujer mientras ella sigue sus movimientos.

—Me alegra que haya venido —dice Maggie antes de apartarse y seguir con sus tareas.

Se concentra en servir la taza mientras la desazón se apodera de sí. Ha venido, está en casa; pero no ha llegado a tiempo.

Leonard J. Wellesley había recibido las cartas de su hermana cada vez más intranquilo. París había sido su salvación para huir de una sociedad que le juzgaba, se rodeó del mundo de la moda aprendiendo de los grandes sin tener que avergonzarse de su procedencia ilegítima. Pero el estado de su padre, cada vez más delicado, le había quitado el sueño.

Sin embargo, no contestó a las cartas. A ninguna de ellas. Y ahora ya es tarde para pedir perdón.

Ya es demasiado tarde para todo. Excepto para tomar a Charlie entre sus brazos y estrecharla con los ojos cerrados bajo la lluvia, en mitad del cementerio de Abney Park. Nunca olvidará el sonido de sus sollozos, ni la sensación de estar en casa por primera vez en mucho tiempo.

Es un poso en su corazón que no puede borrar. Aunque lo intente.

Leo se mueve entre los conocidos que han acudido a darle su último adiós a James Wellesley. Una vez más, siente las miradas clavadas en él, pero no reacciona.

Porque eso es lo que debe hacer el hijo bastardo de un lord inglés: agachar la cabeza y representar su papel.

Pero, cuando el gentío se abre ante él y le deja ver a Charlie, no puede evitar mirarla con dulzura mientras le tiende la taza de té.

Sus ojos se encuentran de nuevo, dos miradas que poco tienen que ver salvo el cariño que se profesan. Aunque incluso eso podría enturbiarse de algún modo. Bien lo sabe Leo.

Charlie se lleva la taza a los labios y le cae sobre la frente un mechón rubio, aún húmedo. En otro tiempo, Leo no hubiera dudado en alargar el brazo para retirárselo con delicadeza. Ahora crispera los puños a ambos lados del cuerpo para no provocar esa cercanía.

—¿Cuánto azúcar le has puesto? —le pregunta Charlie.

—He perdido la cuenta.

Charlie parece a punto de sonreír, pero no llega a hacerlo.

Leo escucha una voz grave y altiva:

—Lord Wellesley, lamentamos profundamente su pérdida.

Los ojos se le entrecierran ligeramente al reconocer el timbre y se gira para encarar a un joven algo mayor que él, de complexión fuerte y ligeramente intimidante. Es solo un par de años mayor que Charlie, pero su porte le hace parecer más adulto y serio. Además, la cara cuadrada y el pelo pelirrojo le otorgan cierto atractivo. Leo es el único que no parece impresionado al verlo.

—Señor Rothgard —dice tendiéndole la mano—, le agradecemos que haya venido.

El hombre mira lánguidamente su mano extendida. Durante unos segundos eternos, Leo piensa que va a ignorarla. Sabe que sería perfectamente capaz de ello. Pero acaba por estrecharla ligeramente, como si se tratase de una molestia.

Leo aprieta la mandíbula. Al volverse hacia Charlie, puede leer en sus ojos el disgusto que le provoca la situación. Aprovecha para coger su taza y dejarla sobre una caja de marfil. Por el rabillo del ojo, ve que los dos primogénitos se dan la mano con firmeza.

Arthur Rothgard es, a buen seguro, una de las personas peor recibidas en ese contexto. Aunque no tanto como el difunto señor Rothgard, claro está. Murió dos años antes que lord Wellesley, pero llevaba diez sin hablarse con él.

Los ojos azules de Charlie, normalmente afables, parecen centellear en ese momento. Leo coloca una mano en la parte baja de su espalda, tratando de transmitirle apoyo y calma.

Arthur capta el movimiento y deja entrever los dientes en una sonrisa. Entonces se oye una segunda voz, más suave:

—Siento mucho su pérdida.

Gideon Rothgard comparte el porte elegante de su hermano; su expresión, por el contrario, es amable. Sobre todo, cuando se dirige a Charlie.

—Gracias —contesta ella.

Su tono es cálido, como si hablara con un amigo. A Leo no le da buena espina.

Después de todo, los Rothgard conocen el secreto de Charlie. Son los únicos que saben que su verdadero nombre es Charlotte y no Charles, que empezó a interpretar el rol de varón cuando lady Wellesley supo que no podría engendrar más hijos. Al fin y al cabo, Leo era un bastardo y, si de ella dependía, su nombre ni siquiera aparecería en el testamento de la familia.

Gideon desliza los ojos desde el rostro de Charlie hacia el de Leo con un desdén mal disimulado.

—No pensé que le fuéramos a ver aquí, pero me alegra que haya podido venir a consolar a su familia.

Aunque le tiende la mano, Leo comprende perfectamente lo que

intenta decirle: él no merece estar junto a Charlie ahora mismo.

Como si no lo supiera.

Le estrecha la mano con seriedad. No es capaz de pronunciar palabra hasta que los dos jóvenes se despiden para mezclarse con el resto de invitados.

Suelta la respiración que no recordaba haber estado reteniendo y se da cuenta de que Charlie hace lo mismo. Los dos se miran un instante. Y sonríen.

Aunque Charlie deja de hacerlo en cuanto ve dónde ha dejado Leo su taza.

—Leo, ten cuidado con las cosas de padre. Esta caja de rapé tiene valor sentimental.

—Si no pudiera dejar las cosas cerca de algo con valor sentimental, tendría que llevar toda la vajilla encima.

—Pues no vuelvas a hacerlo.

Charlie examina la caja con aprensión. Leo no va a entrar en una discusión tan familiar en ese momento; la presencia de los Rothgard le preocupa demasiado. Sobre todo, porque Charlie no parece tan incómoda como debería.

—¿No temes lo que puedan decir? —le pregunta directamente.

Charlie se vuelve hacia su hermano y le observa fijamente antes de hablar.

—Las cosas no son como cuando te marchaste, Leo.

Su estómago da un vuelco en ese instante. No sabe si es por culpa de sus palabras, de su tono de voz o de esa mirada insondable, pero tiene un terrible presentimiento.

Capítulo 3

Charlie

El abogado de la familia Wellesley tiene su despacho en el número 71 de Oxford Street, justo al lado del Teatro de la Princesa. El padre de Charlie solía decir que era una excelente ubicación, puesto que al viejo Miller le encanta dramatizar; a él no le importaba seguirle el juego, pero Charlie no ha heredado su paciencia.

Y ahora observa a Miller sin pestañear mientras él relee el papel amarillento y murmura: «¡Ay!» y «¡Ay, ay, ay!» entre resoplidos.

—¿Y bien? —pregunta entre dientes.

Leo no dice nada. Está muy serio desde el funeral. ¿Le habrá afectado el encuentro con los Rothgard? Charlie no sabe si debería sacarle el tema; antes podían hablar de todo con confianza, pero... ya no es lo mismo.

Leo se fue cuando más le necesitaba. Unas cuantas lágrimas compartidas no compensan un año de abandono.

Charlie levanta la barbilla y se encuentra con los ojos del abogado, que se atusa los bigotes con aire pensativo.

—Deudas —suspira—. Eso es lo que les ha dejado su padre, que en paz descansen. —Miller cierra los ojos con aire compungido—. Deudas, un negocio que no da beneficios y una casa, Wellesley Manor, que no tienen dinero para mantener. —Sacude la cabeza—. Ojalá su madre, que en paz descansen, hubiese mantenido el contacto con su abuela —suspira mirando a Charlie—. Ella podría ayudarles con...

—No queremos saber nada de esa mujer, señor Miller —ataja Charlie con firmeza—. Repudió a mi madre y, para mí, eso es

suficiente.

—Como diga, mi lord —carraspea Miller—. En ese caso, lo único que tenemos es...

—¿Sí?

Charlie mira de reojo a Leo, que no ha abierto la boca en todo ese rato. Sus ojos están clavados en la ventana del despacho; el sol arranca destellos del polvo y, por un momento, Charlie recuerda el cuarto donde su hermano y ella jugaban, discutían y recibían lecciones de la misma institutriz. Cuando la palabra «bastardo» era una gran desconocida para ambos y los Rothgard aún formaban parte de su vida.

—Una pequeña suma de dinero —dice Miller al cabo de un momento. Y, de nuevo, contempla a Charlie a través de sus gafitas redondas—. Y un juego de ajedrez.

—¿Un juego de ajedrez? —repite Charlie—. ¿Eso no va incluido con la casa?

—En efecto, pero su padre quiso que lo especificara.

De nuevo, se hace el silencio. Charlie contempla a Leo con disimulo: se ha puesto uno de sus mejores trajes, de excelente calidad; siempre ha tenido mejor gusto que ella para los tejidos. Y más interés.

Leo tendría que haber sido el hijo legítimo de su padre. James Wellesley nunca expresó ese pensamiento en voz alta, pero Charlie lo veía en sus ojos cada vez que contemplaba a su medio hermano. Y jamás se lo reprochó.

Pero la alta sociedad londinense no iba a permitir que un extranjero ocupara el lugar de un lord. Y ahí entró en juego su propia madre: cuando tres médicos distintos le dijeron que no podría tener más hijos, insistió en que Charlotte se convirtiera en Charles. No soportaba la idea de que un extraño ostentara su título.

Le costó convencer a lord Wellesley, por supuesto; él decía que su hija tenía derecho a ser quien era al margen de los problemas familiares. Curiosamente, fue la propia Charlie quien lo convenció. Aún recuerda lo feliz que se sintió cuando vio la oportunidad de regalar sus vestidos y compartir el armario de su hermano, cuando

supo que iba a poder salir a la calle, ensuciarse la ropa y meterse en peleas sin que nadie le recordara que «debía comportarse como una señorita». Ella no quería ser una señorita. Ella solo quería hacer lo mismo que Leo.

Por otro lado, Charlie no pensó que ser lord Wellesley conllevaría semejante responsabilidad. Aunque su padre trató de enseñarles en qué consistía el negocio de la seda cuando eran pequeños, solo Leo se interesó en aprender. Charlie pronto descubrió que aquello no era lo suyo.

—¿No hay ninguna forma de... salvar el negocio? —pregunta su hermano entonces. Como si le hubiese leído el pensamiento. El sonido de su voz, grave y musical, hace que Charlie se estremezca—. Podríamos hablar con el señor Wong. Si invertimos el dinero que queda...

—Lord Wellesley tendría que estar de acuerdo —le interrumpe Miller con tono severo.

A Charlie le cuesta unos segundos recordar que ahora ella es lord Wellesley.

—Lord o no, mi hermano también tiene derecho a opinar. Y sabe más que yo —añade con lealtad.

—Pueden hablar con el administrador de su padre —concede Miller—, pero el señor Wong les dirá lo mismo que yo: que el negocio está acabado. Si quiere mi consejo —añade mirando a Charlie—, lo mejor que puede hacer es casarse con una rica heredera que no posea título alguno. Suele ser un arreglo satisfactorio para ambas partes.

—No soy un cazafortunas, señor Miller —suspira ella.

—Su madre tampoco lo era y mire lo bien que le fue. —Miller se recoloca las gafas.

Charlie evita responder. Cuenta con un nutrido grupo de admiradoras entre la alta sociedad londinense, y sabe que su título ni siquiera es la razón principal. Obviamente, nunca ha podido coquetear con muchachos, por lo que sus flirteos adolescentes han sido con jóvenes ricas y aburridas. Y no es que no le gusten, pero no puede llevarse a ninguna a la cama, ni mucho menos al altar.

No, el matrimonio no es una posibilidad.

—Por otro lado... —empieza a decir el abogado entonces.

Charlie le dirige una mirada interrogante.

—Los señores Rothgard querían hablar con ustedes —confiesa Miller—. Según parece, pretenden hacerles una proposición. Aunque no han querido darme detalles.

—No vamos a venderles el negocio —salta Leo.

Charlie se gira hacia él. Nada más pronunciar esas palabras, se ha llevado los nudillos a los labios; ahora parece arrepentirse de su arrebato.

Pero Charlie está de acuerdo.

—De ninguna manera —declara—. Nuestro padre nació pobre y se hizo rico con su esfuerzo. Trabajando duro, arriesgándose y viajando por todo el mundo. Destruir lo que él construyó sería un insulto a su memoria.

—No es preciso insultar la memoria de nadie —dice el abogado levantando las manos con aire teatral—. No sé si esa es la propuesta de los Rothgard, pero, si quieren mi consejo, deberían estudiarla. Al fin y al cabo —añade con cautela—, sus padres fueron socios en el pasado.

Charlie se contiene para no saltar al otro lado de la mesa y agarrar al maldito Miller de las solapas. El abogado no tiene la culpa de que su padre se peleara a muerte con el difunto señor Rothgard, pero eso no impide que a Charlie le rompa el corazón comprobar que sus eternos rivales han sabido mantener la fortuna que su propia familia perdió.

Ni Leo ni ella saben qué sucedió exactamente cuando James Wellesley y el señor Rothgard volvieron de su último viaje a China. Los dos habían empezado juntos en el negocio de la seda y eran buenos amigos, además de socios, pero su relación se enturbió con el nacimiento de Leo y se cortó abruptamente unos años después, cuando los Wellesley se mudaron a Londres y perdieron todo el contacto. Poco después, los Rothgard también se trasladaron; a Charlie le resultaba extraño cruzarse con Arthur y Gideon, sus antiguos compañeros de juegos, y fingir que no los conocía. Pero James Wellesley jamás quiso explicarles lo sucedido entre el señor

Rothgard y él, y Charlie no está muy segura de querer averiguarlo.

La cuestión es que Arthur y Gideon conocen el secreto de Charlie y eso hace que la situación sea más delicada.

Si solo fuese Gideon, a Charlie no le preocuparía. Pero seguro que a Leo sí. Él se marchó a Francia odiando a los Rothgard y no parece que nada haya cambiado.

Charlie se gira hacia él, pero su cara parece una máscara de piedra. A diferencia de Charlie, Leo es capaz de esconder muy bien sus sentimientos. Demasiado bien.

—Tómense un par de días de duelo y reflexión —concluye Miller—. Luego, cuando se hayan decidido, vengan a verme otra vez y lo dispondremos todo de la mejor manera posible.

Charlie agradece poder abandonar el despacho de Oxford Street. Un manto de nubes grises ha vuelto a cubrir el cielo mientras se despedían del abogado; pronto empezará a llover. Leo lleva paraguas, afortunadamente. Charlie siempre olvida coger uno.

En cuanto se quedan solos, Leo le dirige una mirada grave.

—No sé qué es eso que ha cambiado en el último año —dice en voz baja—, pero me niego a permitir que los Rothgard se hagan con el negocio. Padre no lo hubiese querido.

¿Se lo parece a Charlie o hay algo de resentimiento en sus palabras? Pensarlo le molesta: después de todo, fue él quien decidió marcharse. Nadie le obligó.

—Sé perfectamente lo que hubiese querido padre —responde acaloradamente—, y ya has oído lo que he dicho ahí dentro.

—Bien.

—Bien.

Charlie enfila la calle. No quiere enfadarse con Leo, no ahora que es la única familia que tiene. ¿Qué va a hacer sin él?

En el fondo, una parte de su irritación es consigo misma. Porque necesita a su hermano más de lo que le gustaría admitir.

—¿Qué crees que quieren? —le oye decir a sus espaldas.

Detiene sus zancadas y se gira para contemplarle. Está abriendo el paraguas; Charlie no se había dado cuenta de que había empezado a caer una lluvia ligera sobre ellos. Diferente a la que los envolvía en el

cementerio el día anterior.

Se estremece al recordarlo, pero intenta disimular. Leo se acerca con el paraguas abierto y lo coloca sobre sus cabezas.

Charlie evita tocarle, sería raro ver a dos chicos recorriendo Londres cogidos del brazo. O esa es la excusa que se pone a sí misma.

—No lo sé —responde finalmente—. Pero me temo que lo averiguaremos pronto.

Y así, envueltos en un silencio cargado de incertidumbre, toman el camino de vuelta a Wellesley Manor.

Capítulo 4

Leo

Barnaby Miller sigue siendo la misma basura de persona.

Siempre intentó persuadir a su padre para que quitara el nombre de su hijo bastardo de cualquier bien que obtuviese. Leo lo sabe porque solía escuchar a escondidas cuando visitaba la mansión, primero porque quería aprender del abogado y después porque necesitaba saber a lo que se enfrentaba. Con lo que viviría toda su vida por ser ilegítimo.

Se siente mucho mejor cuando vuelven a la mansión. Sobre todo, estando dentro de su habitación. Los colores cálidos que predominan en toda la casa también se encuentran allí, en esa madera lustrosa de acabado oscuro y esos muebles mellados por el tiempo, prueba de una historia larga y dorada. Es el recuerdo de lo que los Wellesley significan, un apellido que se puede apreciar en los blasones que presiden casi todas las habitaciones. Lady Wellesley renunció a su familia, pero no a su nombre. A eso no.

A pesar del equipaje aún sin deshacer y de todos los recuerdos que le abruman, Leo se siente a gusto. Disfruta pasando bajo los arcos apuntados que hay en cada entrada y contemplando la marquetería de las ventanas. Puede encontrar algo bueno a lo que aferrarse en cada rincón; lo achaca a que está a salvo entre esas paredes familiares, igual que cuando el aroma de Charlie lo envuelve. En el cementerio, la noche anterior, esa misma tarde.

Porque es su hermana. Tiene que recordárselo una vez más.

Está preocupado por lo que Miller les ha dicho sobre la proposición de los Rothgard. Recuerda lo que Charlie le dijo la noche

anterior: que habían ocurrido cosas en su ausencia. No deja de preguntarse a qué se refiere y si lo hubiera impedido de no haberse marchado.

Pero no se arrepiente de haber tomado esa decisión. No siempre, al menos. En parte quería valerse por sí mismo, aprender de los mejores sastres franceses sin sentirse juzgado por su sangre ilegítima. En parte quería... Quería escapar. Pero no de lo que Charlie imagina.

Ha dejado la levita en la cama y se ha desabrochado los botones del chaleco. Se afloja el nudo de la corbata mientras se dirige hacia la ventana. Apoya la frente en el cristal y contempla la calle a través de la cortina de lluvia.

Ha extrañado Londres; pero, sobre todo, a ella. Puede escuchar sus pasos enérgicos por la planta, seguramente en busca de algo que no sabe dónde ha dejado. Se le escapa una sonrisa. Una que no debería estar allí por lo que significa.

Cierra los ojos.

Le duele que sea tan inevitable, le duele que algo tan simple como unas botas pisando el suelo de casa haga que sienta calor en su pecho. Como una mecha que se consume a toda velocidad y, al mismo tiempo, permanece intacta.

Los pasos de Charlie se detienen frente a la puerta cerrada de su habitación. Leo no abre los ojos hasta que oye girar la manija. Charlie nunca llama antes de entrar y eso ha dado lugar a momentos entre bochornosos y divertidos desde que ambos llegaron a la adolescencia.

—Leo... —dice su hermana.

Por fin, Leo se separa del cristal. Mete las manos en los bolsillos y le dirige a Charlie una mirada larga, cargada de pensamientos que no debería tener.

—Sí, ahora bajaba a cenar.

—Bien. Aún quedan restos del ágape del funeral, Maggie los ha dejado preparados en el comedor...

—¿Jugamos una partida de ajedrez?

Charlie parece sorprendida por su pregunta. El ajedrez no es algo

que se le dé excesivamente bien; lord Wellesley solía jugar con los dos, pero era Leo quien se esforzaba de veras para impresionarlo. Intentando demostrar algo de valía.

—Eh... como quieras —contesta finalmente Charlie.

Entonces ve la maleta sin deshacer y su mirada se endurece.

—¿Te vas a ir?

—No. —Leo contiene el aliento—. Al menos, por ahora.

Charlie resopla y se da la vuelta de forma violenta.

—Baja a cenar cuando quieras.

La puerta se queda abierta, mostrándole a Leo el pasillo que se ha quedado vacío. Como su interior en ese instante.

Sabe que no pueden seguir así. No puede vivir bajo el mismo techo que Charlie: demasiados recuerdos, demasiados sentimientos que no puede controlar.

Si se mantiene alejado, por el contrario, podrá verla solo como su hermana.

—Espera.

Sale al pasillo y toma a Charlie del brazo con delicadeza.

—Sabes que este no es mi lugar.

—¿Y el mío sí? —pregunta Charlie sin girarse hacia él.

Desde donde está, Leo no puede verle el rostro. Así que tira de ella para quedar frente a frente, con los dedos estrechando la manga de su camisa.

—Es el que te corresponde, al menos —contesta con amargura.

—Y tú te quedas con la comodidad de largarte...

—No es cómodo marcharte de tu hogar.

—Entonces, hagamos lo que padre querría que hiciésemos. Juntos.

Leo aprieta la mandíbula. Esas palabras que le suenan a promesas, a gloria, a deseos que no pueden cumplirse. No para él.

Sus dedos se aflojan y su mirada se ensombrece.

—Charlie...

Ahora es su hermana quien le sujeta los brazos. Parece a punto de zarandearlo y conociéndola, podría hacerlo perfectamente.

—Maldita sea, Leo, no me vengas con excusas.

Se miran fijamente. En otros tiempos, Betsy ponía orden en sus

disputas; ahora que han crecido, el ama de llaves tan solo tensa los labios y suspira ostentosamente. Aunque en este momento estará con Maggie, quizá aliviando las penas con una copita de brandy.

—Lo arreglaremos —musita Leo.

Él también agarra los brazos de su hermana. Puede ver cómo el pecho de Charlie sube y baja rápidamente, y está convencido de que a él le ocurre lo mismo.

—Más te vale —dice Charlie tras unos segundos.

Una pequeña sonrisa aparece en sus labios y va directa al corazón de Leo. Como una flecha certera en una diana que no debería existir. Pero, una vez más, es inevitable que le devuelva el gesto.

Los corredores están en penumbra, pero cualquiera de los dos puede pasar bajo sus bóvedas de cañón completamente a oscuras sin tropezarse ni una sola vez. Leo puede adivinar sus siluetas reflejadas en el gran espejo rematado en oro viejo que hay junto a la escalera; cuando era pequeño, le encantaba mirarse en él, ya que sus ojos se veían menos rasgados y más parecidos a los de Charlie.

Cuando bajan al despacho de James Wellesley para coger el ajedrez, parecen superar algo de la tensión que reinaba entre ellos. Incluso se permiten reír al recordar juntos las regañinas que les echaba Betsy cuando se colaban a escondidas en el santuario de su padre para jugar.

Leo nota la falta del inmenso escritorio de caoba. Su padre solía decirles a Charlie y a él que pasaran las manos por la superficie y jugaran a contar las vetas. Así se entretenían mientras lord Wellesley despachaba sus asuntos.

La mirada del joven se pierde sobre el espacio en el que debería encontrarse.

—Lo tuvimos que vender durante la última parte del tratamiento.

—Charlie responde a una pregunta que Leo no ha formulado—. Pensé que sería suficiente con las habitaciones de invitados, pero me equivocaba.

Leo aprieta los puños dentro de los bolsillos. Se da cuenta de lo que eso significa: Charlie ha tenido que deshacerse de sus preciados recuerdos, de objetos que ama como tesoros. Saber por todo lo que

ha tenido que pasar sin contar con su apoyo le resulta una tortura. Y no solo Charlie, también su padre.

Charlie coge el tablero. Verlo le trae muchos recuerdos a Leo. Le parece más pequeño que en su memoria, tal vez porque hacía tiempo que no lo usaban. Está doblado por la mitad, formando una caja perfecta, aunque tiene los cuadrados bicolors algo desgastados.

Los restos del ágape les esperan en el comedor, en el que faltan más sillas de las que hay. Charlie cuenta las piezas del juego para asegurarse de que están todas; sus ojos se abren un poco más, brillantes por las lágrimas que acuden rápidamente.

—Leo —dice ahogando un sollozo—, hay una nota...

Leo se sitúa tras ella y contempla el trozo de papel que había sobre las piezas de ajedrez. Siente que se tensa al reconocer la letra escrita con pulcritud. Apoya las manos en los hombros de Charlie y se los aprieta con suavidad.

Los dedos de su hermana tiemblan cuando cogen la nota y termina de desdoblarla para leerla:

Para que volváis a pasar tiempo juntos.

Pasa el pulgar por la firma de James Wellesley como si fuera lo más preciado del mundo y a Leo se le retuerce el corazón. Sus manos descienden para abrazar a su hermana por detrás.

—Quería que estuviésemos juntos, Leo —murmura ella—. Por eso le insistió a Miller con lo del ajedrez.

—Sí. —Estrecha el cuerpo de Charlie contra su pecho—. Eso quería padre.

—Y lo sabía. Sabía que lo haríamos. —Como Leo no dice nada, ella insiste—: La nota es para los dos. Padre sabía que volverías.

Charlie se gira hacia él con expresión dulce. Los ojos de Leo recorren su rostro, casi lo acarician con la mirada.

—Por supuesto que iba a volver. —Se separa de ella con cuidado—. No iba a quedarme en París después de... —Maldice interiormente—. Siento no haber venido antes.

Ahora siente frío. Una sombra dolorosa se extiende por todo el rostro de su hermana. Leo se contiene para no volver a abrazarla y decirle que se quedará a su lado todo lo que quiera.

No es una buena idea.

—Juguemos —dice entonces Charlie.

Saca las piezas para preparar el tablero. Ese juego proviene de un anticuario del continente muy amigo de su padre y tiene una característica muy especial: las reinas se diferencian de todas las demás piezas, parecen obras de arte en sí mismas. Delgadas y ricamente labradas, sobresalen en el tablero.

Charlie y él colocan las piezas en silencio, cada uno sentado en su silla y sin mirarse. Aunque quizá Leo le eche algún vistazo a Charlie de vez en cuando.

Las blancas mueven primero. Leo empuja un peón.

Los pequeños aperitivos empiezan a desaparecer de las bandejas que hay desplegadas a su alrededor mientras juegan. Maggie siempre dice que la pena abre el apetito; en realidad, Leo piensa que todo le abre el apetito a Maggie. Pero, al menos, él tiene menos cerrado el estómago.

—¿Y en París qué tal? —pregunta Charlie usando el mismo tono que durante el ágape.

Leo alza la mirada un instante.

—La moda está cambiando, había mucho que aprender para...

Charlie deja escapar un resoplido de impaciencia.

—Leo, no te estoy preguntando por el trabajo o las cuestiones atmosféricas. ¿Qué hiciste? ¿Estuviste con alguien?

—Nadie que tuviese importancia.

Aplastante y triste verdad. Porque ojalá le hubiera servido para pasar página con todo lo que dejaba atrás.

—¿Y tú? —pregunta tras unos segundos de duda.

Charlie mueve el caballo. Leo responde deslizando el alfil rápidamente e insiste:

—Me dijiste que habían pasado cosas mientras yo no estaba y...

Su hermana le detiene a mitad de frase con una exclamación.

—¡No puede ser! La he roto —dice sosteniendo un trozo de torre en la mano.

Leo la observa sorprendido. Baja la mirada hacia el resto de la pieza y la encuentra hueca.

—No, espera, no la has roto —dice mientras la coge y echa un vistazo a su interior.

—¿Qué dices? Mira —insiste Charlie mientras agita el trozo que aún tiene en la mano.

A Leo se le entreabren los labios y le da la vuelta a la pieza sobre el tablero. Un tintineo resuena en el interior de la torre rota; cuando la retira, aparece una pequeña llave con un número de serie grabado.

Charlie la coge con asombro.

—Es una llave de King's Cross —reconoce—. De la consigna. Es la número... —Entrecierra los ojos para leer la etiqueta—. La número ocho.

—¿Por qué padre tenía escondida una de las llaves de la estación en una pieza de ajedrez?

—Para que la encontráramos —dice Charlie con vehemencia—. Tiene que ser por eso.

Revisan el resto de figuras, pero ninguna más parece hueca.

—¿Por qué lo haría así? ¿Por qué no se lo daría a Miller? —murmura Leo.

¿Es que su padre no confiaba en su abogado? En ese caso, ya son dos.

—¿Y qué más da, Leo? No le des más vueltas —dice Charlie levantando la llave con una sonrisa—. Es otro mensaje de padre.

A Leo le recorre un estremecimiento al escuchar su voz soñadora y ver su rostro iluminado. Tal y como lo recuerda de toda la vida. Y es que Charlie siempre fue de sonrisa fácil.

Al contrario que él.

—Iremos mañana —resuelve.

Charlie asiente sin dejar de contemplar la figura y la llave, como si intentara ver en ellas a su padre fallecido. A Leo se le encoge el corazón y estira el brazo hacia su hermana.

—Quizás deberíamos ir a descansar. Ha sido un día muy largo.

Charlie le mira y responde con la misma suavidad:

—Siempre pensando que necesito dormir más. Con lo que me gusta a mí trasnochar —se queja medio en broma.

—Claro, pero luego quien tiene que despertarte soy yo —contesta

Leo dándole un golpecito en la barbilla.

Ella le agarra la mano con la que aún sostiene la llave y sonrío.

—Sabes que eso no pasaría si me dejaras dormir en tu cama...

Leo traga saliva.

No. Eso no puede permitirlo. De ninguna manera.

—Ya no somos críos.

—Bueno, da igual. —¿Se lo parece a Leo o Charlie le mira con aire suspicaz?—. Con las patadas que pegas, es imposible conciliar el sueño.

—Pero si yo no me muevo en toda la noche.

—Sí, tienes razón, eres como una momia, solo intentaba hacer que reaccionaras de algún modo —le dice Charlie. Después suelta su mano y se pone en pie.

Leo se mira la mano unos instantes antes de hacer lo mismo que su hermana. Carraspea al encontrar tan de cerca los ojos azules de Charlie e intenta hacer que los suyos dejen de observarla con tanta insistencia.

—Buenas noches —se despide apresuradamente.

Charlie le agarra de la manga antes de que salga del comedor.

Leo se gira mínimamente, lo suficiente como para ver cómo se acerca a él y se pone de puntillas para darle un beso en la mejilla.

—Buenas noches, Leo.

Después pasa por su lado y se retira.

Leo aún siente el calor de sus labios allí donde los ha posado. Y, una vez más, comprende que hay fuegos que no se pueden extinguir, solo dejar que se consuman.

Capítulo 5

Charlie

Los hermanos Wellesley están preparándose para salir hacia King's Cross cuando oyen que alguien llama a la puerta.

En otros tiempos, el mayordomo de Wellesley Manor, Walter, se encargaba de recibir a las visitas. Walter era muy estricto y consideraba una deshonra que un simple lacayo hiciera ese trabajo, y ya no digamos el ama de llaves. Más adelante, cuando el negocio de la seda empezó a languidecer, hubo que prescindir de los servicios de Walter; desde entonces, es Betsy quien conduce a los visitantes de Wellesley Manor a la biblioteca, donde esperan a ser recibidos.

Betsy entra en la sala para anunciarles que los Rothgard están allí. El ama de llaves parece apurada.

—No me atrevía a echarlos, mi lord, pero puedo decirles que está ocupado —dice retorciéndose las manos—, o que su hermano y usted han salido.

—Descuida, Betsy. —Charlie suspira—. Iré a recibirlos.

Leo la mira, pero no dice nada. Aún está atándose la corbata, por lo que Charlie se le adelanta.

Se arrepiente en cuanto pone un pie en la biblioteca. Los hermanos Rothgard lucen trajes impecables, con gemelos de oro y corbatas de seda. Betsy debe de haberse llevado sus abrigos y paraguas. La expresión de Gideon refleja cierta incomodidad; la de Arthur, el más absoluto desdén.

Charlie apenas puede creer que sea el mismo que le enseñó a trepar a los árboles o la llevó en brazos durante una milla cuando se torció el tobillo. El joven Arthur era brusco y algo engreído, pero

también era un buen amigo.

—Cielos, qué lástima —murmura ahora.

Se quita los guantes con parsimonia. A Charlie no le queda más remedio que dejarle continuar.

—Qué lástima —repite Arthur— que un ama de llaves tenga que abrir la puerta.

Por un momento, sus ojos se encuentran con los de Charlie; tienen un bonito color caramelo, pero no transmiten ninguna calidez.

—Echo de menos al viejo Walter —carraspea Gideon—. Nos regañaba a menudo, pero me caía bien.

Charlie se gira hacia él. Parece mentira que los hermanos Rothgard sean tan parecidos y, al mismo tiempo, tan diferentes.

Igual que sus intenciones.

—Ya no tenemos mayordomo en la mansión —dice Charlie mirando a Arthur—. Pero la señora Mills es muy eficaz. —No va a llamar a Betsy por su nombre de pila en su presencia.

—No lo dudamos —asiente Gideon. Arthur le dirige una mirada burlona.

En ese momento, Leo entra en la biblioteca con actitud relajada. O eso parece. Al menos, sus modales son exquisitos cuando se dirige a sus invitados:

—Señores Rothgard.

Arthur parpadea con lentitud.

—Leonard.

Charlie entreabre la boca. Ese «Leonard» ha sido completamente inapropiado; Arthur no tiene derecho a usar el nombre de pila de su hermano.

Se produce un silencio incómodo.

—Tiene mejor aspecto que en el funeral, señor Wellesley. — Finalmente, Gideon le tiende la mano a Leo—. Francia le ha sentado bien.

Leo le estrecha la mano y Charlie le dirige una mirada de agradecimiento. Gideon responde con una sonrisa apenas perceptible.

Charlie se muerde el interior de la mejilla. Aún no ha hablado de

Gideon con Leo, sabe que debería hacerlo, pero... no es fácil sacar el tema.

Y pensar que nunca antes había prestado atención a Gideon... Era cuatro años menor que ella, más joven incluso que Leo, demasiado pequeño como para unirse a Charlie y Arthur en sus aventuras.

Las cosas pueden cambiar mucho en un año, sí.

Charlie le ofrece a Gideon una butaca frente a la chimenea apagada; para entonces, Arthur ya se ha instalado en el sillón orejero y ha colocado las piernas sobre el escabel más próximo. A Charlie le gustaría coger el escabel y estampárselo en la cabeza. Juraría que Leo está pensando lo mismo, pero, como siempre, su hermano permanece en silencio.

—¿Y bien? —pregunta Charlie mirando a los Rothgard—. ¿Vamos a seguir intercambiando cumplidos o prefieren ir al grano?

Se deja caer en el tresillo que hay frente a las butacas. El mayor de los Rothgard responde a sus palabras con un amago de sonrisa; su presencia le resulta tan incómoda como ponerse el traje de un desconocido.

—Las amistades sin cumplidos serían meros negocios, ¿no le parece? —comenta Arthur con tono aburrido—. Hablando de cumplidos, no puedo dejar de admirar los modales de su hermano —añade señalando a Leo—: veo que ha aprendido a cerrar la boca en presencia de caballeros.

No. Eso sí que no va a tolerarlo.

—Mi hermano es bastante más caballero de lo que usted...

—Su hermano no tiene tiempo para juegos estúpidos —ataja Leo con una frialdad sorprendente—. ¿Qué demonios quieren?

Gideon escoge ese momento para meter baza:

—Veníamos a hacerles una proposición.

—¿Una proposición? —repite Leo alzando las cejas.

—Sí. —Gideon entrelaza los dedos—. Una proposición... de matrimonio.

Durante unos segundos, nadie dice nada. Lo único que se oye es el tictac del reloj que preside la sala.

Hasta que Leo salta:

—Ni hablar.

Su barbilla se levanta y sus ojos se convierten en dos estrechas rendijas.

—Lamento decepcionarte, Leonard —dice Arthur con aire aburrido—, pero mi intención no es casarme contigo, sino con tu hermana.

Charlie sigue boquiabierta. Cuando Miller dijo que los Rothgard querían proponerles algo, no esperaba esto.

Pero, por fin, consigue reaccionar:

—Y yo lamento decepcionarle a usted —escupe—, pero no creo que a nadie le guste ver a dos hombres juntos frente al altar.

—Diablos, ¿cuándo renunciará a esa chiquillada de disfrazarse? —suspira Arthur con aire hastiado—. Nunca la hemos delatado porque pensábamos que era un juego tonto, el fruto de un arrebato adolescente, pero ya va siendo hora de que ocupe el lugar que le corresponde. —El joven se mira las uñas—. Y yo me ofrezco a llevarla de la mano hasta él.

Poco a poco, el asombro de Charlie se convierte en furia. Tal vez porque recuerda a la niña que fantaseaba con casarse con su amigo de la infancia antes de que se abriese una brecha entre sus familias. Pero la mente de Leo siempre ha sido más ágil que la suya, y ahora también se le adelanta a la hora de sacar conclusiones:

—¿Quiere que Charlie confiese que es una mujer, que se case con usted y lo convierta en lord Wellesley? —sisea—. ¿Nos toma por imbéciles?

—Serían imbéciles si no aceptaran —responde Arthur con calma—. Les estoy ofreciendo en bandeja una vida sin preocupaciones. A los dos. —Mira a Charlie fijamente—. Si se casa conmigo, vivirá rodeada de lujos; en cuanto a su... hermano —agrega con una sonrisa torcida—, se quedará con Wellesley Manor y no volverá a tener problemas de dinero nunca. Incluso podría arreglarle un buen matrimonio, si es necesario.

Charlie, que ya estaba a punto de echarle de su casa, se gira hacia Leo con aprensión. Una parte de ella le grita que no puede hacer algo así, que no puede casarse con un hombre al que detesta y renunciar a

su título y su libertad; la otra...

La otra piensa que quizá sería lo mejor para Leo. Acabar con sus problemas y darle un motivo para quedarse en Londres.

Así volverían a estar juntos. Y Leo ya no tendría ninguna excusa para escapar.

—No —zanja Leo—. Es mi última palabra.

—No es usted quien debe responder, sino Charlie —protesta Gideon.

De nuevo, se hace el silencio. Charlie fulmina a Gideon con la mirada; él no dice nada, pero puede ver cómo sus mejillas se tiñen de rojo.

A diferencia de Arthur, Gideon no ha usado su nombre de pila para ofenderla, es la fuerza de la costumbre.

Una costumbre de la que ni Arthur ni Leo saben nada. Por eso Charlie evita mirar a su hermano en ese momento.

Tan solo suspira:

—Hagan el favor de marcharse, señores Rothgard, antes de que esta conversación se vuelva desagradable.

Arthur entorna los ojos.

—No convierta esto en un escándalo.

—No es mi intención, se lo aseguro.

Arthur y ella se miran fijamente durante varios segundos. Luego, por fin, Arthur se levanta.

—La gente sabrá la verdad antes o después. —Ladea el rostro—. Nos veremos las caras, Wellesley.

—Lord Wellesley —dice Leo desde la ventana.

Arthur se detiene y, por un instante, Charlie teme que Leo y él se enzarquen en una pelea a puñetazos. Pero, afortunadamente, el mayor de los Rothgard termina saliendo de la habitación.

Gideon le dirige una mirada de disculpa y sale tras él.

Cuando los hermanos Wellesley se quedan solos de nuevo, Charlie se derrumba sobre el tresillo y se tapa la cara con las manos. Leo le da la espalda y el tictac se vuelve estruendoso.

Una sola pregunta flota en el silencio: ¿y ahora qué?

Capítulo 6

Leo

Tiene las manos a la espalda, tan apretadas que se le ha cortado la circulación de aguantar el tipo. De haber estado en otro contexto, de no jugarse el prestigio como Wellesley, Leo hubiera saltado sobre Arthur Rothgard tan pronto como la primera grosería salía de sus labios.

Pero no ha caído en la trampa. No es tan fácil desacreditarlo.

Y, sin embargo, una parte de él piensa que desentona en esa lujosa habitación. Siempre lo ha sentido así. Cuando se tumbaba en la alfombra persa a terminar un dibujo y observaba las llamas devorando la leña en la señorial chimenea, no alzaba la vista, miraba de frente o hacia abajo.

Siente la tensión en la columna vertebral mientras observa cómo los Rothgard se alejan a través de la ventana. Sus ojos rasgados le devuelven la mirada, en apariencia tranquila, pero, cuando pierde de vista a los hermanos, descarga un golpe con la mano en el marco de la ventana.

—¡Serán desgraciados!

—¡Leo! —Charlie se gira hacia él con sobresalto.

Leo suelta el aire que estaba reteniendo y se vuelve hacia su hermana sintiendo aún el temblor en los dedos. Sabe que tiene la mirada encendida, pero no le da tiempo a disimular lo enfermo que le pone toda esa situación. Es inevitable que todo en él se revuelva contra la idea de ver a la persona que más le importa en ese mundo caminando hacia el altar para unirse en matrimonio a ese buitres.

—No vas a casarte con él.

Su voz rompe el silencio con un tono gastado y furioso. Nada que ver con el que ha empleado para hablar con los Rothgard.

—¿Perdona?

—Me has escuchado perfectamente.

Charlie levanta las manos.

—¿Te crees que yo doy saltos de alegría por esta proposición?

—Arthur Rothgard es lo peor que le podría ocurrir a esta familia y viene con esos delirios de grandeza. Diciendo que puede salvarnos de las deudas... —A Leo le tiembla la voz más de lo que le gustaría—. ¿Quiénes se han creído que son?

—Pero sabes que ellos podrían... —comienza a decir Charlie.

—¡No! —grita Leo negando con la cabeza.

Charlie llega hasta la ventana y hace ademán de agarrar del brazo a su hermano.

—Escúchame. Padre...

—Padre volvería a morirse de saber que han tenido la desvergüenza de venir aquí a proponer semejante cosa. —Leo se aparta de ella.

Demasiado tarde, se da cuenta de lo que ha dicho. Pero no se desdice. Aprieta los labios, recuperando ligeramente su expresión neutra.

Los ojos de Charlie relucen de rabia.

—¿Cómo se te ocurre decir algo así? —escupe.

—No vas a casarte con él —repite Leo.

Decide regresar al tema porque prefiere provocar la ira de su hermana que hundirla en la tristeza al pensar en su padre.

—¿En algún momento me has visto con intención de aceptar? —gruñe Charlie.

Pero Leo ha visto la duda en el rostro de su hermana cuando Arthur le ha incluido en el plan a él. Permitiría que se quedara en Wellesley Manor. Cerca de Charlie. Tiene que admitir que el condenado Rothgard no es ningún idiota: sabe cómo persuadir a alguien.

Sin embargo, Leo no se cree ni una palabra.

Arthur siempre ha dejado claro lo que piensa de él. Que es un

simple bastardo que no merece tener un aposento propio en Wellesley Manor, que debería estar en las cocinas.

Incluso ese día lo ha vuelto a hacer. No ha desaprovechado la oportunidad de faltarle al respeto en cuanto le ha llamado por su nombre de pila. Rebajándolo.

Aunque Gideon ha intentado arreglar la situación preguntándole qué tal había sido su estancia en París. Ni siquiera ha tenido que responder porque la atención del pequeño de los Rothgard se ha centrado en Charlie. Entonces Leo ha entendido lo que dijo su hermana en el ágape: que las cosas habían cambiado desde que se marchó.

Gideon sabía que Walter ya no trabajaba en Wellesley Manor. Eso quiere decir que ha visitado su hogar. A Charlie, concretamente. Se siente irritado al pensarlo.

—No, no lo vas a hacer y menos utilizándome de excusa.

—¿Hacer qué? Yo no estoy diciendo nada, ¿sabes?

—No, pero lo estás pensando.

Leo se dirige hacia la puerta.

—¡Leo! Deja de comportarte como un niño.

Escucha los pasos apresurados de Charlie tras él mientras sube las escaleras. El pasamanos labrado le resulta cálido al tacto, sobre todo, teniendo en cuenta el frío que se ha colado en su pecho. Leo no quiere hablar de ello. Solo quiere encerrarse en su habitación y encontrar la calma que necesita. Es lo único que pide en ese momento.

Pero no lo obtiene.

Porque Charlie siempre ha sido rápida.

Siente los dedos de su hermana aferrando su traje. Parecen traspasar el tejido hasta su piel. Leo siente un cosquilleo.

Debe controlarlo.

Aunque no llega a tiempo esa vez.

Todas las cosas se difuminan alrededor. Las miniaturas que decoran el distribuidor de la planta parecen observarles desde la vitrina cuando Leo coge a Charlie de los hombros y la lleva contra el mueble. El cristal tintinea y ella se sorprende; por un momento,

parece que le va a reprender por ser descuidado con el valor de aquellos objetos. Pero guarda silencio, igual que él.

Esa mirada se está extendiendo mucho más de lo que debería.

—¿Qué? —pregunta Charlie finalmente.

No sabe cómo poner fin a esa tensión.

—¿Leo?

La voz de ella se ha vuelto un poco más suave. Seguramente, se pregunta qué le pasa a su hermano por la cabeza. Y ojalá nunca lo sepa.

Leo baja la mirada hacia el cuello bien subido de la camisa de Charlie, uno de esos detalles con los que lady Wellesley aleccionó a su hija para que su secreto no fuese descubierto. La ausencia de nuez resultaría muy incriminatoria.

—Charlie, es una discusión zanjada. Nada de los Rothgard nos merece la pena. Nada —dice Leo lentamente.

Aprovecha mientras habla para soltar a su hermana y abrochar concienzudamente los botones de su chaqueta.

—Deja de actuar como si fueras mi padre, Leonard, no lo eres —replica Charlie.

Leo levanta la vista cuando escucha su nombre completo.

—No, soy tu hermano, tu aliado, Charlotte. Estoy convencido de que me das la razón. Lo peor que puedes hacer es entrar en su juego.

—Pues confía en mí cuando te digo que no tengo ganas de verles la cara más de lo necesario.

Se siente un poco mejor cuando escucha esas palabras cargadas de decisión, es la confirmación de que el vínculo que comparten no se ha llegado a romper del todo. Que pueden superar juntos lo que pase. Sin embargo, la parte más mezquina de Leo se encarga de recordarle que Gideon ha visitado Wellesley Manor en su ausencia. ¿Hasta qué punto eso cambia la situación?

Capítulo 7

Charlie

En King's Cross se respira una normalidad insultante. Los andenes huelen a cuero y tabaco barato; Charlie y Leo se abren paso entre hombres trajeados y mujeres con sombrero hasta llegar a la consigna, donde un hombrecillo con gafas los recibe leyendo un ejemplar atrasado de *The Times*.

Charlie no se quita de la cabeza la conversación con los Rothgard. Ni la reacción de Leo. Por un lado, comprende a su hermano; por otro lado, él también se cree con derecho a decidir por ella. Ese «No vas a casarte» ha sonado como una orden, y Charlie no debería recibir órdenes de nadie.

Ella es lord Wellesley ahora.

—Buenas tardes. —Leo se acerca a la ventanilla.

El hombrecillo levanta la vista y parpadea. Luego se dirige a Charlie:

—¿Desea algo, caballero?

Leo no reacciona al sutil insulto. Charlie deja la llave en el mostrador con más fuerza de la necesaria.

El hombre la recoge y se levanta con parsimonia. Charlie está abriendo la boca cuando nota la mano de Leo apretando su hombro.

Sabe lo que intenta decirle: que lo deje estar. Sacude la cabeza y Leo retira la mano.

Los dos siguen compartiendo mucho, sí. Pero también hay cosas que los separan. Silencios. Verdades escondidas.

Tiene que hablar con él de Gideon en algún momento. Sin embargo...

—Aquí tiene, caballero.

El hombre le entrega el maletín a Charlie y vuelve a enterrar la nariz en el periódico. Los dos hermanos Wellesley se alejan de la ventanilla y Charlie se sienta en uno de los bancos de la estación con el maletín en las rodillas.

Le tiembla un poco la mano. Su padre no era ningún excéntrico, más bien todo lo contrario, pese a sus orígenes modestos, encajaba muy bien con la idea que uno tendría de un lord inglés. Tuvo que tener una razón de peso para dejarles algo en la consigna de King's Cross, algo que no quería compartir con su abogado.

El maletín se abre con facilidad. Dentro hay un montón de papeles y...

—Un cuaderno —murmura Leo cogiéndolo con cuidado.

—Y pasajes de barco. —Charlie frunce el ceño—. ¿A Alejandría?

—Y no solo eso. —Leo mira por encima de su hombro—. Londres-Alejandría-Calcuta-Cantón.

—¿*Canqué*? —Charlie no entiende nada.

—Cantón, la capital de China. El señor Wong administra el negocio de la seda desde allí, aunque la materia prima se obtiene de una aldea situada en el interior. —Leo traga saliva y vuelve a mirar los pasajes—. Estas ciudades... están todas en la Ruta de la Seda. La que hizo nuestro padre con Roth...

—¿Por qué querría padre que fuésemos a Cantón? ¡Estos pasajes debieron de costarle una fortuna! —Charlie se pasa las manos por el pelo—. ¿Tú sabías esto? ¿Sabías lo que padre planeaba cuando te marchaste a Francia?

—¿Qué? —Su hermano entreabre los labios—. ¡No! Por Dios, Charlie, ¿es que has olvidado lo mucho que se disgustó padre cuando me fui?

—Ah, no lo sé. Puede que fueses más sincero con él que conmigo.

—Hay cosas que es mejor que no sepas.

La voz de su hermano suena ronca. Charlie levanta la barbilla y se encara con él.

—Eso debería juzgarlo yo.

Pero Leo ignora su provocación. Agacha la cabeza con el pretexto

de abrir el cuaderno; Charlie está a punto de insistir, pero lo que dice su hermano le provoca un escalofrío:

—No es un cuaderno, es un diario.

¿Un diario? ¿Eso quiere decir que van a leer las explicaciones que necesitan? Charlie apenas puede reprimir un suspiro de alivio. Pero enseguida se da cuenta de que las cosas no van a ser tan sencillas: el diario tiene las páginas amarillentas.

—Es antiguo —dice Leo—. Pero... hay una nota. Reciente.

Sí, hay una nota en la primera página. Sin doblar. Solo contiene unas pocas líneas, pero son de lo más reveladoras:

Hijos míos:

Quiero que leáis este diario con atención, pero no aquí. Hay demasiados ojos observándoos.

Coged el maletín y marchaos de la estación. Sed discretos hasta que toméis el barco que zarpa rumbo a Alejandría el 10 de mayo. No le digáis a nadie hacia dónde os dirigís ni dejéis huellas a vuestro paso. Es lo más seguro.

Seguid la ruta que os he marcado. El señor Wong os esperará en Cantón con todo dispuesto; podéis ponerlos en sus manos cuando estéis allí. Él os conducirá hasta la persona adecuada, alguien que tiene las respuestas que necesitáis y que yo no tuve el valor de daros en vida.

Seguid siendo mi mayor orgullo. Los dos. Y no juzguéis a vuestro padre muy duramente, pues todo lo que hice fue por honor.

Siempre vuestro,

J. Wellesley

P. D.: No confiéis en los Rothgard.

—«Alguien que tiene las respuestas que necesitáis» —lee Charlie en voz alta—. ¿Qué quería decir con esto? ¿Y por qué temía que le juzgáramos? No entiendo nada...

—«No confiéis en los Rothgard». —Leo casi arruga la nota en la mano—. Lo sabía, sabía que no debíamos confiar en ellos. En ninguno de los dos.

Charlie entiende por dónde va y aprieta los labios.

—Padre no sabía...

—Y yo tampoco lo sé —la interrumpe Leo—. No haces más que decir que las cosas han cambiado, pero aún no me has explicado por qué.

Tiene razón. Tiene razón, pero Charlie explota de todas maneras:

—¿Cómo te atreves a pedirme explicaciones? ¡Tú, precisamente!

Su voz se extingue al ver que hay gente mirándolos. Leo desvía la mirada y cierra el maletín.

—Lo que dice padre es verdad —murmura entre dientes—. Tenemos que irnos de aquí.

—Pero...

—Hoy es nueve de mayo. Mañana zarpa el barco rumbo a Alejandría.

Charlie bufa e, ignorando toda prudencia, agarra la barbilla de Leo.

—Mírame —sisea. Y, como su hermano se muestra reticente, insiste—: Que me mires, Leo.

Por fin, él lo hace. Aunque de mala gana.

—No entiendo lo que está pasando, pero lo último que necesito es que mi propio hermano sea un muro de piedra. —Charlie suelta su barbilla y se apodera del maletín—. Si no eres capaz de hablarme con sinceridad...

—Gideon —dice Leo sin mirarla.

—¿Otra vez con eso? Mira, mientras tú estabas en Francia...

—No, no. Digo que Gideon está allí. Con Arthur y... ¡por el amor de Dios!

Por fin, Charlie se gira y ve lo mismo que su hermano.

Los Rothgard han entrado en la estación. Caminan entre la gente exhibiendo sus abrigos caros y sus elegantes sombreros; parecen buscar a alguien.

Pero no vienen solos. Hay dos hombres con ellos: el primero lleva un bloc de notas en la mano; el segundo, a juzgar por su uniforme, es policía.

Y, cuando sus ojos se cruzan con los de Charlie, su expresión cambia.

—¡Lord Wellesley! —grita.

Los hermanos Rothgard intercambian una mirada y aceleran el paso.

—¡Lord Wellesley! —llama también el hombre del bloc de notas.

El caos se desata en cuestión de segundos: los hombres trajeados y las mujeres con sombrero abren un pasillo para dejar pasar al grupo. El policía va en cabeza; detrás de él, Arthur Rothgard esboza una sonrisa triunfal.

Charlie no reacciona hasta que Leo tira de su brazo.

—¡Corre!

Una parte de ella se pregunta por qué un lord tendría que correr. Pero Leo no le da la opción de protestar y, antes de que el policía pueda llegar hasta ellos, tira de Charlie hacia la puerta de King's Cross.

Capítulo 8

Leo

Sus pies se hunden en los charcos y rompen el reflejo del cielo gris.

Tendría que haberla emprendido a puñetazos cuando aún estaban en Wellesley Manor. Es lo primero que piensa Leo mientras arrastra a Charlie lejos de la estación. La tarde roza sus últimas horas y las calles están llenas de obreros que vuelven a sus casas; Leo confía en que la multitud de paraguas y sombreros les ayude a pasar desapercibidos.

—¡Lord Wellesley!

Pues no, no les ha ayudado. Leo mira hacia atrás y ve al policía abriéndose camino hacia ellos; aprieta los dientes y tira de Charlie hacia un callejón.

Se meten entre dos edificios altos y oscuros y empiezan a correr sin rumbo. Durante un par de minutos, solo se oyen sus pisadas y el ruido del maletín chocando contra la pierna de Leo.

¿Se habrán librado esta vez?

—¡Lord Wellesley!

Maldice por lo bajo. Delante de ellos hay un sombrío jardín; sin mediar palabra, salta la verja y extiende los brazos hacia Charlie, pero ella salta sin su ayuda. El barro salpica su traje, pero no parece importarle.

Se meten en una arboleda y Leo se atreve a mirar atrás. El policía pasa por delante del jardín sin descubrirlos; Arthur y Gideon, que le pisan los talones, tampoco los ven.

Leo suspira de alivio. Está empezando a soltar la mano de su hermana cuando el hombre del bloc se detiene junto a la verja.

Él sí que los ha visto.

—¡Ahí están!

—Maldita sea... —Leo vuelve a coger la mano de Charlie y los dos salen del jardín a una calle más amplia.

La calle desemboca en una plazoleta con un porche. Leo se mete dentro de un portal, empuja a Charlie contra la pared y contiene el aliento.

La lluvia ha empezado a arreciar. Con un poco de suerte, eso despistará a sus perseguidores.

—¿Este es tu gran escondite? —pregunta Charlie en voz baja.

—Es mejor que nada —murmura Leo entre dientes.

—¿Y no estamos exagerando un poco? Ni siquiera sabemos qué es lo quieren...

—Oh, Charlie, ¿es que no lo entiendes? —Leo echa la cabeza hacia atrás para mirarla—. Si te encuentran, querrán exponerte. El hombre que iba con ellos...

—La policía no puede detenerme así como así. Soy un lord, ¿recuerdas?

—Me refería al otro. —Leo resopla—. Apostaría mi mejor traje a que es periodista.

—¿Y qué? Un periodista tampoco puede detenerme.

—Pero un policía sí. —Leo sacude la cabeza—. Tú eres un lord, pero un lord arruinado, y los Rothgard podrían comprar a cualquiera en Londres. Y, una vez que la policía te obligue a exponerte, la prensa podrá decir cualquier cosa de ti. Será tu ruina.

Charlie maldice entre dientes y se pasa las manos por la cabeza.

—No entiendo qué ganan los Rothgard con todo esto.

—Un título —responde Leo de mala gana.

Pero sabe que no es solo eso: forzando a Charlie a casarse con él para evitar un escándalo aún mayor, Arthur se convertiría en lord Wellesley... y también apartaría a Leo de la esfera pública de una vez. Como todos desean.

—Tenemos que escondernos hasta que zarpe el barco —suspira asomándose a la calle de nuevo—. Wellesley Manor será el primer lugar donde nos busquen.

—De acuerdo. —Charlie también suspira—. Tengo una idea.

Cuando salen del portal, es ella quien guía a Leo.

—¿A dónde vamos?

—A un lugar al que un lord inglés no debería ir nunca.

Leo le dirige una mirada interrogante mientras vuelven a mezclarse con la gente. Ya no hay ni rastro de los Rothgard y sus acompañantes.

Charlie sonríe con aire triunfal.

—Dorset.

—¿Dorset? Cielos...

—Sé que no es la calle más bonita de Londres, pero mírale el lado bueno: Arthur Rothgard no la pisará en su pulcra vida.

Leo comprende que tiene razón y aprieta el paso.

La lluvia se vuelve más oscura conforme se adentran en el barrio de Whitechapel. Whitechapel, la cloaca de Londres. El sumidero en el que se reúnen las gentes de la peor calaña. Un lord no debería mancharse los zapatos allí; de hecho, ninguna persona decente debería mancharse los zapatos allí. Y, sin embargo, Leo y Charlie se meten por sus callejas malolientes en busca de un escondrijo.

Como si fuesen ratas, piensa Leo con cierta amargura.

Charlie se detiene frente a la entrada de una pensión, Melrose House. El edificio es de ladrillo rojo y de la ventana del primer piso sale un humo negruzco y maloliente. La chimenea, igual de negra, se recorta contra un cielo cada vez más gris.

—Dime que no has estado aquí antes —murmura Leo.

El interior de Melrose House es tan siniestro como el exterior. Los recibe un tal señor Witts. Tiene pinta de enterrador y desprende un potente olor a naftalina, pero les muestra su habitación como si fuera el mayordomo de una espléndida mansión. Charlie le pone un chelín en la mano y el señor Witts se aleja serpenteando por el pasillo.

Al entrar en la habitación, Leo ve cómo un ratón corretea para esconderse debajo de una de las camas. Solo puede pensar que Charlie tenía toda la razón: nunca les encontrarán en un lugar como ese. Él mismo no querría estar allí.

Está a punto de decirle que aquello ha sido una buena idea cuando aprecia que está tiritando de frío bajo la ropa empapada. Se acerca a ella y empieza a quitarle la chaqueta.

—¿Qué haces? —Charlie alza las cejas—. Sé desnudarme sola, gracias.

Leo nota que sus mejillas se encienden en cuanto escucha eso. Aunque Charlie no tenga la culpa.

—Lo siento, solo intentaba ayudar.

—Pues ayúdame a entender cómo es posible que un lord y un respetable caballero tengan que huir de la policía y la prensa como criminales.

—Bien, te ayudaré. —Leo se quita el abrigo con movimientos bruscos—. No sé exactamente cómo funcionan estas cosas, pero supongo que querrán llevarte frente a un médico para que certifique que eres una mujer y, por tanto, no puedes ser un lord.

—¿Y no podemos conseguir que ese doctor se ponga de nuestra parte?

—¿Sugieres que lo sobornemos? ¿Crees que podemos pagar más que los Rothgard? —Leo se pasa las manos por el pelo—. Ellos podrían comprar a todos los médicos de Londres.

—No todo el mundo se vende tan fácilmente.

—Tú siempre tan idealista.

—Tú siempre tan derrotista.

Charlie le dirige una mirada molesta, pero son sus palabras las que se clavan en el pecho de Leo. En ese lugar privado y doloroso en el que tiene guardado todo lo que siente, pero no debería sentir.

No ha sido un insulto, pero ha dolido igualmente.

—Estoy cansado. Será mejor que nos acostemos y sigamos hablando de esto mañana —dice Leo mientras le da la espalda. Su voz suena ronca.

Pero Charlie le obliga a darse la vuelta otra vez.

—¿Crees que puedes tener la última palabra?

Por supuesto que no: Leo sabe muy bien cuál es su lugar y el papel que desempeña. Su estancia en Francia le ha ayudado a comprenderlo. Pero ¿por qué Charlie tiene que hacérselo notar?

Esa fue la razón por la que se marchó. Porque no era capaz de estar con su familia y no desear más de lo que le correspondía.

No era capaz de no desear aquello que estaba prohibido para él.

Pero, cuando Charlie le obliga a mirarla, su parte racional deja de funcionar y ya solo puede contemplarla. Con su cabello rubio mojado y pegado al rostro como un ángel del Renacimiento italiano, aunque con una expresión mucho más fiera. La ha dibujado muchas veces en los cuadernos que usaba para diseñar trajes, pero nunca ha conseguido hacerle justicia. Ojalá pudiese inmortalizar su rostro tal y como está grabado en su corazón.

Sus latidos se aceleran sin permiso. Da un paso al frente.

Y sus labios buscan los de Charlie, probando su sabor por primera vez. El tiempo se detiene en esa habitación de mala muerte. Nada importa salvo ese beso sellando el secreto más prohibido de Leonard J. Wellesley.

Capítulo 9

Charlie

«Leo».

No llega a pronunciar su nombre. No puede. Unos labios calientes acaban de tomar los suyos y Charlie siente que lo poco que quedaba en pie de su mundo se desmorona por completo.

El roce de esa boca, húmedo y exigente, le provoca un huracán de emociones. Asombro, vergüenza, culpa... y una sed desconocida.

Pierde el equilibrio y se aferra a lo único que tiene: Leo. Sus dedos se cierran sobre su camisa mientras él le rodea la cintura con un solo brazo. El cuerpo del joven está caliente incluso a través del traje, y Charlie no se aparta de él.

«Dios mío, ¿qué estamos haciendo?».

La lengua de Leo se desliza en su boca. Charlie gime y se deja hacer, no se separa, ignora los gritos de su conciencia y se limita a dejarse llevar. Cuando Leo jadea contra sus labios y baja las manos hasta su trasero, Charlie se da cuenta de que tiene la entrepierna humedecida.

«Esto está mal».

Los dos caen sobre la cama y el crujido del colchón es lo único que devuelve a Charlie a la realidad.

—¡Leo! —jadea entre besos.

Él atrapa sus labios una última vez y, por fin, se aparta unos centímetros. Tiene la cara arrebolada y la mirada encendida, pero Charlie ve claramente el deseo en ella.

Y eso termina de confundirla.

—Leo —repite con un hilo de voz—. Leo, yo... no puedo pensar

así. —Le apoya las manos en el pecho—. ¿Puedes..., por favor?

Leo cabecea en señal de asentimiento y se incorpora rápidamente. Evita mirar a Charlie; ella casi se lo agradece. La joven tarda un poco más en levantarse, quizá porque aún se siente aturdida.

Sigue sin entender lo que acaba de pasar. Teme no llegar a entenderlo nunca.

Leo le da la espalda y recoge su chaqueta del suelo. Se dirige hacia la única silla de la habitación y empieza a doblarla con sumo cuidado.

—Leo...

—Lo siento —ataja él sin mirarla—. Puedes creerme o no, pero he intentado evitar esto y no he podido. Lo siento.

Su voz se apaga. Durante varios minutos, todo lo que se oye en la habitación es el sonido de la lluvia golpeando la ventana. Al otro lado del cristal, las negras chimeneas de Whitechapel parecen fantasmas temblorosos.

Por fin, Charlie se atreve a ponerse en pie.

—Quiero que respondas a mi pregunta y quiero que me digas la verdad —murmura atropelladamente—. ¿Te fuiste a Francia por... esto?

La espalda de Leo se tensa. Por un momento, Charlie cree que va a ignorar su pregunta.

Pero, finalmente, su hermano se gira hacia ella y asiente.

A Charlie se le encoge el corazón.

—Leo, esto...

—Ni siquiera somos hermanos —dice él entonces. Y en su voz hay algo más que tristeza, hay desafío—. Solo de padre.

—Pero...

Charlie se queda con el «pero» en la boca. No sabe qué más decir. Le tiemblan las piernas y ni siquiera sabe si es por la huida, el frío o el rastro ardiente de los besos de Leo.

—Por favor, olvidemos esto —dice el joven desviando la mirada—. Hagamos como que jamás ha sucedido.

Charlie va a decirle que no puede, que es imposible. Que no puede olvidar algo que acaba de hacer temblar los cimientos de su vida.

¿Leo se siente atraído por ella? La idea es demasiado turbadora como para poder ignorarla.

Y es aún más turbador pensar en cómo ha respondido su cuerpo. Por eso bloquea su mente de inmediato.

—Bien —cede.

—Bien —repite Leo con firmeza.

Charlie se desnuda en silencio. Se deja la camisa puesta, naturalmente, y también los calzones. Los nota pegados a la entrepierna, algo que le hace sentirse terriblemente incómoda. No mira a Leo en ningún momento, así que solo imagina sus movimientos por los sonidos que le llegan: la llave girando en la cerradura, el colchón susurrando, el chasquido del quinqué apagándose.

El suspiro ahogado en la oscuridad.

Charlie solo se relaja cuando ya no hay luz. Entonces se tumba boca arriba en su propia cama y tira de los calzones para olvidar esa incómoda sensación ahí abajo. Comprende, no sin espanto, que Leo ha conseguido excitarla; lo que no sabe es cómo va a lidiar con ese recuerdo de ahora en adelante.

Sobre todo, teniendo en cuenta que se disponen a recorrer medio mundo juntos.

¿Qué es toda esa locura? El testamento de su padre, los pasajes de barco, la persecución de los Rothgard... Todo parece sacado de una estúpida novela semanal.

Y Leo...

Charlie cierra los ojos y vuelve a sentir la caricia de su lengua.

Se estremece.

Siempre ha sido consciente de que Leo era un hombre atractivo. Lo veía en las miradas de las jovencitas de buena familia cuando asistían a algún evento social con su padre, y también en los ojos de las desconocidas con las que se cruzaban por Londres. Mientras los hombres despreciaban al bastardo de los Wellesley, muchas mujeres pasaban de arrugar la nariz en su presencia a coquetear con él. Alguna vez, incluso, Charlie le proponía competir amistosamente por alguna muchacha, algo que Leo rechazaba invariablemente. Él

nunca tuvo demasiado interés en flirtear.

Aunque Charlie recuerda bien la primera vez que lo encontró en los jardines de Wellesley Manor en compañía de una joven rubia y pecosa. Era la doncella personal de una invitada de lord Wellesley, diez años mayor que el propio Leo, y Charlie no dejó de tomarle el pelo a su hermano hasta que la invitada en cuestión se marchó.

Sí, siempre ha sabido que Leo atraía a las mujeres. Pero ella no podía verlo de esa manera. Para el resto del mundo, Charlie ni siquiera era una mujer.

Ahora, sin embargo, es plenamente consciente de su cuerpo. Está acostumbrada a los besos tímidos de las hijas de los amigos de su padre, no a... No a lo que ha sentido esa noche. No a que conquisten sus labios con esa intensidad.

Nota que se le calientan las mejillas en la oscuridad. ¿Cómo puede pensar en Leo de ese modo? Es enfermizo.

«Tengo que dormirme», se dice a sí misma con reproche. «Tengo que dormirme y dejar que esto solo parezca un mal sueño».

Y eso es lo que hace: dormirse. Aunque su sueño es intranquilo y está salpicado de imágenes incómodas.

Cuando despierta, Leo ya se ha levantado. El cielo apenas clarea al otro lado de la ventana, pero su hermano está lavado y vestido. Su perfil se recorta contra el cielo gris, quieto como una estatua, y Charlie se queda observándolo durante varios minutos.

Luego bosteza deliberadamente. Leo se gira hacia ella y esboza una pequeña sonrisa.

—Buenos días.

Por un instante, Charlie se queda mirándole con perplejidad. Nada en la expresión de su hermano refleja lo sucedido la noche anterior. ¿Ya está? ¿Eso es todo?

¿Y acaso no quedaron en olvidarlo? Debería sentirse aliviada. Y, sin embargo, lo único que siente son ganas de meterse en la cama otra vez.

—¿Té? —pregunta Leo como si nada—. Le he pedido un poco al viejo Witts. Sabe como si lo hubiese filtrado con una bota vieja,

pero...

Charlie acepta la taza humeante con un murmullo de agradecimiento. Y Leo y ella beben en silencio mientras las primeras luces acarician los tejados de Whitechapel.

—Necesitaremos algo de equipaje —dice Leo rompiendo el silencio. Habla con una naturalidad que a Charlie le parece insultante, dadas las circunstancias—. No podemos viajar hasta China con lo puesto.

—Supongo que no. Pero ¿y si nos están esperando en Wellesley Manor?

—Iremos por separado. Primero yo me acercaré a investigar. Si el camino está despejado, te esperaré dentro; si la policía o los Rothgard están haciendo guardia, te esperaré junto al puente de Westminster. Así podremos escabullirnos antes de que te vean.

—¿Y si te ven a ti?

—No lo harán. —El joven aprieta los labios—. Seré discreto.

Charlie se contiene para no poner los ojos en blanco.

—Leo, no hay muchos chinos en Londres...

—Por eso estoy acostumbrado a esconderme.

Sus palabras suenan amargas. Charlie baja la vista hasta su taza de té y se limita a asentir.

—Sal diez minutos después que yo —indica Leo mientras recupera su abrigo. Frunce el ceño al comprobar que sigue húmedo—. Si te cruzas con algún indeseable y tienes que huir, vuelve aquí. Yo esperaré en Wellesley Manor o en el puente de Westminster hasta las doce. Si no apareces entonces, vendré a buscarte a Melrose House.

—Si no se me han comido las ratas.

—Esperemos que eso no suceda. —Leo intenta sonreír—. El barco no zarpa hasta las tres, así que tenemos tiempo. Pero, cuanto antes estemos listos, mejor.

Cuando Leo sale de la habitación, Charlie espera diez minutos y hace lo propio. Apenas se despide del señor Witts; tiene la inquietante sensación de que Melrose House va a permanecer en su memoria durante demasiado tiempo.

Whitechapel sigue pareciendo un lugar tétrico por la mañana, pero

la luz lo hace todo más llevadero. O no. Lady Wellesley solía decir que las desgracias siempre ocurren durante el día. Ella misma murió a la hora del té, en su butaca preferida, mientras el sol de junio bañaba su pelo de oro. Ya llevaba días con fiebre, pero nadie esperaba que se fuese tan pronto. Era joven y saludable. También era egoísta y quisquillosa, pero era la madre de Charlie. Y a las madres se les perdona todo excepto la falta de amor.

Charlie tenía quince años cuando enterraron a lady Wellesley en Abney Park. Estuvo tres días llorando sin parar en los brazos de su padre. Leo también lloró un poco, aunque más por Charlie que por la esposa de lord Wellesley. El cuarto día, cuando Charlie se disponía a seguir llorando en la butaca vacía de su madre, su padre los vistió a Leo y a ella, les entregó dos rosas blancas y volvió a llevarlos al cementerio.

—Tu madre ya no se va a mover de aquí —le dijo a Charlie cuando estuvieron frente a la tumba—. Y algún día tú y yo descansaremos a su lado.

—¿Y Leo? —preguntó Charlie con la voz tomada—. Yo quiero descansar con Leo.

Su hermano le apretó la mano, pero no dijo nada. Y su padre le dirigió una mirada cálida.

—Leo descansará con nosotros. O junto a su esposa y sus hijos, si los tiene. Él escogerá.

De repente, esa conversación vuelve a la memoria de Charlie con total claridad. Y, aunque hoy no llueve, siente que el frío se cuele bajo su abrigo húmedo de todas maneras.

Empieza a cruzar el puente de Westminster sumida en sus recuerdos. Las turbias aguas del Támesis lamen sus siete arcos, que Charlie va contando para sus adentros. Tal vez por eso no presta atención al joven que permanece apoyado en una farola, con el paraguas cerrado entre las manos y los ojos verdes ocultos bajo el ala del sombrero.

Solo escucha el susurro cuando pasa por su lado:

—Charlie.

Su cuerpo se tensa. Y, por un momento, siente el impulso

irracional de echar a correr.

«No confiéis en los Rothgard».

Eso fue lo que dijo su padre. Pero Gideon parece estar solo en el puente, y en su mirada hay cualquier cosa menos maldad.

Charlie casi puede ver la expresión ultrajada de Leo. Pero trata de borrar la imagen de su hermano de su mente cuando se detiene frente a Gideon.

—Estoy solo —susurra el joven al instante. No deja de mirar a todos lados, como si temiese ser observado—. Arthur no sabe que he venido. Él sigue buscándoos por todas partes.

Charlie abre la boca para responder, pero las palabras de Leo resuenan en sus oídos: «Si te encuentran, querrán exponerte». La joven siente que la rabia trepa por su garganta.

—¿Para bajarme los pantalones? —le escupe a Gideon. El silencio del chico es tan elocuente que tiene que reprimirse para no zarandearlo—. Creí que éramos...

—¿Amigos? —pregunta el joven alzando las cejas—. No creo que tu hermano lo aprobara.

—¿Y el tuyo?

Gideon se quita el sombrero. Un soplo de viento agita su melena rojiza; lleva el pelo un poco más largo que Charlie.

—Mi hermano tiene sus propios planes —admite en voz baja.

—Y tú eres un títere en sus manos.

—¿Acaso tú no te dejas gobernar por Leonard?

—No metas a Leo en esto —advierte la muchacha.

Pero Gideon suspira:

—Precisamente, Charlie, he venido a hablarte de él.

Charlie siente que su corazón se acelera. No puede evitar recordar lo sucedido la noche anterior; por un momento, teme que Gideon pueda leerle el pensamiento.

—No soy el títere de nadie, ni siquiera de Arthur —dice Gideon entonces—. Yo también tengo una proposición.

Charlie parpadea con lentitud. Una parte de ella sigue gritándole que debería alejarse del más joven de los Rothgard; la otra...

La otra quiere escuchar a Gideon. A la única persona que ha

permanecido a su lado durante la enfermedad de su padre. Primero eran visitas de cortesía, pero después se convirtieron en algo más. Gideon acudía a Wellesley Manor a espaldas de Arthur y traía chucherías para el padre de Charlie. Ella decía que se las había dado algún conocido y lord Wellesley las aceptaba con gusto. Nunca hubiese permitido que un Rothgard pisara su casa, pero Charlie necesitaba compañía. Necesitaba hablar con alguien, bromear con alguien..., y el pálido y callado Gideon Rothgard era mejor que la más absoluta soledad.

Hubiese preferido a Leo, naturalmente. Pero Leo estaba en París. Con sus sedas y sus secretos.

Aunque ahora puede comprenderlo. Al menos, en parte.

Sacude la cabeza para desterrar esos pensamientos.

—¿Qué propones?

—Yo no soy como Arthur, Charlie —dice Gideon con cautela—. Yo no quiero ser un lord. Yo solo quiero vivir tranquilo y... una esposa. —Sus mejillas se tiñen de rojo al pronunciar esas palabras—. Van a descubrirte de todas maneras, Charlie; ahórrate la vergüenza de que lo hagan a la fuerza. Cásate conmigo. —Pese al imperativo, su tono es más un ruego que una orden—. Yo llevaré el título de lord, pero dejaré que tú administres nuestras propiedades como gustes. Me conformo con una buena biblioteca y un buen equipo de críquet. — Se permite esbozar una tímida sonrisa—. Además, sabes que yo no tengo nada en contra de tu hermano. En lo que a mí respecta, puede quedarse en Wellesley Manor. Y le daré cien libras esterlinas al mes, si es necesario, para sus gastos. Incluso podría volver a dedicarse al negocio de la seda. —Cuanto más habla, más animado parece—. Piénsalo, Charlie, yo no soy Arthur. Soy tu amigo y lo he demostrado. ¿Por qué no me dejas hacerte feliz?

Termina su discurso casi sin aliento. Charlie nota que su propio pecho se agita peligrosamente.

Gideon tiene razón: él no es Arthur. Él no es un buitro al acecho. Charlie sabe que, si accede a su petición, mantendrá su palabra. Que será un esposo discreto y paciente y no hará daño alguno a Leo.

A diferencia de su hermano mayor, Gideon Rothgard no quiere

pisotear a nadie. Solo quiere que le dejen tranquilo. Y convertirse en un lord, piensa Charlie con cierta malicia, le permitiría librarse de la molesta influencia de su hermano para siempre.

Pero Gideon está siendo justo, le está ofreciendo un arreglo en el que todos saldrían ganando. Todos... excepto Charlie.

Ella es lord Wellesley. Con dinero o sin él, es una persona libre. ¿Por qué tiene que someterse a un hombre, por discreto y paciente que sea?

—Piénsalo —insiste Gideon.

—Lo pensaré —responde ella con suavidad—. Ahora tengo que irme.

Hace ademán de alejarse, pero Gideon agarra su abrigo.

—No podré distraer a Arthur mucho tiempo —le advierte. Y Charlie cree captar un destello de temor en sus ojos.

Los suyos descienden hasta el guante de seda. Está peligrosamente cerca del bolsillo en el que ha guardado los pasajes del barco. Al ver que Gideon sigue el recorrido de su mirada, se zafa de él con un gesto brusco.

—Lo sé —responde simplemente.

Y echa a correr por el puente de Westminster. Leo no está al otro lado, lo cual solo puede significar una cosa: el camino está despejado.

Capítulo 10

Leo

El dormitorio principal de Wellesley Manor da a Hyde Park. Los grandes ventanales ofrecen una visión privilegiada de las calles adyacentes y el juego doble de cortinas permite una ocultación magnífica. Leo lo sabe muy bien, su padre se lo encontraba dormido en el suelo la mitad de las veces que se celebraba un baile en casa. A Leo le gustaba ver marcharse a los invitados desde allí.

Siempre en la sombra. En el pasado y ahora.

Casi vuelve a sentirse como un niño cuando aparta la pesada cortina y observa la calle con detenimiento.

Desde allí ve a un hombre con gabán que lee un periódico. La prenda es de una calidad asombrosa, lo puede determinar desde esa distancia y altura sin ningún problema. Monsieur Couture criticaría el corte sobrio tan propio de la clase alta londinense; el dueño del atelier en el que Leo estuvo aprendiendo detestaba la completa falta de imaginación de los diseños más caros.

«Los ingleses sois muy aburridos», diría si estuviese junto a él ahora mismo. Casi puede escuchar su voz gangosa.

Sonríe cuando observa que el desconocido pasa varios minutos en la misma página. Resulta cómico presenciarlo desde allí.

¿Quién será, un policía o un periodista? Tal vez sea un amigo de los Rothgard. O incluso un familiar que esté frotándose las manos al pensar en el título de los Wellesley.

Aguanta la respiración cuando ve otra figura cruzando la calle. Lleva el sombrero calado, pero Leo reconocería esas zancadas en cualquier situación.

Lleva toda la vida observando a Charlie.

Sus dedos se estrechan en la cortina, esperando que el desconocido no repare en la presencia de la joven. Aunque se pregunta cómo podría no hacerlo. Para él es imposible no fijarse.

Al ver al hombre del gabán, Charlie rodea Wellesley Manor. El hombre continúa observando la misma página de su periódico como si no hubiese ocurrido nada.

Leo suelta lentamente la cortina. Acto seguido, regresa a su habitación flexionando los dedos de la mano varias veces.

La tensión permanece atrapada en su cuerpo, igual que la noche anterior. No ha sido capaz de pegar ojo, y menos al escuchar la respiración de Charlie en el lecho de al lado. La excitación y confusión no le permitían cerrar los ojos siquiera.

Ha tenido toda la noche para pensar en ello, en cómo comportarse después de su arrebato. Tanto esfuerzo en ocultarlo para después dejarse llevar como un adolescente.

Pero no pudo evitarlo, y menos al sentir la respuesta de Charlie, tan deliciosa como siempre había fantaseado. Y había creído imposible.

Durante unos instantes saboreó el triunfo, lo rozó con los dedos, preso de una ansiedad desconocida para alguien tan contenido como él. Hasta que su nombre salió de los labios de Charlie devolviéndole a la realidad.

Lo que siente está mal.

Sabe que no puede hacerle eso a Charlie, no con la que les viene encima con el viaje y las misteriosas palabras de su padre. Deben partir en busca de respuestas... y alejarse de los Rothgard todo lo posible. Tienen asuntos más importantes en los que pensar que los estúpidos sentimientos de Leo.

Respira hondo y contempla su dormitorio. Allí sigue dispuesta la pequeña maleta de viaje que se llevó a Francia. Solo ha metido en ella lo básico, ordenado con un cuidado milimétrico y escogido con el gusto que tanto le caracteriza.

También lleva algo más que ha conseguido esa misma mañana. Un pequeño paquete que ojalá nunca tenga que utilizar.

Apenas le da tiempo a esconderlo cuando Charlie entra en la habitación arrastrando su propia maleta.

—¿Qué es lo que se supone que tengo que llevar?

Si Leo no fuese observador, se creería que su actitud es distendida, pero le basta un vistazo para saber que algo le atormenta.

—Tres trajes completos y unas cuantas mudas. No te entretengas, tenemos prisa.

Charlie deja la maleta abierta en la habitación de Leo y vuelve al cabo de un minuto con un traje más en los brazos. Leo alza las cejas al oír que resopla.

—¿Tan difícil te parece? —Media sonrisa aparece en sus labios.

—Preferiría ir desnuda —gruñe Charlie.

Leo se maldice cuando esas palabras le provocan un escalofrío. Y lo peor de todo es que Charlie parece darse cuenta, porque aprieta los labios y le da la espalda.

Maldición, se supone que tienen que comportarse con naturalidad. Pero no lo están consiguiendo.

—De eso nada, hermana —dice Leo con tono ligero—. No usamos la misma talla y no quiero que lord Wellesley parezca un saco de harina.

Ha utilizado la palabra «hermana» deliberadamente, pero Charlie se limita a cerrar su maleta.

—¿No nos despedimos de Betsy y Maggie? —pregunta mientras bajan las escaleras.

Leo desvía la mirada.

—He escrito una carta y la he dejado en la habitación de Betsy. Ella se la leerá a Maggie. —Suspira—. Creo que es lo mejor.

—Sí, supongo que es lo mejor.

No dicen nada más, pero Leo no puede evitar sentir que la angustia le oprime el pecho cuando Charlie y él se dirigen hacia la puerta. ¿Ya está, eso es todo? ¿Se marchan de Wellesley Manor dejando una mísera carta tras ellos? ¿Van rumbo a lo desconocido solo para cumplir la última voluntad de un padre que no quiso compartir sus secretos?

¿Y qué otra cosa podrían hacer?

Ve que Charlie se detiene a contemplar una de las cajitas lacadas del recibidor. Tiene el tamaño de una ciruela y está cuidadosamente labrada. Siempre ha sido una de sus favoritas.

—¿Quieres que la meta en mi maleta? —murmura Leo.

Por fin, Charlie deja de observar la cajita y le mira a él. Niega con la cabeza.

—No importa. Vámonos.

Pero Leo sabe que sí importa. Por eso, mientras Charlie empuja la puerta con decisión, él toma ese tesoro entre los dedos para llevarlo consigo. Y así, con dos pequeñas maletas y la más absoluta discreción, los hermanos Wellesley abandonan el hogar de su padre.

Solo está lloviznando, pero Leo abre el paraguas de todas maneras para ocultarlos todo lo posible. Oyen el tañido de las campanas de la abadía de Westminster y, sin necesidad de ponerse de acuerdo, aceleran; el tiempo sigue corriendo en su contra.

Pero pronto una figura les corta el paso. Chocando contra Charlie.

—Disculpe —dice ella con una cortesía intachable.

Leo alza el rostro y se da cuenta de que están en apuros. Reconoce al hombre de un solo vistazo: si llevara un bloc en la mano, lo vería igual que en King's Cross. Acompañado de los hermanos Rothgard y el policía.

—Lord Wellesley.

Afortunadamente, ahora está solo. Leo se adelanta:

—Ahora mismo mi hermano tiene que atender un asunto de urgencia, si nos disculpa...

El periodista lo ignora, centrándose en su objetivo primordial.

—Quería hacerle unas preguntas acerca de la reciente pérdida de su padre... Ha sido una absoluta desgracia y le acompaño en el sentimiento.

—Gracias, pero ahora no puedo entretenerme.

Charlie hace ademán de seguir caminando, pero el hombre sujeta su brazo.

—Espere...

Eso es más de lo que puede aguantar Leo. Las pocas horas de

sueño que ha conseguido arañar desde que ha llegado a Londres y la tensión acumulada por resistir sus impulsos durante horas terminan por desbordarlo. ¿Cómo se atreve ese individuo a tocar a Charlie?

Se interpone entre ellos con una mirada que no augura nada bueno.

—Lord Wellesley no va a contestar a las preguntas de la prensa — dice entre dientes.

Por primera vez, el periodista le devuelve la mirada cargada de desdén.

—No he preguntado al hijo ilegítimo de...

No le da tiempo a terminar la frase, el puño de Leo impacta contra su mandíbula con un golpe seco.

—¿Le parece bien como noticia? —jadea mientras Charlie le dirige una mirada perpleja.

El periodista los mira con espanto antes de salir corriendo.

Capítulo 11

Charlie

—No puedo creerlo.

No, no puede. No puede creer que Leo, tan serio y contenido, tan caballero para todo, le haya pegado un puñetazo a un periodista.

—Saldrás en la prensa hasta que te hagas viejo —le dice medio en broma—. Ahora serás más famoso que cualquier lord.

—Descuida, estoy acostumbrado a que hablen de mí a mis espaldas —masculla él sin mirarla—. Ahora, al menos, tendrán un motivo.

Sus palabras suenan ásperas, pero Charlie capta un poso de tristeza en ellas. Y se muerde el labio sin saber qué decir.

Afortunadamente, la atención de Leo pronto se centra en el barco que está atracado en el puerto. El *Saint John* es un flamante buque de tres chimeneas, cada una de las cuales debe de tener el tamaño de la Torre de Londres, por lo menos. O eso le parece a Charlie. Ya hay gente cruzando la pasarela para subir a la cubierta, y los hermanos Wellesley se mezclan con la multitud. Mientras Leo mira el barco, Charlie le mira a él.

Está nerviosa, y no solo por haber descubierto que Leo tiene vocación de boxeador. Solo han navegado en un par de ocasiones, a bordo del ferry que comunica Dover con Calais, pero ahora se disponen a recorrer medio mundo a lomos de ese monstruo marino. ¿Y si alguno de los dos se marea? ¿Y si enferman de disentería por culpa de las aguas orientales? Las historias que contaba su padre ya no le parecen tan románticas como peligrosas. Leo ha tenido la prudencia de meter quinina en el botiquín, pero ¿será suficiente?

Es una locura. Lo que están haciendo es una locura, no le cabe la menor duda. Y lo peor de todo es que Leo parece decidido. Charlie siempre lo había considerado el más prudente de los dos, el más reflexivo; y, de repente, es ella la que se siente insegura.

Pero no le da tiempo a decirle nada a Leo, aún no ha elegido las palabras adecuadas cuando un hombre de aspecto rígido se detiene frente a ellos.

—Les doy la bienvenida al *Saint John*. Soy el señor Smith y estaré a su servicio durante la travesía. —Mira los pasajes de Leo con disimulo y sus bigotes tiemblan ligeramente—. Están en segunda clase. Vengan conmigo, los acompañaré a su camarote.

Echa a andar y Leo lo sigue. Charlie titubea un instante, consciente de que la cubierta oscila bajo sus pies. El aire salado casi le arranca el sombrero y se ve obligada a sujetarlo. Ver el horizonte azul le hace sentir vértigo en el estómago, así que se concentra en la nuca de Leo. ¿Es que él no se siente inquieto? Conociéndolo, estará más preocupado por lo feo que es el traje del señor Smith (blanco con botones dorados) que por la travesía que les aguarda.

Van a pasar meses encerrados dentro de un camarote en una mole de hierro y madera que no dejará de balancearse. Y todo para cumplir la última voluntad de su padre. Charlie espera que valga la pena.

Al menos, están en la primera cubierta con los pasajeros de primera clase. Los camarotes de segunda clase deben de ser más pequeños, nada más. El señor Smith los conduce hasta una pequeña oficina en la que hay un amplio muestrario de llaves etiquetadas. Tras volver a comprobar los pasajes, coge una pequeña y plateada y les indica que salgan de nuevo.

Siempre siguiendo al señor Smith, pasan por delante de una escalera de caracol en cuyo centro hay una bellísima escultura de una sirena; por desgracia, no suben al piso de arriba, sino que enfilan un corredor en penumbra hasta llegar a una puerta oscura.

Smith se detiene y la abre. Después les entrega la llave pomposamente.

—Aquí está.

El hombre se despide con una inclinación de cabeza y se aleja por el mismo corredor. Leo entra en la habitación y, de nuevo, Charlie le sigue en silencio.

El camarote no está mal: tiene las paredes de madera rojiza, un ojo de buey, dos butacas y hasta un escritorio de madera.

Y una sola cama.

Tiene que ser una broma.

Charlie mira a Leo con sobresalto, pero él tiene los ojos cerrados y murmura algo entre dientes. Charlie sacude la cabeza; si la idea de pasar meses encerrada con Leo en un camarote después de lo ocurrido en Melrose House ya le resultaba turbadora, compartir la cama con él sería el colmo.

Diablos, ¿qué estará pensando él? ¿Por qué no abre la maldita boca?

—Debe de haber sido un error —murmura al cabo de unos segundos—. Iré a hablar con el señor Smith.

—No le pegues un puñetazo a él también —le dice Charlie mientras se aleja.

Ve que se detiene y, por un momento, se arrepiente de haber dicho eso. Pero, finalmente, Leo sacude la cabeza y sale de la habitación.

Charlie suspira cuando se queda sola. No se atreve a tumbarse en una cama que no va a usar, pero no le faltan ganas. Apenas nota el movimiento del barco en este momento, pero es consciente de que no está pisando tierra firme. Da un par de vueltas por el camarote y, finalmente, se deja caer en una de las butacas.

No quiere ver el mar a través del ojo de buey, así que mira sus propias manos. Su madre solía pulirse las uñas, como casi todas las damas, pero ella no. Además, tiene la suerte de tener unas manos largas y elegantes, varoniles. Parecidas a las de Leo.

Caramba, ¿no puede dejar de pensar en Leo ni un momento?

¿Y cómo va a hacerlo? Por el amor de Dios, anoche se lanzó contra ella con un apetito voraz. Ningún hombre la había besado antes, solo mujeres, y tiene que admitir que le gustó. Aunque esté mal. Nunca ha sido muy piadosa, pero ahora se sorprende a sí misma pensando en demonios tentadores y pecados capitales.

Un escalofrío estremece su espalda y trata de no recrear la noche anterior en su cabeza. No lo consigue.

Resopla. No puede quedarse allí, en ese camarote, recordando los besos que nunca debieron darse. Porque Leo le robó el primero, sí, pero los labios de Charlie exigieron todos los demás. Y tal vez sea eso lo que le impide quedarse a solas con su conciencia.

No tendría que haberlo permitido. No volverá a cometer el mismo error.

Vagamente frustrada, se pone en pie para ir al encuentro de Leo y del señor Smith.

Capítulo 12

Leo

No tendría que haberlo hecho.

Pero qué bien le ha sentado desahogarse en ese puñetazo, aunque ahora Charlie piense que es un bruto.

Recorre los pasillos en busca de Smith pensando que el comentario le ha dolido más de lo que debería. No es que no sepa reconocer una broma, es que detecta parte de verdad en ella.

Maldita sea, ¿dónde se ha metido ese hombre vestido como si fuera un pingüino con mal gusto? No ha podido esfumarse.

Debe encontrarlo. Tiene que solucionar lo del camarote. No puede dormir en la misma cama que Charlie después de los besos que han sacudido su mundo, de ninguna manera.

Cuando llega a la entrada amplia del salón, nota cierto mareo que le obliga a sujetarse a la balastrada con los ojos cerrados. Si ya está así ahora, prefiere no pensar en cuando zarpen.

La buena noticia es que, al abrir los ojos de nuevo, localiza a Smith junto a la oficina.

Junto a él hay una anciana de aspecto distinguido. Aunque le da la espalda, Leo puede notar la calidad de su vestido: sobrio, pero de corte elegante, con una cola de lino que roza el suelo. Es de color negro y va acompañado de un finísimo sombrero de terciopelo azabache.

—¿Y qué solución puede ofrecernos, señor Smith? —está diciendo en ese instante.

Su tono es sosegado, pero Leo encuentra una gran autoridad en él.

El señor Smith tiene un gesto menos resolutivo que cuando les ha

atendido a ellos. Se vuelve hacia el hombre que hay junto a él, que va vestido con un traje azul marino (menos ridículo que el suyo, por cierto), y este se adelanta con aire solícito:

—Disculpe las molestias, señora Lovelace. Soy el señor Abbott, el supervisor de cubierta. El señor Smith me ha comunicado el problema que hemos tenido con sus camarotes y ya está todo arreglado, el error ha sido nuestro por no poner a la señorita en el camarote indicado. Espero que su estancia sea agradable.

La señora Lovelace apoya su mano enguantada en el brazo del supervisor y una pequeña risa acompaña sus palabras.

—No se preocupe, ya sabía yo que se podía arreglar cualquier problema. —Se gira hacia la joven que la acompaña, en cuya presencia Leo no había reparado hasta entonces—. ¿Lo ve, querida? Todo solucionado.

La joven en cuestión parece debatirse entre abrazar a la señora Lovelace o quedarse donde está. Sus ojos claros están inundados de agradecimiento cuando la anciana le estrecha las manos.

Instantes después, el supervisor se marcha con la joven y uno de los hombres que acompañan a la señora Lovelace se inclina hacia ella:

—Si me permite el atrevimiento, señora Lovelace, considero que no ha sido prudente intervenir.

—¿Por qué no? La pobre chica estaba en un apuro. ¿Qué es un camarote más o un camarote menos?

—Bastantes libras, señora.

La mujer desecha esa idea con un gesto.

—Bobadas, Wilson, bobadas.

Entonces se gira y descubre a Leo. En todos los sentidos. El muchacho siente algo de apuro por haber sido sorprendido escuchando una conversación ajena; es algo impropio de él. Pero no ha podido evitar sentir interés por esa mujer.

—Buenas tardes, señor... —comienza la señora Lovelace.

Leo duda si inventar un nombre. Hasta que escucha los gritos que revelan que el barco ha zarpado.

—Wellesley, señora —responde con un gesto de deferencia.

Se quita el sombrero por primera vez y puede encontrar cierto reconocimiento en los ojos claros de la señora Lovelace cuando sus rasgos asiáticos quedan a la vista. No hay rechazo ni asombro, solo... ¿curiosidad?

La dama extiende su mano con ligereza y Leo la toma para besarla.

—Hacía mucho tiempo que no escuchaba ese apellido. Paso tanto tiempo viajando que ya casi he olvidado Londres.

—¿Vive en Londres, acaso? —Leo arquea las cejas. Le sorprende no haber coincidido con ella, la recordaría.

—Vivo aquí y allá —responde la señora Lovelace con un brillo pícaro en sus ojos acuosos—. Dígame, señor Wellesley, ¿qué le trae por el *Saint John*?

—Mi hermano y yo viajamos a China por voluntad de nuestro padre.

—¿Negocios o placer?

Leo sonríe. No debería sentirse tan seguro en ese momento, aunque hayan partido, los Rothgard tienen oídos en cualquier lugar. Sin embargo, esa anciana aristócrata no le parece una amenaza.

—Familia, señora Lovelace. Mi padre nos dejó estos pasajes para que hiciéramos el viaje juntos después de su fallecimiento.

La señora Lovelace se lleva la mano enguantada a los labios con una expresión de sorpresa.

—Oh, lo lamento, caballero, es muy duro perder a un padre. Espero que su hermano y usted tengan una travesía provechosa en honor del difunto. Mis más profundas condolencias.

Leo estrechó decenas de manos en el ágape tras el entierro de su padre, le dijeron mil veces que sentían su pérdida, pero el pésame de esa curiosa dama es el primero que le encoge el corazón.

Su sonrisa se vuelve más agradable.

—Gracias, de veras, muchas gracias.

—¿Y necesita algo del personal? —pregunta la señora Lovelace entonces ignorando la mirada que le dirige Wilson.

En ese momento, el señor Smith regresa. Al ver que todas las miradas están puestas en él, se dirige a Leo cortésmente:

—¿Señor?

—Buenas tardes de nuevo, ha debido de haber algún problema con el camarote, porque nos han asignado a mi hermano y a mí una cama de matrimonio —explica Leo.

—Oh, vaya, qué inapropiado —ríe la señora Lovelace.

El señor Smith, con un apuro muy sincero, abre un libro de tapas duras que hay sobre el escritorio de la oficina y lo revisa mientras todos le observan.

—Vamos a ver... Usted es...

—El señor Wellesley —se presenta Leo.

—¿Lord Wellesley? —El señor Smith señala el nombre que hay escrito en el libro.

—Lord Wellesley es mi hermano mayor —corrige él con una ligera inclinación de cabeza.

Como si no fuese obvio, piensa. Pero se muerde la lengua.

—Voy a mirar si podemos hacer un cambio de camarote a uno doble con dos camas...

—El mío valdrá —corta la señora Lovelace haciendo que todos se vuelvan a mirarla.

Leo no se acaba de fiar de lo que está ocurriendo. Demasiado bueno para ser cierto.

—Señora Lovelace... —comienza el señor Wilson.

—Tengo un segundo camarote con dos camas amplias, ¿no? Es en primera clase, eso les valdrá a lord Wellesley y a su encantador hermano.

La señora Lovelace mira a Leo mientras pronuncia esas palabras. Parece una de esas personas acostumbradas a conseguir lo que quieren.

—Pero lord Wellesley y el señor Wellesley estaban en segunda clase, señora... —interviene el señor Smith.

—Muchas gracias por su ofrecimiento, señora Lovelace, pero no me parece apropiado —dice Leo tras un pequeño carraspeo.

—¿Qué no es apropiado, Leo? —interrumpe Charlie apareciendo tras su hermano.

Todos se giran hacia ella.

—Oh, discúlpenme, soy lord Wellesley —se presenta tras un

segundo de incertidumbre.

Realiza una reverencia equilibrada a modo de saludo, de esas que a Leo siempre le hacen gracia. A continuación, toma la mano de la señora Lovelace con unos modales exquisitos mientras ella la observa con ojo crítico.

—Encantada, lord Wellesley —declara—. Precisamente, estábamos hablando de usted.

—Espero que fuese bueno —responde Charlie con un gesto amistoso.

La señora Lovelace vuelve a reír. Su mirada expresa curiosidad y cierta admiración; Leo lo comprende, Charlie tiene ese algo especial que atrae a las personas.

Logra arrebatarse el aliento. Por eso retira la mirada un momento después, aprovechando que el señor Smith hace un ruidito con su estilográfica para atraer su atención.

—Tenemos dos camarotes individuales disponibles en segunda clase —anuncia.

—Un lord nunca debería viajar en segunda clase —interviene de nuevo la señora Lovelace.

—Pero, señora Lovelace, los camarotes están...

—Ya sé dónde están los camarotes, señor Smith —ataja ella—. Señor Wilson, dele a lord Wellesley la llave de mi segundo camarote.

Su voz es firme y no admite réplica. En cierto modo, a Leo le recuerda a lady Wellesley y eso le basta para sentir una ligera incomodidad. La madre de Charlie nunca le aceptó, por mucho que Leo tratara de agradarle, nada de lo que hacía era suficiente. Cuando lady Wellesley falleció, Leo sintió una culpabilidad que aún le sobreviene cuando menos se lo espera.

Wilson le dirige una mirada fugaz a la majestuosa dama mientras saca la llave para tendérsela a Charlie.

—Cójala, querido, allí estarán muy cómodos y tiene unas vistas preciosas del mar. —La Señora Lovelace ríe delicadamente y los demás se unen a ella—. Siempre contrato el camarote de al lado para no tener vecinos indeseables. Pero ustedes no tienen aspecto de serlo.

Termina de hablar con una sonrisa beatífica.

—No sé qué decir, señora Lovelace... —Charlie se lleva la mano a la nuca.

—Pues no diga nada, lord Wellesley, y no crea que espero obtener algo a cambio de mi hospitalidad. No tengo nietas casaderas, así que pueden despreocuparse. —Ni siquiera Wilson es capaz de disimular una sonrisa en ese momento—. Aunque sí les agradecería que me sacaran a desayunar alguna mañana y me diesen conversación. Porque la de calidad suele escasear por aquí —confiesa con aire divertido.

Charlie levanta la mirada hacia su hermano y Leo se la sostiene inmediatamente. Solo necesitan eso para descubrir que están de acuerdo.

—Muchas gracias, señora Lovelace —dice Charlie con su sonrisa más encantadora—. Le puedo asegurar que nuestra conversación no le aburrirá. Y me parece una injusticia que no tenga nietas con las que intentar engatusarnos.

La señora Lovelace ríe y posa la mano en uno de los brazos de Charlie de forma distendida. Leo se enternece al ver la sonrisa de su hermana aparecer de forma tan natural.

—Entonces, no hay más que hablar —resuelve la señora Lovelace—. señor Smith, que manden a un botones a buscar las pertenencias de los Wellesley a su antiguo camarote.

—Bien, bien. —El pobre señor Smith parece aturdido—. ¿Cuál de los dos camarotes les ha cedido, señora Lovelace? Tomaré nota de ello y todo quedará arreglado.

—Wilson se ocupará de todo —contesta ella con garbo.

Leo toma la llave que le ofrece Wilson mientras Charlie deja que la dama se le cuelgue del brazo.

—Una mujer increíble —comenta Leo sin dejar de contemplarlas.

—No se aburrirán por aquí, señor Wellesley, se lo puedo garantizar —contesta Wilson escuetamente.

El camarote vecino al de Eleanor Lovelace es amplio y lujoso. Tiene dos grandes camas que gobiernan el espacio, dos sillones orejeros

orientados hacia los ventanales y una mesa auxiliar sobre la que reposa un jarrón de flores secas.

Leo se dirige directamente hacia los ventanales, con los brazos a la espalda, mientras escucha las voces de Charlie y la señora Lovelace hablando como viejas amigas. Él observa el mar, el horizonte anaranjado precipitándose hacia la primera noche de ese viaje del que no sabe qué esperar.

Lo primero en salir del equipaje de Leo es el diario de su padre. Lo sopesa en las manos y toma asiento sobre su cama.

—¿Es el diario de padre? —pregunta Charlie de repente.

Leo parpadea, alza la vista hacia ella y asiente.

—Es extraño pensar que es lo único que nos queda de él.

—No es lo único —dice rápidamente Charlie—. Estamos nosotros, Leo.

Sus palabras están impregnadas de cariño y Leo siente algo dulce derramándose en su pecho frío. Después de tantas emociones y sorpresas, vuelve a sentir esa familiaridad entre Charlie y él.

Alza una mano para tomar la de la joven y la acerca para que se siente a su lado en la cama. Cuando abre el diario por la primera página, siguen con los dedos entrelazados.

Capítulo 13

Charlie

Las primeras luces del crepúsculo encuentran a Charlie con el diario en el regazo.

Deberían estar leyendo. Deberían. Pero Leo está mirando el mar y ella...

Ella se siente frustrada.

Apenas durmió la primera noche a bordo. Aunque su cama es muy cómoda, no podía dejar de pensar en que no había tierra firme bajo sus pies. Se levantó de mal humor y no se le pasó hasta bien entrada la tarde. Estuvo deambulando por la cubierta superior, contemplando el horizonte en busca de algo interesante, pero solo vio un par de islotes envueltos en bruma y, ocasionalmente, el perfil de la costa.

Pasadas un par de horas, comprendió que la travesía iba a ser así durante la mayor parte del tiempo y tuvo que regresar al camarote para resistir el impulso de tirarse al agua.

Y ahora está allí otra vez. Sola. Porque Leo está en la habitación, pero los muebles le hacen más compañía que él.

Charlie suspira. Su hermano y ella llevan semanas girando en una rueda que no parece tener final: desayuno, galanteo de rigor con la señora Lovelace, lectura conjunta del diario de su padre, almuerzo, más galanteo con la señora Lovelace, Wilson arrugando la nariz al verlos, la señora Lovelace arrugando la nariz al ver a Wilson, más galanteo, más lectura, cena ligera en el barco, Leo mostrándose taciturno, Charlie sintiéndose atrapada y vuelta a empezar.

Creía que ese viaje sería duro y trascendental. Nunca pensó que le

resultaría tedioso.

En cuanto al diario de su padre...

Han averiguado algo, sí, pero la joven se siente vagamente decepcionada. El diario refleja una aburrida cotidianeidad, o toda la cotidianeidad que se les puede pedir a dos aventureros que cruzan medio mundo en busca de fortuna.

Lord Wellesley y el señor Rothgard eran amigos cuando partieron rumbo a China. Eran amigos cuando llegaron. Eran amigos cuando empezaron a comerciar con las que consideraban las mejores sedas de China, fabricadas artesanalmente en una pequeña aldea del interior.

Eran amigos cuando empezaron a pensar en otros «negocios interesantes». O más bien Arthur Rothgard empezó a pensar en ellos mientras James Wellesley trataba de disuadirlo. Pero ni Charlie ni Leo han averiguado en qué consistían dichos negocios; o a su padre no le parecía importante especificarlo u omitió esa información deliberadamente. Charlie se inclinaría más por lo segundo.

El diario también está lleno de referencias a la vida que lord Wellesley había dejado atrás, en el campo. Hablaba de su esposa, de su pequeña hija y de las historias que les contaría cuando volviese. A Charlie se le saltan las lágrimas a menudo.

Leo y ella están avanzando despacio. Debaten fríamente acerca de cada cosa que leen, pero no llegan a ninguna conclusión. Además, se han comprometido a no seguir leyendo sin el otro, lo cual dificulta la tarea.

Hay veces que Charlie se niega a coger el diario.

Hay veces que Leo se levanta y se marcha con aire malhumorado.

El barco atraca en Alejandría esta noche y ellos siguen sin hacer ningún hallazgo importante. Charlie aprecia a Eleanor Lovelace y le agradece que les cediera su camarote, pero no sabe cuánto galanteo más podrá soportar.

No obstante, no les queda más remedio que acudir a la fiesta que se celebra esa noche en primera clase. Al parecer, se les unirán viajeros de lo más selectos; según Wilson, incluso un distinguido rajput indio. (Se lo contó con grandes aspavientos, mirando con

insistencia su gastado traje, hasta que la señora Lovelace tuvo la bondad de recordarle que se hallaba en presencia de un lord).

Afortunadamente, los Wellesley ya están lejos de Londres. Lo bastante lejos como para no cruzarse con ningún indeseable.

Día tras día, Charlie recuerda lo sucedido en Whitechapel. Su huida frenética, la noche en Melrose House, su breve paso por Wellesley Manor. La proposición de Gideon.

El beso de Leo.

Trata de no pensar en ello, pero las imágenes de ese momento reaparecen cuando menos se lo espera. Y a Charlie le cuesta un triunfo ahuyentarlas. A veces, por las noches, siente el impulso de meterse en la cama de Leo. En busca de calor o... Dios sabe qué. Pero no lo hace. Y, como no tiene ni un solo minuto de intimidad en ese barco, tampoco puede aliviarse sola.

Tal vez no sea una mala idea romper la rutina con la fiesta de marras. Quizá haya alguna jovencita aburrida con la que pueda conversar. Las jóvenes de la alta sociedad suelen aburrirse a menudo, y a Charlie no le importa ser un divertimento.

Leo se pone en pie y dirige una mirada de circunstancias al diario. Ninguno de los dos ha hecho ademán de abrirlo en la última hora, como si fuese un acuerdo tácito. Charlie lo aparta con un suspiro y también se levanta.

—¿Tienes ganas de bailar? —carraspea para romper el hielo.

Leo ya está acariciando uno de sus trajes, su favorito. Es de color negro azulado y le sienta como un guante.

—Bueno.

Charlie hace un gesto de hastío.

—Tú siempre tan elocuente, hermano.

Ese «hermano» se le agria en los labios, pero Leo ni siquiera reacciona.

—¿Qué traje me pongo yo? —vuelve a la carga. En realidad, solo quiere escuchar su voz.

—El negro.

—Todos son negros. —A Charlie le cuesta no levantarle la voz—. Supongo que te refieres al que llevé en el último baile en Wellesley

Manor, ¿no?

Abre el baúl de golpe, pero la voz suave de Leo le hace detenerse:

—Recuerdo ese baile. Estuviste toda la noche coqueteando con la señorita Lloyd.

No hay reproche alguno en sus palabras, pero Charlie frunce el ceño de todas maneras.

—Beth y yo siempre nos hemos llevado bien. —Saca el traje y empieza a ponérselo de cualquier manera—. Ahora está casada.

—¿Desde cuándo?

—Desde el pasado otoño. —Se anuda la corbata y se peina la melena con los dedos—. Descuida, no podías saberlo porque estabas en Francia.

Sabe que su tono ha sido acusador, pero no lo lamenta. Tampoco se enorgullece de ello. Sin mirar a Leo, contempla su propio reflejo en el espejo del tocador y se arregla la corbata.

—¿Vienes o te espero abajo?

La pregunta es retórica, Charlie no tiene ganas de separarse de Leo. Por eso su respuesta le deja fría:

—Ve yendo. Ya sabes que yo tardo más en arreglarme.

Lo que le faltaba.

A Charlie le cuesta no dar un portazo al marcharse. Sube las escaleras dando zancadas, ignorando la hermosa sirena que tanto le gustó el primer día.

Más le vale que esta noche sirvan brandy. Va a necesitarlo.

El comedor del barco ha sido adornado para la ocasión. Querubines dorados, molduras ostentosas, camareros con libreas y señoras engalanadas se apiñan alrededor de mesas decoradas con centros florales. Hace un calor sofocante, pero Charlie prefiere estar fuera del camarote.

La señora Lovelace la recibe cálidamente; Wilson tan solo cabecea a modo de saludo. Han averiguado que Wilson es el secretario de la señora Lovelace, y que antes lo fue de su difunto esposo, un banquero de York. Todo eso se lo cuenta el propio Wilson con afectación mientras la señora Lovelace mira con aire divertido las copas vacías que se amontonan frente a él. Parece que Charlie no es la

única que aprecia el brandy.

Leo se les une antes de que comience el ágape. Besa la mano de la señora Lovelace, pero solo hace un par de observaciones sobre su vestido (negro, por descontado) antes de centrarse en su plato. Charlie le mira con impaciencia, pero no obtiene ninguna clase de reacción.

Al menos, la cena es excelente, el cocinero ha decidido mezclar pastel de carne y rosbif con platos típicos de la región, como paloma asada y hojas de parra rellenas de arroz. De postre sirven pudin y unos dulces con miel y frutos secos deliciosos. Eleanor Lovelace alaba la comida; Wilson asegura que «el rosbif no es como el de Inglaterra» y se sume en un ofendido silencio.

Leo se muestra correcto, aunque no cordial. Charlie siente deseos de lanzarle trozos de pudin, pero opta por esbozar su sonrisa más encantadora y conversar con la señora Lovelace.

El baile es en la cubierta. Pronto Charlie y Leo se reúnen con otros cinco o seis jóvenes a los que la señora Lovelace ha decidido tomar bajo su protección, entre los cuales se encuentra la muchacha a la que vieron el primer día; Charlie le sonríe, pero ella baja la vista avergonzada, así que la descarta como posible entretenimiento. Tendrá que seguir buscando.

Durante la cena, queda confirmado que la señora Lovelace es algo más que una acaudalada viuda. Ella afirma poseer «una pequeña fortuna»; Charlie deduce que también poseerá una «pequeña» mansión solariega, una «pequeña» casa en Londres y quizá un «pequeño» carruaje con las ruedas de oro. Y se muere de ganas de comentarlo con Leo, pero su hermano parece empeñado en mostrarse distante.

Bien, pues Charlie no piensa preocuparse por él.

La cubierta está iluminada con farolillos. Sopla una brisa fresca que alivia un poco la sensación de bochorno, pero Charlie se afloja la corbata de todas maneras. Se acerca a la barandilla del barco y contempla las luces de Alejandría; una parte de ella anhela bajar al puerto y conocer uno de esos lugares con los que fantaseaba desde el despacho de padre, pero se recuerda a sí misma que ese no es un

viaje de placer.

Aunque ¿por qué no debería serlo? El difunto lord Wellesley los ha enviado a la otra punta del mundo en busca de respuestas, pero Charlie ni siquiera sabe qué preguntas formular. Una pieza de ajedrez, la llave de una taquilla, un diario sin información relevante... ¿Qué clase de pistas son esas? ¿Por qué tienen que jugar a ser detectives?

—¿Tanto le disgustan las vistas?

Charlie se gira con sobresalto y descubre que hay una mujer morena junto a ella. Un rápido vistazo le sirve para analizarla: ropa exquisita de corte occidental, labios jugosos y mirada juguetona. Tiene un acento exótico, aunque no sabría identificar su procedencia.

Lo que interpreta perfectamente es la media sonrisa que baila en su boca. Y se la devuelve.

—¿Por qué me lo pregunta, señora...?

—Señorita —corrige ella. Pero no le da su nombre—. Estaba usted frunciendo el ceño, señor...

—Lord —contraataca Charlie. Después se acoda en la barandilla—. Es una lástima que solo se haya fijado en mi ceño. Tengo otros encantos, ¿sabe?

La joven parpadea un par de veces, pero después ríe por lo bajo y Charlie se felicita. Está acostumbrada a flirtear con dos tipos de mujeres: las que se ruborizan y las que no. Y la señorita Misteriosa no parece dispuesta a ruborizarse.

—Eso debería decidirlo yo —responde con aparente dulzura.

Se le acerca un poco más y Charlie capta detalles que le habían pasado desapercibidos en esa primera mirada. El brillo del pelo, negro y recogido en una apretada trenza. El perfume a sándalo. La curva de los pechos.

Empieza a hacer calor otra vez.

—¿Me está retando? —Charlie agacha la cabeza con fingido apuro y se lleva la mano a la nuca—. Me gustaría impresionarla con mis dotes de bailarín, pero no son extraordinarias. Mi hermano, por el contrario...

Se muerde la lengua. ¿Por qué ha tenido que mencionar a Leo? No

quiere pensar en Leo, y menos con esa preciosidad haciéndole caídas de ojos.

—¿Su hermano es un buen bailarín? —sugiere la joven con un gesto de asombro—. ¡Y usted, que es un lord, se deja superar sin presentar batalla! O es un buen hermano o un buen perdedor.

Charlie se pasa la lengua por los labios. Y esta vez es ella quien se acerca a la otra chica.

—No se equivoque, señorita Misteriosa. En algunos aspectos, siempre me salgo con la mía.

—¿En cuáles?

Le está provocando. Le está provocando y no hace falta gran cosa para encender a Charlie, cuyos ojos empiezan a buscar la puerta más discreta para escabullirse con su nueva amiga.

—Ya que lo menciona... —Le ofrece su brazo—. Venga conmigo, se lo enseñaré. Puede confiar en mí.

La joven suelta una risa musical.

—¿Confiar en un embaucador como usted? De ningún modo. —Acepta su brazo haciendo tintinear media docena de pulseras de oro—. Pero puedo acompañarle.

Charlie nota que se le acelera el pulso.

—¿No la echarán de menos?

—Siempre. —La chica arquea sus negras cejas—. Pero yo no echaré de menos a nadie.

Definitivamente, Charlie no va a desaprovechar la oportunidad de vivir un momento agradable en ese condenado barco. Ha perdido de vista a Leo, pero no podría importarle menos. O eso se dice a sí misma. Con la hermosa desconocida cogida de su brazo, escoge el camino peor iluminado para volver al salón.

Quizá debería prestar atención a las miradas que atraen. Pero ahora mismo no está como para pensar con frialdad.

Nada más cruzar las puertas, Charlie abraza la cintura de su acompañante y le acerca la cara hasta que sus narices se rozan.

Ella le sostiene la mirada con aire divertido. Sin apartarse.

—¿Qué iba a enseñarme?

Charlie reprime un jadeo cuando el aliento de la chica acaricia sus labios. Y, de repente, se pregunta por qué está haciendo eso. No es la primera vez, no será la última, pero ¿por qué esa noche? Ni siquiera tiene ganas. Bueno, su cuerpo sí, pero...

Entonces piensa en la mirada indiferente de Leo y siente que la rabia trepa por su garganta.

—Cierre los ojos y lo averiguará —responde con su voz más sugerente.

La joven tarda un poco en obedecer. Está jugando, pero a Charlie no le importa. Tampoco le importa andarse con menos preámbulos que de costumbre y besarla con avidez. Necesita poner la mente en blanco, distraerse con cualquier cosa.

Borrar el sabor de Leo de su boca y seguir adelante.

La chica gime por lo bajo. Las manos de Charlie ciñen su cintura, trepan por su espalda y terminan acariciándole los pechos. Luego se meten por dentro del escote y pellizcan con delicadeza.

Su inesperada conquista vuelve a gemir.

Entonces se oye una voz a sus espaldas:

—¿Hermano?

Charlie se gira de golpe.

Sus manos abandonan el cuerpo caliente de la mujer y se cierran en el aire. Sus ojos chocan con los de Leo. Y su cuerpo se tensa.

—¿Qué haces aquí? —le espeta.

—Buscarte. ¿Has terminado ya?

Charlie le sacudiría con gusto, pero no va a hacerlo delante de la joven. Ella no parece avergonzada; se yergue, sacude su trenza con elegancia y dirige a Leo una sonrisa cómplice.

—No habíamos terminado, pero no se preocupe. Seguiremos en otro momento.

Charlie ve cómo se aleja. Leo ya le ha dado la espalda.

—¿A dónde vas? —Le sigue hacia la escalera—. ¿No vas a decirme nada? ¿Es que lo único que querías era arruinarme la noche?

Leo empieza a bajar las escaleras sin girarse.

—Lo único que quería era saber que estabas bien.

Charlie le alcanza en el último escalón.

—¡Ya has visto que estaba bien! —Le obliga a darse la vuelta—. ¿Por qué nos has interrumpido?

Su corazón late con fuerza. Y ver a Leo tan tranquilo le desquicia.

—No era mi intención.

Miente. Es un mentiroso, un maldito mentiroso. Lo fue cuando se largó a Francia diciendo que era porque le interesaba la moda, lo fue cuando no dio señales de vida durante meses, lo ha sido desde que el *Saint John* se hizo a la mar. Ha fingido que todo estaba bien cuando no era así.

No, no está bien. Nada bien.

—Eres un embustero y un cobarde —escupe Charlie. Sabe que se arrepentirá amargamente de esas palabras, pero algo en su interior le quema. Le duele—. ¡Embustero!, ¡cobarde! —Sus manos se crispan sobre la tela—. ¡Me has interrumpido porque estabas muerto de celos!

No sabe por qué lo hace. Tampoco se lo pregunta.

No, no hay preguntas cuando pone las manos en la nuca de Leo y fuerza un beso hambriento y feroz. Ni cuando empuja al chico hacia el pasillo más próximo, hacia la primera esquina, y le arrincona contra la pared. Ni cuando empieza a abrirle la camisa a tirones.

No se hace preguntas cuando algunos botones caen al suelo ni cuando el delicioso roce de sus lenguas le provoca escalofríos.

Dios sabe que no piensa cuando desliza los labios por su cuello, cuando lame la pálida carne entre gemidos, cuando tira de la camisa hasta que el hombro queda al descubierto y muerde. Tampoco cuando se pega a su cuerpo y nota la dureza de su entrepierna bajo la tela del pantalón.

Los jadeos de Leo invaden el corredor. Charlie oye pasos y le tapa la boca con la mano que tiene libre. Está ciega y sedienta, y esa es una mala combinación. Porque está dispuesta a desnudarse ahí mismo y tomar lo que rechazó en Melrose House. Solo para quitarse de encima las ganas y la frustración que ha estado sintiendo desde entonces.

Pero el hechizo se rompe cuando los pasos se acercan demasiado.

Los deseos de Charlie no importan tanto como la existencia de lord

Wellesley. No puede ponerlo todo en juego por una pasión que ni siquiera comprende.

El beso termina bruscamente. La ropa vuelve a su sitio y Charlie se gira justo a tiempo para reencontrarse con la afable mirada de la señora Lovelace.

—¿Ya se retiran?

La mujer se apoya en su bastón. En sus ojos claros hay un brillo achispado y cierta decepción, pero nada más.

Charlie está demasiado excitada como para sentirse aliviada, pero aguanta el tipo:

—Eso me temo. —Consigue que su voz apenas tiemble—. Mi hermano está cansado.

—Es una lástima. Había dos señores preguntando por ustedes.

—¿De veras? ¿Quiénes?

En realidad, no le interesa. Pero parece que a la señora Lovelace sí, porque responde:

—Los señores Rothgard. Han embarcado en Alejandría y son viejos amigos suyos, por lo que me han contado. —Da un toquecito en el suelo con el bastón—. Parecen impacientes por saludarles.

Capítulo 14

Leo

Leo cierra la puerta del camarote y apoya las manos en ella.

No sabe el aspecto que debe ofrecer, pero es la primera vez que no le importa en absoluto.

Y es que ya no aguanta más. Aprieta las mandíbulas y ruega a su corazón acelerado que le dé una tregua.

—Leo —llama Charlie a sus espaldas.

Siente un escalofrío recorriendo toda su columna vertebral. Se tensa un poco más y, finalmente, se vuelve hacia ella.

Charlie sigue con ese brillo desafiante y furioso en la mirada, el mismo al que lleva enfrentándose toda la noche.

—¿Cómo nos han seguido hasta aquí? —pregunta Leo.

Se refiere a los Rothgard. Intenta desesperadamente centrar el tema de conversación en algo que no sea su aliento compartido y las caricias ardientes que aún le tienen excitado.

—¿Qué? —jadea Charlie con tono incrédulo.

—Está claro que los Rothgard se las han arreglado para llegar hasta Alejandría al mismo tiempo que nosotros, quizá en un barco de menor calado o...

Charlie se mueve hacia él y le propina un empujón que ve venir, pero que no impide. Su espalda choca contra la puerta y mira a Charlie con los labios entreabiertos.

—¿Es que no piensas decir nada? ¿Vas a seguir indiferente después de esto? ¡Por Dios, Leo! —Charlie le tira de la camisa de nuevo para mostrarle los botones sueltos—. Por poco te desnudo en mitad del pasillo y haces como si no hubiese ocurrido. ¡Pues ha ocurrido,

maldita sea!

Leo reacciona en ese momento agarrando las muñecas de Charlie.

—Basta. —Vuelven a mirarse como en el pasillo y Leo se maldice—. ¿Dices que voy a hacer como si no hubiera ocurrido? ¿Como si no hubiera ocurrido?

Alza la voz al repetir la pregunta, pero es inevitable. Él ni siquiera tenía ganas de ir a la dichosa fiesta, lo ha hecho todo por puro compromiso y para estar junto a Charlie. Y eso que sospechaba que tendría que presenciar escenas que no le gustarían. Como cuando estaban en Londres.

Esta noche no ha sido diferente. Excepto por una cosa: por primera vez, Leo ha intervenido.

Lo ha hecho porque se estaba muriendo de celos, sí. Porque sabe que nunca va a ser él.

—No sabes... lo difícil que es... aguantarlo —dice lentamente.

—¡Pues explícamelo!

Leo lo haría, pero no sabe por dónde empezar.

—Yo también estoy asustada, ¿sabes?

Las palabras de Charlie le cortan el aliento. Sobre todo, porque le tiembla la voz al pronunciarlas.

Leo abre la boca para contestar, para tranquilizarla, para comportarse como el caballero que es. Pero, cuando sus miradas se cruzan, se da cuenta de que es incapaz.

Y se lanza a por sus labios con desesperación.

Charlie le ha llamado embustero por no ser sincero consigo mismo. Porque lo que más desea es justo eso: la respiración acelerada, el sabor de su boca. Los suspiros ahogados. El pecho a punto de estallar.

Charlie le ha llamado cobarde por no enfrentarse a las sensaciones que le provoca el simple roce de su lengua; porque teme el rechazo casi tanto como la decepción que puede suponer. Y no es lo suficientemente valiente como para arriesgarse a no ser correspondido.

Pero qué importa ya. Cuando Charlie entreabre los labios para dejarle hacer, comprende que no hay vuelta atrás.

Se quita la chaqueta a tirones y casi arranca la de Charlie. Cada vez se alejan más de la puerta y de un mundo que ya carece de sentido; solo hay lugar para el sonido de los besos y el susurro de la ropa cayendo al suelo. Oye cómo se rasga su camisa y siente los dedos de Charlie en su pecho desnudo.

Él también le mete las manos bajo la camisa. Su piel arde y se estremece bajo su tacto. Leo empieza a jadear.

Sus besos se van volviendo más audaces mientras sus pasos les guían hacia una de las camas, no sabe cuál. Charlie se deja caer en ella arrastrando a Leo consigo. Los muelles crujen bajo su peso cuando apoya una rodilla en la cama.

No es la primera vez que está con una mujer, ha saciado su apetito en varias ocasiones, aunque siempre pensando en quien no debía. Pero nunca se sentía culpable, sabía lo que tenía que hacer para compensar a esas jóvenes por el hecho de estar imaginándose a otra.

Y ahora sus fantasías se han vuelto reales.

Le abre la camisa a Charlie y aguanta la respiración. Sus labios descienden por su garganta. Lame con cuidado la piel suave del pecho, nota cómo se eriza y continúa excitándola. Las manos de Charlie se enredan en su pelo y sus caderas se alzan en busca de su contacto.

La sangre de Leo continúa acumulándose en su entrepierna como la más deliciosa de las torturas.

Continúa bajando por el vientre pálido y blando, tira del pantalón y se encuentra con los calzones, que también arranca sin piedad.

Los ojos de Leo se llenan con la imagen que tiene delante. No es la primera vez que ve a Charlie desnuda, pero ahora no tiene que retirar la mirada pudorosamente, resistiéndose a esa necesidad que siempre le invade. Ahora sus ojos reflejan el deseo y el amor que le parten el alma desde hace años.

—Eres preciosa —murmura con la voz tomada.

Sus manos recorren la piel de los muslos lentamente. Nunca ha tocado nada tan preciado, tan maravilloso. Siente que en cualquier momento se va a desbordar.

Sus labios continúan bajando. Los gemidos de Charlie se tiñen de

impaciencia y Leo termina por hundir la lengua en su entrepierna. Mantiene los ojos abiertos, viendo cómo ella se arquea y ahoga un grito.

—Leo... —jadea Charlie levantándole la barbilla.

Sus ojos se encuentran.

—Yo nunca...

—Tranquila —murmura él—. No pasa nada. Puedo enseñarte o... —Se incorpora un poco y se pasa las manos por el rostro—. Puedo seguir con la boca.

Los ojos de Charlie se abren un poco más y Leo se siente abrumado por lo que ve en ellos. La joven tiene las mejillas rojas y su mirada ha adquirido un brillo febril.

—Enséñame —suspira finalmente.

Leo asiente y se coloca sobre ella, entre sus piernas. Respira hondo un par de veces y toma las caderas de Charlie con cierta autoridad, pero también con gentileza.

—Avísame... si te duele o quieres que pare... —dice intentando que no le tiemble la voz.

—¿Me gustará? —Charlie se humedece los labios sin dejar de mirarle.

—Haré que te guste. —Él se inclina un poco más sobre ella y entrecierra los ojos—. Mucho.

Espera un instante y, cuando le parece que Charlie está preparada, la penetra con un suave movimiento de cadera. Solo un poco.

Ella deja escapar un grito ahogado y se aferra a su espalda, pero después su cuerpo se relaja.

—¿Duele?... —Leo cierra los puños sobre las sábanas para dominarse.

—Un poco. —Charlie suspira y echa la cabeza hacia atrás—. Sigue...

Leo entierra el rostro en su cuello y empieza a empujar. Sus embestidas son rápidas, pero suaves, y Charlie responde gimiendo y hundiéndole los dedos en la espalda.

Las sábanas se humedecen mientras sus jadeos llenan el camarote. No necesitan palabras, no esa noche.

Capítulo 15

Charlie

La despiertan unos golpecitos en la puerta.

Gruñe por lo bajo y gira sobre su costado, dispuesta a ignorar la llamada, cuando se encuentra con un cuerpo caliente y desnudo.

Su corazón se acelera de golpe.

Leo sigue durmiendo. Tiene el rostro vuelto hacia la pared, pero Charlie puede ver la firme línea de su mandíbula y la curva de su garganta. Durante unos segundos, se queda mirándolo con la piel erizada; las imágenes de la noche anterior vuelven a su memoria y le provocan sentimientos encontrados.

Espanto. Vergüenza.

Excitación.

Los golpes persisten. Charlie se incorpora de golpe y, por fin, Leo abre los ojos y los dos se miran. Él parece desorientado; Charlie tiene el pecho a punto de estallar. Solo quiere esconderse bajo las mantas y desaparecer durante unos cuantos años.

Pero quienquiera que sea sigue llamando a la puerta.

—¿Charlie? —murmura una voz desde el otro lado.

Gideon.

El pomo empieza a girar. Charlie se queda sin aliento al recordar que la noche anterior no echaron la llave.

—¡Espera! —grita—. ¡No me he vestido aún!

La puerta apenas se ha abierto unos centímetros, pero vuelve a cerrarse de inmediato.

—Eh... perdona. —Gideon parece apurado—. ¿Puedes vestirte? Necesito hablar contigo.

Leo aparta las sábanas de una patada y pronuncia un «no» silencioso y desafiante. Charlie frunce el ceño y trata de no mirar su cuerpo desnudo, pero es imposible.

Tiene marcas rojas por el cuello, el torso y los muslos. Esa visión hace que se le caiga el alma a los pies.

Se obliga a concentrarse en Gideon:

—¿Podemos hablar más tarde? —dice en voz alta.

Mientras habla, Leo se sienta en la cama con cara de pocos amigos. Charlie lo ignora deliberadamente.

—Tiene que ser ahora —insiste Gideon—. Si esperamos, mi hermano...

No termina la frase, pero no es necesario, Charlie capta el mensaje y mira a Leo con cara de circunstancias. Su hermano hace un gesto de exasperación, pero después vuelve a tumbarse y se esconde bajo las mantas.

Charlie coloca un par de almohadones sobre él, empuja bajo la cama la ropa que dejaron tirada por el suelo la noche anterior y saca un batín de seda azul del baúl de su hermano. Se lo anuda de cualquier manera y, finalmente, se sienta de nuevo en la cama.

—Adelante —suspira.

Gideon entra discretamente y cierra la puerta a sus espaldas. A diferencia de Charlie y Leo, él tiene la prudencia de hacer girar la llave en la cerradura. Al ver a Charlie en batín, su boca se entreabre y sus mejillas se tiñen de un suave color rosado; a Charlie le parecería adorable si no tuviese ganas de estrangularlo.

—¿Qué quieres? —La chica cruza los brazos sobre el pecho—. Espero que sea importante.

El joven se acerca a ella con cautela. Va vestido y peinado de forma impecable.

—¿Dónde está Leonard?

—¿Mi hermano? —Por algún motivo, Charlie hace especial hincapié en esa palabra—. Ha madrugado.

Casi puede ver a Leo poniendo cara de escepticismo bajo las mantas. Su corazón se acelera: ¿y si Gideon se da cuenta de que está ahí?

Cielos, no pueden descubrirlos. Eso sí que no.

Afortunadamente, Gideon no sigue preguntando por Leo. En vez de eso, se sienta en una esquina de la cama y dirige a Charlie una mirada azorada.

—¿No te sorprende verme aquí?

—Ya sabía que habíais embarcado en Alejandría. —Charlie resopla—. ¿Estáis siguiéndonos, Gideon?

La expresión culpable del chico habla por sí sola.

—Mi hermano...

—Que tu hermano sea un buitres no es una excusa. —Charlie aprieta los dientes—. ¿Vais a perseguirnos hasta el fin del mundo?

Gideon frunce sus cejas pelirrojas.

—Yo no quiero perseguiros, Charlie. Ni descubrir tu secreto. No a la fuerza —añade rápidamente.

Esas palabras le provocan una oleada de rabia.

—Entonces, ¿qué diablos haces aquí?

—He venido a controlar a Arthur. —El joven habla con tono sombrío—. Descubrirte no es lo peor que podría hacer.

—¿Es una amenaza?

—Es una advertencia, caramba. No conoces a mi hermano.

—Le conozco bien...

—Conocías al muchacho, no al hombre. Además, no ha sido el mismo desde la muerte de padre. Hasta a madre le cuesta reconocerle. —Gideon suspira entre dientes—. Si tan solo hubieses aceptado mi proposición...

—No pienso dejar de ser lord Wellesley para convertirme en lady Wellesley.

—Pero algún día tendrás que volver a Inglaterra. —Gideon alarga la mano hacia ella—. Ya ha corrido el rumor... —Al ver que Charlie se aparta, deja caer el brazo—. Lo siento. Yo no quería que esto terminara así.

—No querías, pero tampoco has intentado impedirlo.

—Es verdad. —Los ojos de Gideon se empañan. El chico baja la vista e inspira profundamente—. He sido egoísta, Charlie. Quiero casarme contigo. —Traga saliva—. Puede que ahora no seas capaz de

verlo porque estás enfadada, pero es lo mejor.

—Lo mejor para ti, no para mí.

Gideon levanta la barbilla de golpe. Sus ojos tienen un brillo peligroso.

—¿Eso te lo ha dicho Leonard?

—¿Disculpa?

—Antes de que él volviese, tú y yo éramos... algo. —El chico se humedece los labios—. Mientras tu padre estuvo enfermo, disfrutabas de mi compañía. Puedes negarlo, pero yo sé que es verdad. —Sacude la cabeza—. Pero ahora Leonard ha vuelto y tú solo quieres agradecerle, ¿verdad? Al hermano que te abandonó cuando más lo necesitabas...

Charlie tiene un nudo en el estómago. Sabe que Leo está escuchándolo todo y le gustaría contradecir a Gideon, pero ¿cómo va a hacerlo?

Tiene razón. Al menos, en parte.

El joven le dirige una mirada penetrante.

—Todavía no sabes si te atraigo como hombre. —Su respiración se ha acelerado un poco—. ¿Por qué no me das una oportunidad? —Se inclina hacia delante—. Tal vez te sorprenda...

Charlie abre la boca para contestar, pero no le da tiempo, antes de que pueda hacerlo, los labios del chico se posan en los suyos.

El contacto es agradable; el vértigo que siente en el estómago, no.

Aparta a Gideon, pero, por un instante, le mira con otros ojos. Y ve algo más que al viejo amigo al que las circunstancias han convertido en su enemigo, ve a un joven de rostro armonioso, cuerpo flexible y labios rosados.

También ve unos ojos que desnudan su cuerpo a través de la seda y no sabe cómo sentirse al respecto. Si Leo no estuviese allí...

Entonces lo capta. Un movimiento bajo las sábanas apenas perceptible.

Reacciona justo a tiempo:

—Vete, Gideon —dice con firmeza—. No voy a aceptar ninguna de tus proposiciones. Lo único que quiero es que nos dejéis en paz para que podamos cumplir la última voluntad de nuestro padre.

El chico se aparta. Parece herido, pero no es eso lo que preocupa a Charlie, sino la mirada intrigada que le dirige.

—¿La última voluntad de vuestro padre?

Charlie se reprende mentalmente por haber hablado demasiado.

—Fuera —insiste—. Si mi hermano vuelve y te ve aquí, montará un escándalo. Y no quieres un escándalo a bordo, ¿verdad?

Quizá un hombre más testarudo se empeñaría en quedarse, pero Gideon Rothgard sabe aceptar un «no» por respuesta. Con un suspiro, se levanta de la cama y se dirige hacia la puerta.

—Es una pena, Charlie, podríamos habernos llevado bien.

Al no obtener respuesta, hace girar la llave y abandona el camarote.

En cuanto Gideon se marcha, Charlie cierra los ojos. Justo a tiempo para oír el susurro de las sábanas y el bufido de Leo.

Su hermano lo ha escuchado todo. Todo. Y Charlie no solo va a tener que lidiar con sus preguntas, sino también con su propio cuerpo. Que, por alguna razón, ha decidido encenderse en el momento más inoportuno.

Así que se encoge en el batín y se prepara para la tormenta.

Capítulo 16

Leo

Bajo las sábanas calientes, Leo se pregunta por qué la mejor noche de su vida se ha convertido en una mañana de pesadilla y, obviamente, no encuentra respuesta. Tampoco puede buscarla porque la presencia del cretino de Gideon Rothgard se lo impide.

No sabe cómo se las arregla para quedarse donde está mientras descubre lo que Charlie le ha ocultado. Se produce un silencio y sospecha lo peor. Aprieta la mandíbula para no gritar.

Cuando la puerta se cierra, se enrolla la sábana alrededor de la cintura y se levanta de golpe. Tiene el cabello alborotado y ciertas partes de su anatomía no saben que no es el mejor momento para actuar por su cuenta. Es difícil contenerse cuando las curvas de Charlie se adivinan suavemente bajo su batín de seda preferido.

Se fuerza a respirar hondo, pero la bocanada de aire se le atasca en el pecho.

—«Las cosas no son como cuando te marchaste» —recuerda Leo con voz ronca—. Así que era eso, ¿no? Gideon y tú...

Charlie continúa con los brazos cruzados sobre el pecho y le dirige una mirada retadora.

—Venga, atrévete a decirlo.

—No hace falta, ya sabes de lo que hablo.

—No, no lo sé. Porque Gideon y yo no somos nada.

Leo no puede reprimir una carcajada. Irónica y descarnada. Está tan furioso que retuerce el extremo de la sábana hasta que sus nudillos se ponen blancos.

—Gideon te ha besado —declara—, y no te he oído echarlo a

patadas.

En realidad, no está seguro de que se hayan besado de verdad. Al menos, no hasta que ve la expresión de Charlie. Sus ojos relampagueando y el ligero rubor cubriendo sus mejillas.

Se le encoge el corazón. ¿Así que es cierto? ¿Se han besado a escasos centímetros de él? Quiere gritar de rabia.

—No tienes ningún derecho a decirme lo que puedo hacer —dice Charlie con firmeza.

Y, pese a ello, Leo puede ver cómo tiembla bajo el batín. Una parte de él solo quiere acercarse a ella y rodearla con sus brazos; otra, pequeña y mezquina, quiere que se sienta culpable.

—Es un Rothgard, Charlie.

—¿Y qué si es un Rothgard?

—Primero padre dijo que no confiáramos en ellos. Luego trajeron a un policía y a un periodista a King's Cross. Y ahora nos han seguido hasta aquí. ¿Es que necesitas más pruebas de que no son de fiar?

—Gideon no es Arthur, Leonard.

Leo resopla, sintiendo el amargo sabor de la derrota y la traición por parte de la persona a la que más quiere en el mundo. Incapaz de sostener su mirada, le da la espalda y se acerca a la ventana del camarote. Las primeras luces del día arrancan destellos de la espuma de mar y, durante unos instantes, Leo se concentra en esa imagen. Tratando de no pensar en nada más.

—Gideon tiene razón —añade Charlie entonces.

—¿Qué? —Leo vuelve a encararse con ella.

Charlie le devuelve la mirada alzando la barbilla con dignidad. Sus párpados descienden un poco y el autocontrol de Leo flaquea una vez más.

—Disfruté de su compañía cuando padre estuvo enfermo.

Leo aprieta los puños a ambos lados del cuerpo, mirando a Charlie con la respiración cada vez más alterada.

—Cuando más necesitada de apoyo estaba y tú te habías largado.

La frustración de Leo se une al cúmulo de rabia y celos descontrolados. Golpea el marco de la ventana con todas sus fuerzas.

—Pues no sé qué haces aquí si tanto te gusta —escupe.

Oye los pasos acelerados de Charlie acercándose a él y nota un tirón cuando le obliga a encararse con ella.

—¿Qué hago aquí? —Se abre el batín de un tirón—. No lo sé, ¿me lo dices tú?

En ese momento, la mente de Leo se nubla. Su cuerpo se mueve solo cuando agarra con decisión las muñecas de la joven, la pone contra la pared y se inclina para atacar sus labios.

No hay ni rastro del Leo racional. Nada sería capaz de romper su frustración mejor que ese beso rabioso.

Y Charlie se rinde a él. Lo nota en la forma natural en que sus cuerpos se amoldan el uno al otro.

El camarote se llena de suspiros y sonidos húmedos de sus bocas devorándose. Leo ya se había despertado excitado, pero el roce de ese cuerpo termina de encenderlo. La sábana no puede ocultar su miembro erguido cuando aprieta su cuerpo contra el de Charlie. Gime contra sus labios y sus manos terminan de arrancarle el batín.

Los dedos de Charlie están empezando a tirar de la sábana cuando nuevos golpes en la puerta vuelven a interrumpirlos. Leo se separa de ella y abre la boca para despachar a quien sea, pero entonces la ve y siente dolor en el corazón.

Charlie tiene el pelo revuelto, las mejillas rojas y una expresión indescifrable en sus ojos azules. A Leo se le corta el aliento.

¿Es real?

Con los ojos abiertos, vuelve a inclinarse para besarla. Pero esta vez lo hace despacio y con suavidad. Su mano se desliza por el costado de Charlie, estremeciendo la piel bajo sus dedos.

Está volviendo a cerrar los ojos cuando los golpes se repiten:

—¿Lord Wellesley? —pregunta Wilson alto y claro desde el otro lado de puerta.

Charlie toma el rostro de Leo entre sus manos y lo aparta suavemente. El joven se gira para que no vea la derrota reflejada en sus ojos.

—¿Puedo ayudarle, Wilson? —pregunta Charlie logrando que su voz suene normal.

—La señora Lovelace se preguntaba si podrá disfrutar de su

compañía en el desayuno, los está esperando.

—Ahora mismo bajamos, muchas gracias por el aviso —despacha Charlie sin dejar de mirar a Leo.

—Maravilloso, ahora se lo comunico a la señora.

Los pasos de Wilson se alejan y Charlie vuelve a anudarse el batín de cualquier manera. Leo retira la mirada y resopla.

—Será mejor que vayamos —murmura Charlie.

Leo asiente sin mirarla. No lo hace hasta que la escucha moverse por la habitación.

Solo entonces se atreve a recorrer de nuevo las líneas de su cuerpo. El suyo aún está ardiendo, pero tendrá que aguantarse. Como siempre. Hasta que aprenda a ahogar sus sentimientos o estos terminen asfixiándole.

Capítulo 17

Charlie

Calcuta, 12 de junio de 1874

— ¿Cómo puede hacer tanto calor?

Charlie se afloja el cuello del traje. Leo también está sudando, pero él lo lleva con más dignidad. La que no parece afectada es la señora Lovelace, que está bebiendo su segunda taza de té mientras Leo y ella hablan de los vestidos de la temporada.

— Acostúmbrese, mi lord —sonríe la señora Lovelace—. Caminar por la calle en las colonias es parecido a bañarse en aguas termales. —La mujer vuelve a mirar a Leo—. Entonces, querido, ¿usted defiende el raso a pesar de mis argumentos en contra...?

La conversación sobre vestidos se reanuda y Charlie estira el cuello para contemplar el panorama. Están tan cerca de la costa que puede ver la silueta oscura de las palmeras recortada contra el sol naciente. Entre ola y ola, las barcas de los pescadores echan sus redes al mar, orladas de espuma y peces brillantes. Conforme atracan, Charlie distingue también hileras de casas blancas y torres puntiagudas en tierra firme.

Casi puede oler el pescado fresco y el aroma dulzón de los árboles frutales. Casi puede oír las voces extrañas y el zumbido de los insectos. Han llegado a la tierra de las fabulosas leyendas que les contaba su padre cada vez que añadía un objeto exótico a su colección, la última frontera que deben cruzar antes de llegar al Lejano Oriente. A China, donde duermen los secretos de su familia.

Siente vértigo en el estómago al pensar en ello. Pero los cuchicheos

de Leo y la señora Lovelace la devuelven de golpe al comedor:

—... Queridos Wellesley, no se la pierdan. No hay mujeres tan hermosas en Inglaterra, ¿no les parece?

Charlie se gira hacia donde está mirando la señora Lovelace y sus ojos se detienen en la joven que acaba de entrar en el comedor. Aunque rodeada de sirvientes y equipaje, parece flotar en otro mundo. Su cara es un óvalo blanco; sus ojos, dos trazos negros y alargados. Tiene la boca pequeña, del mismo rojo que la seda de su kimono. Su pelo está recogido en un complicado peinado y adornado con cuentas y abalorios.

No hay expresión en su semblante. O no hasta que mira hacia donde están y sus ojos se cruzan con los de Leo. Los labios delicados se abren formando una pequeña «o».

Su hermano no se da por aludido, pero responde a la señora Lovelace:

—Es hermosa, aunque yo no me atrevería a decir que más que las mujeres inglesas.

Se produce un breve silencio y Charlie comprende que su anfitriona espera una reacción por su parte.

—No está mal —concede.

En ese instante, ve otra cara conocida entre la multitud y no puede reprimir una sonrisa traviesa. Es la joven de ayer; ya no lleva el descarado vestido rojo, sino una túnica rosa que contrasta con su piel oscura. Aun así, Charlie es perfectamente capaz de imaginar los pechos y el trasero que hay debajo.

—Esa me gusta más —dice en voz alta.

Sabe que ese comentario no es propio de un lord inglés, pero quiere ver si a Leo le molesta. Por desgracia, la cara de su hermano es una máscara perfecta.

La señora Lovelace arquea sus cejas grises.

—Mi querido lord, no le aconsejo que ponga los ojos en esa muchacha. Es la futura esposa del rajput Panjabi.

—¿De quién?

—El rajput Panjabi. Un hombre muy influyente en Calcuta.

En ese instante, la joven ve a Charlie y sonrío discretamente.

Charlie responde con un ligero cabeceo.

—Querido —carraspea la señora Lovelace—, no quisiera ser inoportuna, pero insisto en aconsejarle prudencia.

La joven desaparece entre la gente. Charlie se permite admirar el sugerente movimiento de sus caderas antes de volverse hacia la anciana.

Abre la boca, pero Leo se le adelanta:

—Mi hermano no es un hombre prudente, me temo —habla con tono desenfadado—. Está acostumbrado a tomar lo que desea cuando lo desea.

—No como mi hermano —dice Charlie inmediatamente—, que es un perfecto caballero inglés y sabe controlar sus impulsos.

Leo sostiene su mirada un segundo más de lo necesario. La señora Lovelace ríe por lo bajo.

—Hagan el favor de pasarme el cuchillo de la mantequilla para que pueda cortar la tensión que hay entre ustedes. ¿Acaso alguna vez se han disputado el corazón de una joven?

—Oh, en absoluto. —Charlie fuerza una sonrisa—. Como ya le he dicho, señora Lovelace, mi hermano es casi un monje.

Se inclina para besar su mano y se pone en pie.

—Tengo entendido que no zarpamos de nuevo hasta mañana por la mañana. Creo que aprovecharé la parada para conocer Calcuta.

Para conocer Calcuta, para alejarse de Leo, para poder pensar con claridad. Necesita asimilar lo que ha ocurrido en ese camarote para ordenar sus ideas. Necesita respirar, aunque sea el bochorno del monzón.

—Sigo sin entender por qué no viajan con sus criados —dice la señora Lovelace—. Ninguna ciudad situada al este de Canterbury es segura para dos caballeros. Y menos Calcuta, se lo aseguro. No me agrada la idea de que vayan sin escolta.

—Nos gusta la privacidad —responde Leo al punto—. Señora Lovelace...

Él también besa su mano. Después pone la suya en la espalda de Charlie.

—¿Vamos?

Charlie se contiene para no montar una escena en el comedor. Deja que Leo siga tocándola mientras salen a la cubierta, donde el calor es aún más insoportable que en el comedor. Van a necesitar trajes más ligeros. Y algo para abanicarse. Y, a este paso, Charlie también va a necesitar algo con lo que emprenderla a golpes.

Se aparta de Leo bruscamente.

—¿Quién te ha invitado a venir conmigo?

—¿Ya no soportas a tu hermano el monje? —El chico parpadea con lentitud—. ¿O es que ibas a perseguir a la futura esposa del rajput?

—No necesito perseguirla, ella vendrá a mí si le sonrío dos veces.

—Ni se te ocurra hacerlo.

—¿Por qué no? —Charlie levanta la barbilla—. ¿Tan celoso estás?

—¿Quieres que esté celoso para que vuelva a hacerte lo de anoche?

Lo de anoche. Las imágenes vuelven a la cabeza de Charlie una y otra vez: los besos ardientes, las caricias íntimas, el cuerpo de Leo penetrando el suyo. Nota el rubor trepando por sus mejillas; Leo, en cambio, parece tranquilo. El muy desgraciado. Como si fuese todo un caballero y no el hombre apasionado que parece dispuesto a tentarla una y otra vez.

—No nos busques problemas con el rajput —advierte Leo entonces—, ni con nadie. Los dos hemos venido aquí con un propósito.

—Sí, pero creo que no es el mismo.

Charlie le da la espalda y echa a andar por la pasarela que une el barco con el puerto, en parte para que no vea que se ha sonrojado y en parte porque ya no sabe qué hacer. ¿Cómo se supone que debe actuar ahora? ¿Cómo, si todo aquello en lo que creía se está desmoronando por momentos?

Pero Leo no se rinde y va tras ella:

—¿Vas a decirme qué es lo que te molesta tanto?

Charlie se gira y ve que el joven se ha detenido al pie de la pasarela. No hay mucha gente alrededor, es probable que los distinguidos pasajeros del *Saint John* prefieran distraerse en el barco que tostarse en la ciudad.

Claro que ellos no tienen sensuales hermanastros de los que huir.

Un momento, ¿hermanastro? ¿Desde cuándo piensa en Leo como su hermanastro? Siempre le ha llamado hermano. Y lo de sensual... En fin, es mejor no pensarlo.

—No —contesta secamente—. Lo que voy a hacer es buscar un par de trajes de lino. Me da igual que no estén hechos a medida — advierte al ver la cara que pone Leo—, no pienso estar todo el día sudando.

—Bien. —Leo se cruza de brazos—. Supongo que también necesitaremos sombreros y calzado ligero.

—¿Cuánto dinero nos queda?

—No mucho, me temo.

—Habrá que regatear. —Charlie echa un rápido vistazo por encima del hombro—. Deprisa, no vaya a ser que los Rothgard nos vean aquí y decidan unirse al paseo.

Curiosamente, Leo no hace ningún comentario sobre Gideon, algo que Charlie interpreta como una tregua. Y, mientras se zambullen en ese océano de lenguas extrañas y aromas penetrantes, Charlie no puede evitar preguntarse si todo eso les conduce a alguna parte.

Capítulo 18

Leo

—¿Tú crees que padre venía mucho por aquí?

Mientras habla, Charlie se quita de encima al niño que lleva varios minutos intentando meterle la mano en el bolsillo. Leo tira de ella para esquivar a una mujer que porta una cesta de mimbre en la cabeza, pero no impide que un par de pescados resbaladizos caigan sobre sus nuevos trajes de lino. Los Wellesley se miran y, finalmente, Charlie suelta un bufido de risa.

—Supongo que sí —suspira Leo reanudando la marcha—. Y apuesto a que le gustaba tanto como a ti.

Charlie se encoge de hombros, pero no dice nada. Y es lo mejor. Ya no están tan tensos como al principio, pero Leo sospecha que se debe únicamente a que están demasiado pendientes de lo que hay alrededor. Calcuta es un laberinto; de hecho, Leo lleva un buen rato preguntándose cómo demonios van a encontrar el camino de vuelta al puerto. Pero Charlie no parece preocupada, ella lo mira todo, lo toca todo, se detiene cada treinta segundos y hasta sonrío a los extraños. Leo tiene que llevársela a rastras cuando capta miradas de suspicacia entre la gente. La India forma parte de la Corona británica, pero eso no significa que dos ingleses no llamen la atención.

Él se está agobiando por momentos. Está acostumbrado a las multitudes de Londres o París, pero son multitudes ordenadas. Calcuta es un caos.

—Es increíble. —A Charlie le brillan los ojos—. Es como... Como un sueño.

Leo la mira en silencio. Es casi como ver a su padre.

Pero desvía la mirada torciendo el gesto.

—Solo si eres blanco y tienes dinero —contesta con aspereza.

Charlie parpadea un par de veces y abre la boca, pero luego debe de pensárselo mejor, porque mira alrededor.

Entonces parece descubrir a qué se refiere Leo, el mercado se despliega ante los hombres y mujeres de clase pudiente. Todos con sus nuevos trajes de lino para hacerse el viaje más llevadero, como ellos; emocionados con los coloridos y distintos objetos que se les muestran a un precio casi regalado.

Mientras tanto, las vacas espantan moscas con el rabo y los niños que corretean a su alrededor parecen no tener nada que llevarse a la boca. Tal vez Charlie no se haya fijado, pero Leo ha visto que sonrían con los labios, no con los ojos.

Sabe de la división que existe en Calcuta, de la Ciudad Blanca en la que los extranjeros juegan a ser aventureros y la Ciudad Negra, al norte, donde se concentran los indios. Pero nunca pensó que fuese tan evidente. Mientras los indios trabajan sin parar, con el sudor pegado a sus cuerpos, los viajeros extranjeros se pasean y ríen con las mejillas enrojecidas por el sol y la cerveza india.

Es increíble que dos mundos coexistan de forma tan estrecha y, al mismo tiempo, sean tan lejanos.

No pronuncian palabra durante un buen rato. Leo escucha el rumor que los rodea y el sonido de insectos que no reconoce.

Recuerda las historias de su padre, esos lugares lejanos que describía con palabras que a él se le hacían demasiado grandes como para entenderlas. Siempre fantaseó con ser tan valiente como para visitarlos, pero nunca pensó que, cuando lo hiciese, se sentiría así. Decepcionado.

Nota la mano fría de Charlie sobre la suya y una sensación cálida se extiende por su pecho; pero, cuando alza la vista, ve que su hermana tiene los ojos clavados en el otro extremo de la calle.

No necesita mirar para saber quiénes se encuentran allí, pero lo hace igualmente.

—Vamos, por aquí —le dice Charlie tirando de él hacia un callejón.

Sabe lo que pretende: perderse entre la gente. Y él está de acuerdo. Hasta que se libren de los Rothgard, tendrán que dejar atrás los reproches.

Pero apenas ha pasado un minuto cuando Leo oye murmullos a sus espaldas. Charlie también debe de hacerlo, porque se mete entre dos casas de adobe y, finalmente, se detiene frente a la entrada de un angosto local.

Una vaharada de humo aturde a Leo, que tose aparatosamente. El local no tiene puerta, solo una cortina sucia, y tampoco hay nadie custodiándola. Curiosamente, también se oyen toses en el interior.

Leo tiene un mal presentimiento, pero no le da tiempo a expresarlo en voz alta, Charlie retira la cortina y los mete dentro del local.

La luz es tenue ahí dentro. El humo forma volutas en el aire y los ojos de Leo empiezan a lagrimear. Charlie lo arrastra entre cojines y divanes sin que nadie trate de impedirselo; al fondo del todo, casi a oscuras, hay docenas de hombres y mujeres tumbados junto a mesas bajas. Están fumando en unas alargadas pipas de bambú.

Una vez más, le viene a la memoria una historia de su padre. Diferente e incómoda. Porque Leo ya no era ningún niño cuando escuchaba a lord Wellesley dejando bien claro la opinión que tenía sobre ese «vicio deleznable», como él lo denominaba, que los ingleses habían introducido en las colonias.

—Charlie. —Se detiene abruptamente—. Esto es un fumadero de opio.

Al oír su voz, varias de las personas que hay tumbadas los miran con fastidio, pero la mayoría se limitan a seguir fumando. Un hombre tambaleante pasa por su lado y desaparece por otra cortina; el local debe de comunicar dos calles.

—Lo sé, pero tenemos que despistar a esos dos —murmura Charlie— y aquí estaremos bien.

Suelta su mano. Leo suspira:

—Bien, pero no pienso fumar nada.

—¿Y yo sí?

Se gira hacia Charlie con los labios entreabiertos y se fija en que ella estaba mirándolos. No puede evitar humedecer los suyos.

—Leo... —empieza a decir Charlie.

Pero no le deja continuar, ve dos cabezas rojizas adentrándose en el local y la obliga a tumbarse entre los fumadores de opio.

—Los Rothgard —le susurra al oído.

Charlie asiente y los dos contienen el aliento. Durante unos preciosos segundos, Leo baraja la posibilidad de haberlos despistado y que se marchen por donde han venido, pero no es así. Arthur se acerca a un hombre blanco y barrigudo y empieza a hablar con tono desenfadado. Cuando le conviene, sabe ser encantador.

Están tan lejos que Leo no puede escuchar lo que le dice, pero deduce que Arthur está describiéndolos. Y sus sospechas se confirman cuando el hombre barrigudo los señala.

—Maldición —gruñe.

Pero la mano de Charlie en su rodilla impide que se ponga en pie.

—No, veamos lo que hacen.

El contacto se evapora al instante y Leo no puede evitar sentir cierto frío, aunque no lo demuestra. Entonces su mirada se encuentra con la de Gideon y no se contiene, le dedica una mueca desafiante y el joven baja la vista.

—¿Por qué no se mueven? —pregunta Charlie inquieta.

Leo se encoge de hombros, pero entonces la cortina se mueve y aparecen varios hombres armados con sables. Su líder es un hombre grueso vestido de un tono azafrán y tocado con un turbante; por cómo se dirige al resto, todos parecen temerle.

—¿Serán policías? —pregunta Leo.

—No lo sé, pero no tienen pinta de tramar nada bueno. —Charlie se encoge un poco.

Entonces se fija en algo: los hombres no van solos, hay una mujer con ellos. Y esa mujer es... ¿la joven a la que Charlie besó en el barco? Desde luego, no parece muy contenta de estar allí. Mira al hombre del turbante con evidente fastidio, pero este se limita a ignorarla.

De pronto, Gideon tira del brazo de Arthur. Parece reprocharle algo, su hermano se zafa con un exabrupto y Gideon vuelve a mirar a los Wellesley.

Leo nota que se le acelera el pulso.

—Tenemos que irnos —dice tirando de Charlie hacia la cortina que hay al otro lado del fumadero.

Pero, en cuanto salen a la calle, oye voces airadas y pasos apresurados. Y, aunque no entiende la lengua de esos hombres, no necesita hacerlo para saber que los están siguiendo.

Capítulo 19

Charlie

¿Qué acaba de pasar ahí dentro?

Los Rothgard los han seguido una vez más, pero no se han acercado a ellos. Y Gideon se ha encarado con Arthur por algún motivo. ¿Es que intentaba protegerlos? Pero ¿de quiénes? ¿Quiénes eran esos tipos armados con sables? ¿Y por qué la señorita Misteriosa estaba con ellos?

—No tan deprisa. —Leo le pone la mano en el hombro y aprieta—. Si corremos, llamaremos la atención.

Vuelven a estar en una de las calles principales. Alrededor hay locales y tenderetes, toldos coloridos y puestos de comida con moscas zumbando alrededor. También hay charcos malolientes, niños corriendo descalzos y gatos gordinflones revolviendo la basura. Y gente que los mira de forma inquietante.

—¿De quiénes? —Charlie esquiva a un hombre que empuja una carreta—. ¿Quiénes eran...?

Pero Leo está mirando hacia atrás. Y, antes de que Charlie pueda terminar la frase, maldice entre dientes y vuelca la carreta.

El dueño empieza a gritar (afortunadamente, Charlie no puede entender lo que dice) y Leo echa a correr tirando de ella.

—¿Por qué has hecho eso? —le grita Charlie mientras se abren paso entre la gente.

—¡Porque ahora tendrán que dar un rodeo para alcanzarnos!

Leo la conduce hasta un callejón que huele a cuero y especias. Está vacío excepto por dos ancianas que cuchichean junto a una puerta entreabierta. Interrumpen su conversación al verlos llegar, pero

Charlie apenas les presta atención.

—¿No decías que no teníamos que correr?... —jadea apoyando las manos en las rodillas.

—Por Dios, Charlie —dice Leo acercándose a ella—, la señora Lovelace tenía razón.

—¿La señora Lovelace...? —El cuerpo de Leo está caliente y su piel huele a sudor. A Charlie le cuesta concentrarse.

—Te vieron en público con la prometida de ese rajput. —Él le agarra del brazo—. Y Arthur Rothgard ha decidido contárselo.

—Leo, yo no podía saber que esa mujer...

—¿Y vas a explicárselo? —El joven estalla—. ¿En inglés o en indio, Charlie? ¿Crees que los convencerás? ¿Qué le dirás a ese hombre, que le metiste mano a su prometida sin saber que lo era?...

Se acabó. Está harta.

Estuvo sola cuando su padre enfermó. Estuvo sola cuando murió. Ha estado sola todo ese tiempo, desde el funeral, porque Leo ha erigido un muro de secretos entre los dos. Ha estado sola desde que zarparon de Londres porque él no ha sido capaz de decirle qué es lo que siente, qué es lo que quiere, qué es lo que necesita de Charlie. Se ha escondido, como siempre.

—¡Le metí mano porque estaba triste! —Charlie golpea su pecho sin fuerza—. Me sentía sola y tú... Tú no decías nada, tú nunca dices nada. ¿Qué se suponía que tenía que hacer? Ni siquiera sé si... —Ya no sabe ni lo que está diciendo—. Siempre huyes de todo, no te importan los sentimientos de los demás. —Se le quiebra la voz—. Cobarde...

Le arden los ojos. Ve que Leo va a decir algo, pero ya es tarde, ahora ella no quiere escuchar. Ahora ya no quiere excusas. Así que niega con la cabeza, se aferra a su chaqueta y le apoya la frente en el pecho.

Ojalá pudiese estar enfadada de verdad. Ojalá estuviese enfadada y no triste.

—Charlie... —le oye decir en voz baja.

—Te quiero. —Las palabras salen rotas de sus labios—. Pero eso nunca ha sido suficiente para ti. No ha sido suficiente para retenerte en Londres, para que estuvieses conmigo cuando te necesitaba. —

Aprieta los puños sobre la tela—. Ni siquiera para que hayamos tenido una simple conversación después de yacer juntos. ¿Es que esta noche no ha cambiado nada para ti? Porque, para mí, todo es distinto ahora. Todo. —Tiene los ojos nublados de lágrimas, pero alza la barbilla igualmente—. Dices que te fuiste a Francia porque sentías algo por mí, pero ¿sabes qué? No me lo creo. Cuando quieres a alguien, Leo, no huyes de esa persona una y otra vez...

Debería ver que la expresión de Leo cambia de pronto. Debería ser consciente de que una de las ancianas grita y de que las sombras inundan el callejón. Pero solo oye los latidos de su corazón, rápidos y dolorosos, y solo ve el rostro de la única persona con la que quiere estar y la única cuyo silencio no podrá romper. Nunca.

Por eso no se da cuenta de lo que está ocurriendo hasta que ya es demasiado tarde.

Media docena de sombras oscurecen el callejón.

Son ellos. Los hombres de antes. Encabezados por el tipo del turbante, el rajput.

Al verlos, este aprieta los labios y gruñe lo que parece una orden. Dos de sus hombres se adelantan; afortunadamente, llevan los sables envainados. Intentan pasar junto a Leo, pero él les corta el paso y se giran hacia el rajput como si estuviesen esperando instrucciones.

—Vienen a por mí —jadea Charlie.

—No si yo puedo impedirlo. —Leo se mantiene firme.

—No seas idiota y apártate... —Charlie hace ademán de adelantarse, pero Leo se lo impide.

Luego su hermanastro se encara con el rajput. Le saca casi un palmo de altura.

—No queremos problemas —dice lentamente.

El hombre entrecierra los ojos. Por un momento, parece detenerse a analizar los rasgos de Leo.

—¿Quién lord Wellesley? —pregunta en un torpe inglés—. ¿Él? — Señala a Charlie—. ¿Usted?

Leo parpadea y esboza un amago de sonrisa.

—Yo.

—¡No! —Charlie se abalanza sobre Leo, pero ya es tarde, el rajput

ha descargado el primer puñetazo.

La sangre de Leo salpica la pared. El joven se dobla hacia delante, pálido, y uno de los hombres lo derriba de un golpe en el estómago. Charlie se lanza sobre él con un grito, pero alguien la proyecta contra la pared. Su sien se estrella contra una cornisa y se le nubla la vista durante unos segundos.

—No, no, no —gime de rodillas en el suelo—. No, por favor...

Van a matar a Leo, van a matarlo por su culpa.

Sus dedos temblorosos se aferran a la cornisa, pero resbalan. ¿Por qué no consigue ponerse en pie? ¿Por qué es tan inútil?

A su memoria acude un recuerdo inesperado: el cementerio de Abney Park, su padre, las rosas blancas. La promesa de descansar todos juntos algún día.

Se estremece.

Y entonces escucha una voz conocida:

—¡... a un caballero, nada más y nada menos! ¿Es que han perdido el juicio? Háganse a un lado y dejen que mis criados lleven a este hombre al *Saint John* de inmediato o responderán ante la Corona británica.

El rajput empieza a chapurrear en inglés, pero Charlie ni siquiera lo escucha. Todos sus esfuerzos se concentran en bendecir a Eleanor Lovelace mientras estira el cuello para comprobar el estado de Leo. Ni siquiera es consciente de que Wilson se ha arrodillado junto a ella.

—¿Se encuentra bien, lord Wellesley?

—¿Está... muerto? —responde Charlie con un hilo de voz.

Por un momento, el secretario de la señora Lovelace parece confundido. Pero luego sacude la cabeza rápidamente.

—No, no. No se preocupe por él. —El hombre le ofrece su hombro—. Permítame...

Charlie se deja levantar por Wilson. La gente se ha hecho a un lado para cederles el paso, varios criados de la señora Lovelace cargan con Leo y la propia señora Lovelace camina junto a él.

Por fin, Charlie se aparta de Wilson y se toca la cara dolorida. Lo suyo no es nada, es Leo quien se ha llevado la peor parte.

Por su culpa, se recuerda.

Hay un peso en su corazón y sabe que tardará en desaparecer. Pero, por el momento, se conforma con llegar a un lugar seguro. Y, cuando Leo esté a salvo, ella misma se encargará de ajustar cuentas con los malditos Rothgard.

Capítulo 20

Leo

—Esto es inconcebible —dice la señora Lovelace mientras irrumpe en el camarote con ademán imponente—. El Raj británico debe intervenir en esta situación sin falta...

Leo ni siquiera la escucha, solo la observa desde el diván en el que sus criados le han dejado al llegar. Parpadea varias veces para aclarar su mirada, que ha quedado nublada por la visión de la sangre y los golpes.

Nunca le habían pegado una paliza como esa, siente todo el cuerpo magullado. No ha tenido la oportunidad de defenderse. Lo único que tenía en mente era apartar de Charlie la amenaza del rajput, a cualquier precio.

Intenta incorporarse para buscarla con la mirada y la encuentra con los brazos cruzados. Leo apenas puede abrir uno de sus ojos para verla con claridad, pero es capaz de imaginar su enfado.

Le cuesta respirar con normalidad porque su mente se empeña en devolverle una y otra vez a la discusión que estaban teniendo Charlie y él cuando los hombres del rajput irrumpieron en el callejón.

El «te quiero» de la joven continúa clavado en su pecho, provocándole una herida que sangra. Mucho más dolorosa que cualquier golpe que le hayan dado en la pelea.

Los exabruptos de la señora Lovelace continúan sin tener interés para Leo hasta que vuelve a salir de la habitación. Dejándolos solos.

Durante unos segundos, solo se escucha el resuello de Leo. Hasta que los pasos cargados de energía de Charlie recorren la estancia para colocarse delante y darle un pequeño empujón contra el

respaldo del asiento.

—¿Qué creías que estabas haciendo?

¿En qué momento ha empezado a llorar?

—Charlie...

—¡No, nada de «Charlie»! —Vuelve a empujarlo, aunque ahora con más suavidad—. Podrían haberte matado...

Su voz se apaga y le gira la cara. Leo parpadea.

—Y no me hubiese importado. —Estira la mano para tocarla, pero está demasiado lejos del diván, así que deja caer el brazo con un suspiro—. ¿No lo entiendes? Tú... eres lo único que tengo —añade con un hilo de voz.

Charlie vuelve a girarse. Tiene las mejillas húmedas y el ceño fruncido.

Esta vez, Leo consigue atrapar sus manos. Los dos las tienen llenas de sangre y quizás se parecen más que nunca por eso mismo. Por ese líquido rojo y espeso que los une irremediablemente.

—Lo siento. —Es la primera vez que lo dice en voz alta—. Lo siento por haberme ido a Francia. Lo siento por haber pensado que era lo mejor, que me las arreglaría, que tú estarías mejor si yo me marchaba lejos. Pero ya está hecho y no puedo cambiarlo —concluye en voz baja.

—¿Y crees que eso lo arregla todo? —pregunta Charlie con cierta rabia, pero sin retirar las manos—. ¿Que ahora es cuando olvidamos el pasado y seguimos adelante?

A Leo le cuesta sostener su mirada. El corazón le va despacio, cada latido duele dentro de la coraza de su pecho, esa que acostumbra a estar cerrada a cal y canto por su propio bien y que ahora ha saltado por los aires.

—Charlie, te quiero —susurra. Como si eso lo explicara todo.

Hay cierta reacción en ese rostro que tanto conoce. Una arruga en la nariz, la tensión creciente en la frente y el movimiento inquieto en los ojos.

—¿Y tengo que creerte?

Charlie se deshace de sus manos de golpe y da un paso hacia atrás.

—Charlie... —Leo intenta tocarla—. Yo...

La joven niega con la cabeza.

—No eres el único que tiene miedo, ¿sabes? No todo gira en torno a ti.

—Solo quería protegerte...

—Y me has protegido de esos hombres. —Charlie se lleva una mano al rostro—. Demonios, Leo, eres un perfecto caballero inglés. Eres todo lo que yo no he sido nunca. Sé que me protegerías de cualquier matón, pero ¿quién me protege de lo que siento cuando te alejas de mí?

Leo traga saliva.

—Ahora estoy contigo...

—Y sigues lejos. —Charlie suspira—. Ahora dices que lo sientes y que me quieres, pero ¿cuánto tardarás en esconderte otra vez detrás de tu silencio?

Leo no sabe qué responder a eso. Incluso aparta la mirada para no seguir viendo la decepción en esos ojos que tanto le gustan.

Oye sus pasos alejándose y cierra los puños con fuerza. Se muere de ganas de levantarse e impedir que se vaya, pero el miedo de siempre le asedia.

Vuelve a quedarse tras su máscara. Cómodo, cobarde.

La puerta se cierra y baja la mirada al suelo con aire derrotado.

Capítulo 21

Charlie

Si no fuese lord Wellesley, Charlie la emprendería a golpes con algo ahora mismo. Si no fuese lord Wellesley, irrumpiría en el camarote de los Rothgard para destrozarlo todo. Si no fuese lord Wellesley, volvería junto a Leo para gritarle hasta quedarse sin voz.

Pero es lord Wellesley. Así que se traga la rabia y la angustia y echa a andar por la cubierta del barco.

La tarde cae sobre Calcuta con un manto de niebla y preguntas sin respuesta. Las afiladas torres parecen rasgar la bruma; Charlie se queda mirándolas, evocando las calles cargadas de olores exóticos y peligros, y no puede evitar compararlas mentalmente con los edificios malolientes de Whitechapel.

¿Es que no hay un lugar en el mundo en el que no tengan que ocultarse?

Aunque Leo encontró un escondite en Francia. Pero no huía de los Rothgard ni de un rajput indio, sino de Charlie. Lleva huyendo de Charlie desde que...

Diablos.

Dice que le quiere, pero ¿desde cuándo abandonas a alguien a quien quieres? También quería a su padre y no estuvo allí cuando él...

—Cobarde. —Charlie sigue mirando hacia Calcuta, pero ya no ve la ciudad. Ahora solo ve aquellos cipreses del cementerio. Sus dedos se crispan sobre la barandilla del barco—. Cobarde, mentiroso, tú no quieres a nadie...

Se le rompe la voz.

Cuando Leo volvió, no se sintió tan dolida. Fue capaz de perdonarlo, fue capaz de refugiarse en sus brazos. ¿Por qué ahora no? ¿Por qué ahora no puede evitar sentir rencor cada vez que piensa en ello?

¿Es porque también se siente culpable por lo ocurrido? ¿Es porque a Leo le han dado una paliza por su culpa? No, no ha sido por su culpa, él ha hecho una estupidez, nunca tendría que haberse metido. Charlie se lo merecía, Charlie merecía que...

Suspira.

No es justo. Lo que le ha dicho a Leo no es justo. Eran los remordimientos los que hablaban, no su corazón. En realidad, Charlie no está enfadada con él, solo está asustada.

Sus pensamientos se ven interrumpidos cuando ve que una figura conocida está subiendo al *Saint John*. Un sombrero blanco le tapa la cara, pero reconocería esa forma de andar en cualquier parte.

Algo le retuerce las entrañas al verlo. Abandona su lugar en la cubierta y camina dando zancadas hacia él.

Necesita volcar su frustración en alguien. Y acaba de encontrar a la persona adecuada.

—Señor Rothgard.

Su tono suena más grave y seco de lo que creía. Cuando Gideon levanta la barbilla, Charlie ve que su mirada está cargada de nerviosismo.

—Char...

—No se atreva. —Charlie aprieta los puños—. No vuelva a llamarme por mi nombre.

—Lo siento. —Gideon habla susurrando. Mira por encima del hombro y vuelve a mirar a Charlie—. ¿Podemos hablar?

—Ya estamos hablando.

—En privado. —Junta las manos—. Por favor, Char... Por favor, lord Wellesley.

Charlie trata de relajar la tensión de sus músculos, pero lo consigue solo a medias. Señala la cubierta con la cabeza y Gideon y ella echan a andar, colocándose fuera de la visión de cualquiera que se encuentre en el puerto.

Charlie agarra de nuevo la barandilla, pero ahora solo ve el mar. Un mar lleno de destellos anaranjados que cualquier otro día le parecería hermoso.

—He intentado pararle los pies a Arthur —murmura Gideon. Charlie no se mueve de donde está, pero sabe que se ha detenido a su lado—. Pero no lo he conseguido. Lo siento.

—Casi matan a Leo.

—Yo no...

—Podrían haberme matado. A mí. —Sus nudillos se ponen blancos alrededor de la barandilla—. Creí que éramos...

—¿Amigos? —salta Gideon—. Usted... Oh, demonios, tú no quieres ser mi amiga, Charlie.

Charlie suelta de golpe la barandilla y agarra a Gideon de la chaqueta. Lo coloca contra la pared del barco, jadeando, y se queda mirándolo con rabia. Sí, ahora le da rabia verlo. Le da rabia su pelo rojizo, su expresión confundida, su boca suave. Le da rabia que actúe como si...

Como si Charlie no supiese nada. Nunca. Como si él tuviese razón y ella estuviera equivocada. Como si hubiese que tomar todas las decisiones en su lugar.

Es lo mismo que hace Leo. Siempre.

—Que no quiera casarme contigo no significa que no me importes, Gideon. —Sus manos aprietan la tela—. Aunque ya sé que yo dejo de importaros a todos en cuanto no hago lo que se espera de mí.

Lo suelta con brusquedad y le da la espalda. Oye cómo él se incorpora y se recoloca la ropa.

—¿A todos? —repite el joven con calma—. Hablas de Leo y de mí. O más bien de Leo. —Hace una pausa, pero, como Charlie no responde, sigue hablando—. Siempre ha sido él, ¿verdad?

Charlie apenas ve ya el horizonte a través de la bruma que ha empañado sus ojos. Tampoco ahora se da la vuelta.

—¿Qué quieres decir con eso? —murmura.

Gideon da un paso al frente. Por un momento, Charlie piensa que va a tocarla, pero no llega a hacerlo.

Y entonces sus palabras quiebran algo más que el silencio.

Quiebran el muro de contención que Charlie había ido construyendo a lo largo del tiempo.

—Por eso no quieres casarte con nadie. Porque quieres que sea Leo.
—Gideon deja escapar un pequeño resoplido—. Es enfermizo, Charlie. Leo y tú no podéis...

Sucede todo muy deprisa.

De pronto, Charlie ya no está mirando el mar, sino los ojos de Gideon. De pronto, sus manos están crispadas sobre su chaqueta.

De pronto, Gideon tiene la espalda contra la barandilla del barco.

—Charlie. —La voz de Gideon está teñida de miedo—. Charlie, no.
Los dedos de Charlie tiemblan. Luego aflojan la presión que están ejerciendo sobre la tela.

¿Qué está haciendo?

Suelta a Gideon y retrocede.

—Solo quiero ayudarte —empieza a decir él—. Solo quiero que comprendas que...

Pero Charlie no quiere que le ayuden. Ni quiere comprender nada. Ahora mismo solo puede recordar una conversación que tuvo hace años con su padre.

Cuando todavía era Charlotte.

Sucedió cuando lord Wellesley acababa de volver de uno de sus largos viajes. Lady Wellesley había pasado unos meses en su Gales natal, visitando a los pocos amigos que no le dieron la espalda cuando se casó, y Charlie y Leo se habían quedado a cargo de la señorita Joyce, su joven institutriz, y bajo la supervisión de Walter. Aunque la señorita Joyce era muy cariñosa, Charlie lloró de alegría cuando su padre volvió. Leo no dijo nada, pero estuvo varios días durmiéndose a los pies de su sillón cada noche. Entonces tenían doce años y aún vivían en el campo.

—Veo que te ha gustado el vestido azul —dijo lord Wellesley al verla bajar a cenar con él puesto.

—El pañuelo también, padre. —Charlie le echó los brazos al cuello y besó su mejilla—. ¿Sabes que a Leo le encanta el color azul?

—Lo sé, y también sé que te has puesto ese vestido para agradarle.

Su padre le dirigió una mirada cálida. Charlie se sentó en sus rodillas, como de costumbre, y alisó la falda de seda con orgullo.

—Esperemos que a su esposa también le guste —comentó lord Wellesley entonces.

—¿A su esposa? —Charlie frunció el ceño—. ¿Por qué lo dices?

—Un día, no sabemos cuándo, Leo se casará con alguna joven. Y tú también.

—¿Con una joven?

—Quería decir que te casarás con un joven. —Su padre rio—. Esperemos que sea un buen muchacho.

—Me gustaba Arthur. Y también Gideon, aunque fuese un llorón —murmuro ella entonces—. ¿Por qué ya casi nunca los vemos?

Lord Wellesley dejó de sonreír.

—Porque su padre y yo ya no somos amigos. —Acarició los rubios bucles de Charlie—. Pero te encontraremos un buen esposo, no lo dudes.

—¿Y tendré que vivir en su casa?

—Posiblemente.

Charlie sintió que se le encogía el corazón.

—Pero yo quiero estar con Leo para siempre.

—Los hermanos no están juntos para siempre, hija.

—Nosotros sí.

—Charlie...

En ese momento, Charlie vio una sombra en la puerta del salón. Y supo que era Leo incluso antes de que asomara la cabeza. ¿Cuánto rato llevaba escuchando?

—Leo —dijo en voz baja.

Su hermano se dirigió hacia ellos. Lord Wellesley se quitó a Charlie de las rodillas y suspiró:

—Bien, creo que ya es hora de cenar.

Leo miró a Charlie azorado.

—Qué vestido tan bonito, Charlie.

Pero ella no contestó. Porque ya no quería llevar un vestido bonito, ya no quería estar guapa. Porque, si estaba guapa, algún muchacho querría casarse con ella y la separaría de Leo.

Tres años después de aquello, Charlotte se convirtió en Charles y creyó que ya nada podría impedir que pasara toda su vida con Leo. Porque la idea de que él se enamorara de otra persona ni siquiera se le había pasado de la cabeza.

Al menos, no hasta que se marchó a Francia. Francia, un país lleno de chicas hermosas y desvergonzadas. De tentaciones y posibilidades.

Allí pasó Leo más de un año. Mientras Charlie veía marchitarse al hombre que les había dado la vida. Mientras la lluvia ensuciaba los tejados de Londres y emborronaba los recuerdos incómodos de su adolescencia.

Gideon tiene razón: todo eso es enfermizo.

Siempre lo ha sabido, pero no ha querido verlo.

Suelta a Gideon con malos modos y se aleja de él por la cubierta. Lo que más le apetece es ir al restaurante del barco y ahogarse en alcohol hasta desvanecerse. Pero no puede hacer lo mismo que le reprocha a Leo, no puede huir de lo que le asusta. Así que se arma de valor y se dirige de nuevo hacia el camarote.

Capítulo 22

Leo

El silencio se le hace desagradable en cuanto se queda a solas. Algo extraño viniendo de él.

Los segundos parecen arrastrarse mientras su mente no hace más que repetirle las palabras de Charlie.

No puede seguir así, tiene que ir a verla.

Apenas se está poniendo en pie cuando la puerta se abre trayendo consigo unas voces cálidas y elegantes. La señora Lovelace aparece del brazo de la desconocida que han visto esa misma mañana.

Sus ojos rasgados se encuentran directamente por primera vez y cierto nerviosismo queda asentado en su estómago.

—Oh, señor Wellesley, he ido en busca de alguien que pudiese atenderlo y mi querida amiga, la señorita Kwok-Fei, ha tenido la buena disposición de acompañarme.

Los ojos azules de la señora Lovelace recorren la estancia con expresión contrariada.

—¿Y su hermano?

El peso que Leo acusa desde la marcha de Charlie se hace dolorosamente presente una vez más.

—Ha salido a tomar el aire, volverá en cualquier momento.

No puede explicarle la verdad a la señora Lovelace, por mucho que la aprecie. Y ahora no le queda más remedio que retrasar el momento de ir a buscar a Charlie.

La culpa le reconcome cada vez más porque sigue sin tener respuestas. Solo quiere verla.

—Iré a buscarlo, ¿tiene todo lo que necesita para la cura? —

pregunta la señora Lovelace volviéndose hacia Kwok-Fei con una sonrisa encantadora.

La joven no tiene tiempo de decir absolutamente nada porque la mujer se despide como si todo quedara resuelto. Aunque Leo observa que tiene la delicadeza de dejar la puerta abierta al salir.

Kwok-Fei se vuelve hacia Leo y le dirige una mirada de disculpa. Leo está a punto de decirle que no tiene que preocuparse por él y que puede marcharse, pero entonces ella avanza hacia el diván.

Le tiende la mano enguantada y Leo trata de ponerse en pie para tomarla cortésmente.

—No, no, no, quédese sentado, por favor —susurra Kwok-Fei haciendo un ademán para que no termine el movimiento.

Se quedan quietos un instante. Él medio incorporado, ella ligeramente inclinada, sus ojos a la misma altura. Leo se siente turbado por esos rasgos que siempre ha contemplado en el espejo. Le resulta tan extraño verlos en otra persona que apenas sabe qué decir.

Leo termina de levantarse a pesar de todo y sostiene su mano para besar el dorso del guante. Detecta un olor característico, uno que le recuerda a París y el atelier de *monsieur* Couture.

—¿Pigmentos? —pregunta con un parpadeo.

Al alzar la vista, descubre que las mejillas de la joven se han sonrojado ligeramente.

—Siento el atrevimiento —se disculpa Leo soltando su mano.

—Tiene buen olfato —responde Kwok-Fei.

Su voz tiene un timbre diferente, con un suave acento muy distinto al suyo.

—Mi familia trabaja con ellos desde hace generaciones. Yo he venido a La India para recoger un encargo y regresar a Cantón —continúa explicando—. Haga el favor de tomar asiento. Porque no querrá que Eleanor Lovelace regrese antes de que le haya ayudado con su herida, ¿verdad, señor Wellesley?

—De ninguna manera querría desairar a la señora Lovelace —responde recostando su cuerpo magullado en el respaldo del diván.

En otro momento se hubiera llegado a reír, ahora sonrío a duras penas mientras agradece que su mente se evada con el movimiento

de Kwok-Fei. Parece levitar.

La joven abre el cofre de madera lacada que lleva consigo. Leo no se había fijado en él hasta entonces, pero es una hermosa pieza, la tapa está adornada con pagodas y motivos florales, y hay pequeñas incrustaciones de nácar a los lados. A Charlie le encantaría.

Entonces piensa en la cajita de madera lacada que cogió de Wellesley Manor y siente una punzada de dolor. Se concentra en las manos de Kwok-Fei, que ahora mismo sostienen un tarro de ungüento y lo que parece algodón en rama.

—La señora Lovelace me ha explicado su situación cuando nos hemos encontrado en cubierta —dice la joven al cabo de un momento—. Estaba muy agitada buscando a alguien que pudiese atender a sus buenos amigos. —Leo puede imaginarse esa agitación perfectamente. Con menuda mujer han ido a topar—. Veo que tiene una herida en la ceja, puede que se la hayan partido. ¿Le duele algo más aparte de eso?

—El estómago, creo que se llevó la peor parte.

Contempla a Kwok-Fei con una pizca de asombro. Sus gestos son eficientes y elegantes, con un aplomo que le recuerda a las costureras de París. Por eso se deja hacer mientras ella limpia la ceja con el ungüento y saca una aguja del cofre.

—Es realmente increíble —murmura Kwok-Fei sin apartar la vista de la herida—. ¿Sabe? La señora Lovelace bajó del barco con varios hombres para impedir que les hiciesen daño a sus protegidos. Es una lástima que llegara tarde.

Esta es una de las ocasiones en las que Leo agradece ser poco expresivo, pues le sorprende descubrir que la señora Lovelace ha salido del *Saint John* para ayudarles.

—¿Quiere morder algo? —pregunta Kwok-Fei con la aguja en el aire.

—¿Cuántos puntos tiene que darme?

—Bastará con uno.

—Entonces, no necesito morder nada.

Y es cierto, tan solo aprieta los dientes cuando la aguja atraviesa su carne. Trata de concentrarse en la misteriosa revelación acerca de la

señora Lovelace para ignorar el dolor. Sospecha que hay mucho que desconocen de la mujer que se ha convertido en su ángel de la guarda.

Kwok-Fei termina de coserle la herida y limpia la aguja meticulosamente. Luego, tras un instante de vacilación, señala el vientre de Leo.

—¿Puedo?... —pregunta con cautela.

—Perdone. —Leo se desabotona la camisa de lino y su piel amoratada queda al descubierto—. Pero creo que no se puede hacer gran cosa.

—No me subestime, señor Wellesley —responde Kwok-Fei. Y, por primera vez, parece divertida.

Entonces Leo sí que se ríe. Casi como cuando estaba en Francia y conseguía olvidar a Charlie durante un rato. Distrayéndose con jóvenes desvergonzadas con las que no debía reprimirse.

Aunque Kwok-Fei no es desvergonzada en absoluto. Más bien parece delicada como una flor.

—Tendré cuidado de no hacerlo —le asegura ladeando el rostro.

Kwok-Fei le dedica una bonita sonrisa. Leo se la devuelve por acto reflejo.

—Esto aliviará el dolor —explica la joven destapando un frasco—. Pero yo no debería...

El rubor asciende unos tonos más en las mejillas de la joven. Leo se apresura a responder:

—No hace falta, ya me encargo yo, señorita Kwok-Fei. Muchas gracias por haberse dejado traer por la señora Lovelace.

Ella se encoge de un hombro con gracia.

—No ha sido ninguna molestia, señor Wellesley. La señora Lovelace me ha asegurado que era todo un caballero. —Baja la vista—. Y estoy de acuerdo con ella.

Leo entreabre los labios sin pretenderlo. Kwok-Fei vuelve a mirarle y puede leer la verdad en sus ojos: esa mañana, cuando sus miradas se han cruzado, la joven también se ha fijado en él.

Ese descubrimiento hace que Leo, por primera vez en su vida, no advierta el inconfundible sonido de las pisadas de Charlie y solo

repare en su presencia cuando ya ha llegado a la puerta de los aposentos.

—Charlie —murmura.

Su corazón estaba tranquilo hasta ese momento y, de pronto, ha empezado a latir con fuerza.

—Leo —responde Charlie en el mismo tono.

No sabe cómo interpretar la expresión de su rostro. Tiene la sensación de que algo no va bien, pero no puede preguntárselo con Kwok-Fei delante.

—Discúlpenme —dice finalmente—. Señorita Kwok-Fei, le presento a lord Wellesley. Ella es Kwok-Fei, viene desde La India por la compra de unos pigmentos para la empresa familiar y ahora ha embarcado para dirigirse hacia Cantón.

Kwok-Fei asiente y alarga la mano hacia Charlie, que la besa con lentitud. Leo no puede dejar de observarla, pero ella ni siquiera le devuelve la mirada.

Leo tiene un mal presentimiento.

—Encantado, señorita. —Charlie suelta su mano y se yergue—. Solo quería ver cómo estaba mi hermano. Le agradezco su ayuda.

—Ha sido un placer, mi lord.

—¿Es que ya te vas? —pregunta Leo sin poder contenerse.

—Estás bien acompañado. —Charlie sonríe, pero sus ojos no reflejan ninguna alegría.

Cuando les da la espalda, Leo nota un dolor sordo en el pecho.

—¿He molestado a su hermano?

La voz dulce de Kwok-Fei le obliga a apartar los ojos de la puerta.

—No —miente. E, ignorando la mirada alarmada de la joven, empieza a levantarse con dificultad—. Discúlpeme, señorita, pero debo hablar con él.

Kwok-Fei frunce ligeramente los labios, pero se limita a recoger su cofre y marcharse. Leo aprieta las mandíbulas y trata de ignorar el dolor punzante de la ceja y la sensación de mareo.

Por una vez, no puede quedarse esperando. Por una vez, tiene que armarse de valor y enfrentarse a lo que tanto teme. Pero aún está demasiado débil, tendrá que esperar.

Capítulo 23

Charlie

¿Cuántos vasos de ginebra lleva ya? ¿Tres, cuatro? Ha perdido la cuenta.

—¿Un día duro, señor? —El risueño camarero termina de servirle otro y se lo tiende.

Charlie trata de enfocar la mirada en él. Tiene la tez oscura y un marcado acento indio, pero viste un impecable traje de lino de corte occidental.

Acepta el vaso con un cabeceo y apura la mitad de un trago.

—¿Sabe qué es lo mejor de ser un hombre? —le pregunta al camarero.

—¿Qué, señor?

—Que puedo hacer lo que quiera... sin que empeore mi reputación. —Charlie esboza una vaga sonrisa—. Puedo comer en público, emborracharme o... meterme en peleas...

—Espero que no se meta en peleas aquí, señor. —El camarero hace un ademán jovial—. Sería una desgracia que alguien cayese por la borda del barco.

Charlie ríe y niega con la cabeza.

—También puedo..., ya sabe..., con mujeres. —Se inclina hacia su interlocutor con aire confidencial—. Menos si son mujeres importantes. —Deja de sonreír—. A Leo le han pegado una paliza por culpa de eso.

No está en condiciones de interpretar la expresión apurada del camarero; por suerte o por desgracia, el sonido de unos pasos irregulares llama su atención.

Se gira y arruga la nariz. No quiere verlo. A él no.

—Déjame —dice antes de que Leo pueda abrir la boca.

Pasa por su lado dando zancadas. Le oye suspirar y eso solo empeora su humor.

—Charlie —oye que la llama, pero lo ignora—. Charlie, ¿a dónde vas?

—A mi camarote.

—Yo tengo la llave.

Charlie gira sobre sus talones con tanta brusquedad que casi derriba a Leo y empieza a palpar sus bolsillos, pero él sujeta sus muñecas.

—Suéltame.

—No. Voy a llevarte al camarote.

—Puedo ir yo sola.

—Tú solo, hermano —sisea él mirando alrededor.

Charlie se ruboriza al comprender que ha cometido un desliz. El corredor está vacío, pero debería extremar las precauciones. Y más con los Rothgard merodeando por ahí.

Bah. Al infierno con Arthur, al infierno con Gideon, al infierno con Leo. Los hombres solo le dan problemas. Quiere irse con la prometida del rajput y llevársela a la cama, seguro que le hace disfrutar. Y luego pueden pegarle una paliza o un tiro, que le dará igual. Si no, le vale con cualquier otra mujer. Menos con esa... Menos con esa señorita Kwok-Fei.

—Vamos. —Leo le rodea la cintura con el brazo y echa a andar de nuevo—. Tienes que irte a la cama.

—Y tú también, ¿no? —Charlie intenta zafarse de él, pero no lo consigue, y eso le provoca una rabia difícil de describir—. Vas a irte a la cama con esa... señorita Comosellame... —Aprieta los puños—. He visto cómo os mirabais...

—Si te refieres a Kwok-Fei, no quiero que hables así de ella. —Leo la mira con frialdad—. Es una joven prudente y encantadora.

Ya están frente a la puerta del camarote. Leo la abre y le cede el paso, Charlie entra y empieza a deshacerse el nudo de la corbata con ademanes furiosos.

—Prudente y encantadora —escupe. Leo intenta quitarle la corbata él mismo, pero Charlie lo aparta—. Déjame en paz. Vete con ella. Es lo que quieres, ¿no?

—Deja de decir tonterías.

—No son tonterías. —Charlie arroja la corbata al suelo y se deshace también de la chaqueta—. Te gusta.

—No. Y estás borracha.

—Por lo menos, no me he largado a Francia sin ti...

—Basta. —Leo le pone las manos en los hombros—. Ya es suficiente. Cometí un error y te he pedido perdón, pero recordármelo una y otra vez no soluciona nada. Solo consigues que los dos nos sintamos peor.

—Yo ya me siento peor.

—¿Por qué? —Leo la suelta y retrocede un paso—. ¿Por qué no me cuentas qué es lo que te duele tanto?

Por toda respuesta, Charlie le da la espalda. No tendría que haber bebido, pero no ha podido evitarlo. No hacía más que torturarse con la imagen de la señorita Kwok-Fei, la preciosa señorita Kwok-Fei. Tan femenina, tan distinguida, con ese precioso kimono que realza su belleza delicada. Y esos rasgos tan parecidos a los de Leo. ¿Podría existir una joven más adecuada para él?

—Charlie...

La respiración de Leo casi le roza la nuca. Pero ninguno de los dos se mueve. No llegan a tocarse.

—No sé qué quieres que te diga —murmura—. Ya te he dejado claro lo que siento.

—¿Y yo no?

—No.

—Muy bien. Te quiero.

Las manos de Leo toman su cintura. Y, por una vez, Charlie se siente frágil.

Pero se obliga a dar un paso al frente para separarse de él.

—Ya, claro. —Sacude la cabeza—. También querías a padre.

No se atreve a mirar a Leo. Sabe que acaba de darle un golpe bajo.

—¿Por qué hurgas en esa herida? —le oye decir.

—Porque no quiero que me pase lo mismo.

—¿Lo mismo?

Por fin, Charlie se da la vuelta. Y sabe que le brillan los ojos, pero no le importa.

—No quiero que me dejes sola.

—No voy a...

Pero no le deja terminar. No ahora.

—Tú mismo me lo dijiste. En Londres. —Tiene un nudo en la garganta y no consigue tragárselo—. Me dijiste que te habías ido porque...

Leo se acerca a ella lentamente. Charlie aprieta los puños, pero luego avanza y le apoya la frente en el pecho.

—No quiero que te cases —dice aferrándose a su chaqueta.

—¿Cómo? —Leo se tensa—. Charlie, yo no...

—Padre dijo que lo harías. Que yo también lo haría. —No se atreve a mirarle—. Que nos casaríamos con otras personas y por eso no podríamos estar juntos. No, no digas nada —dice al ver que el pecho de Leo se estremece—. Yo no puedo casarme para que no se descubra mi secreto, pero tú sí. Tú puedes y lo harás. Pero no quiero pensar en eso ahora, así que no digas nada. Tienes razón, estoy borracha y creo que nada de lo que digamos esta noche servirá para mejorar las cosas.

Vuelve a encontrarse con los ojos de Leo. Poco le importan sus lágrimas, ni siquiera es consciente de que tiene la cara empapada. Pero Leo sí. Leo le acaricia las mejillas y sacude la cabeza.

—Charlie...

Durante unos segundos, el silencio se apodera del camarote. Fuera ya es casi de noche y ellos aún no han encendido los quinqués, así que todo está en penumbra. Aun así, Charlie logra distinguir la cara de Leo, ese óvalo perfecto que tantas veces ha imaginado cuando estaba sola.

—¿Puedo besarte?

Quiere decirle que sí, pero no le sale la voz. Así que tan solo estira el cuello para tomar de nuevo los labios de ese hombre.

Esta noche no quiere ser lord Wellesley; tampoco Charlotte. Esta

noche no quiere ser nadie, solo una desconocida en los brazos de un misterioso extranjero que ha embarcado con ella en el *Saint John*, un hombre que no lleva la sangre de su familia.

Nota el roce de sus labios justo antes de precipitarse al vacío. Su mente está nublada por el alcohol y la tristeza contenida, pero su cuerpo sabe perfectamente lo que quiere. Esa boca. Esa piel. Arrancarle la chaqueta, la camisa, los pantalones. Dejarlo desnudo contra la pared, todo para ella, mientras sus manos tratan de abarcar su cuerpo y se frustran al no conseguirlo. Quiere más, siempre querrá más de él.

Dos manos agarran su trasero y la levantan. Y ella se deja. No es Charles, Charlotte ni Charlie, es una persona sin nombre que ha caído rendida a los pies de un hombre nacido en tierras lejanas que ahora la está tumbando en la cama.

Sus labios carnosos le provocan escalofríos en el cuello, el hombro, el costado, el vientre. Sus dedos se abren paso entre sus piernas.

Sus ojos se encuentran en ese instante. Y, por primera vez, ella es capaz de ver a un desconocido.

Él le pone las muñecas contra el colchón y ella separa las piernas, aliviada, cuando comprende lo que va a suceder a continuación.

Dos extraños, eso es lo que son. Dos extraños viajando a la otra punta del mundo por Dios sabe qué razón. Nada más.

El camarote se llena de gemidos. El placer y la tristeza se mezclan en un remolino que la arrastra hacia las profundidades de lo desconocido. La joven se concentra en las agradables sensaciones de su cuerpo para ignorar las lágrimas que mojan las sábanas, los labios que las enjugan entre suspiros.

Pasan las horas sin que se den cuenta. Y, cuando el cielo empieza a clarear, ella le resta un día a su amarga tregua.

Capítulo 24

Leo

De madrugada, el camarote parece el interior de un caleidoscopio. Cada vez que el barco se balancea, la luz trémula dibuja sombras en las paredes. Desvelado, Leo no puede dejar de contemplar cómo atraviesan la lámpara de araña, se enredan en la colcha y trepan por la espalda de Charlie.

Desliza los nudillos por su brazo desnudo y ella se remueve un poco, acercándose más a su cuerpo. Leo no puede reprimir un suspiro antes de besar su hombro.

Casi se siente en paz. Lo haría si no fuera por las palabras de Charlie, por ese derrotismo que aún hace sangrar la herida que le ha abierto hace unas horas. Porque Leo es incapaz de no darle la razón.

Él es el hijo bastardo de un lord inglés. ¿Qué podría ofrecerle a alguien como Charlie? Menos de lo que merece.

Quiere trabajar en el mundo de la moda, forjarse un nombre al margen del apellido familiar y convertirse en alguien de quien su padre se hubiese sentido orgulloso. Nunca ha pensado en formar una familia, la única que realmente le interesaba estaba prohibida.

O tal vez no. Quizás lo que ahora le parece un espejismo podría convertirse en real. No es necesario tener un papel que le diga que están casados, solo quiere estar al lado de Charlie.

Y ahora puede hacerlo.

Siempre y cuando deje a un lado su cobardía para luchar por ello. Por sus sentimientos.

Por Charlie.

Siempre ha llevado muy mal quedarse en la cama cuando el sueño le esquiva, y más si algo le ronda la cabeza de forma insistente. Por eso ha salido del camarote dejando una nota para Charlie, acompañada de un jazmín blanco que cogió durante su paseo por Calcuta.

Está a punto de entrar al comedor cuando ve salir a la señorita Kwok-Fei, que lleva un precioso kimono en tonos azules. Ese color le hace pensar en Charlie.

—Señor Wellesley, ¿cómo se encuentra? —pregunta la joven con una pequeña inclinación de cabeza.

—Mejor, gracias de nuevo. —Leo se lleva su mano a los labios.

—¿El ungüento para los golpes le vino bien?

—Sí. —Leo desearía no recordar a la perfección los dedos de Charlie sobre su piel extendiéndolo, pero lo hace y a punto está de estremecerse—. Muy agradable.

La sonrisa de Kwok-Fei se pronuncia un poco más antes de despedirse. Él sigue con la mirada la figura de la joven, observando el intrincado peinado que lleva.

—Mi querido señor Wellesley, ya le dije que no tenía nada que envidiar a las mujeres británicas —comenta la señora Lovelace acercándose a él.

Leo reprime una sonrisa antes de proceder a saludar a la dama.

—Sigo discrepando, pero es indudablemente bella.

—Sería un necio si no lo viera. Me alegro que esté en buenas condiciones, ¿me acompaña a desayunar? —No espera respuesta y toma su brazo para llegar a una mesa—. ¿Dónde está nuestro lord Wellesley?

—Descansando, ayer fue un día muy largo.

Y una noche demasiado intensa, pero eso no se lo dice.

—Más bien fue terriblemente desafortunado —comenta la señora Lovelace.

Leo parpadea mientras les sirven el té, pero espera a que el camarero se retire para inclinarse sobre la mesa.

—Debimos escucharla cuando nos advirtió de los peligros de

Calcuta. De no haber aparecido usted...

Ella le resta importancia con un gesto, pero Leo la mira con cierta curiosidad.

—¿Por qué lo hizo, señora Lovelace?

—¿Acaso tiene que haber una razón, señor Wellesley?

La señora Lovelace bebe un sorbo de té y lo observa por encima de su taza. Su mirada posee un brillo inteligente que nunca le ha pasado inadvertido a Leo. Pero ahora cree ver algo más en ella, algo que no sabe cómo interpretar.

El camarero vuelve a aparecer con unas bandejas bien surtidas de bollos, panecillos y *plum cake*. Leo aguarda paciente hasta que se retira de nuevo para insistir, pero la señora Lovelace se le adelanta:

—Somos ingleses, querido —dice simplemente.

Leo opta por dejarlo correr, pero de ninguna manera se olvida de ello.

¿Por qué Eleanor Lovelace tiene tanto interés en ellos?

Capítulo 25

Charlie

Le duele la cabeza.

Hizo mal en emborracharse, pero ya no tiene remedio. Se ha propuesto no volver a beber en todo el viaje, más allá de las copas de cortesía que tendrá que compartir con la señora Lovelace. Pero ha comprendido que ahogarse en alcohol no es la solución a sus problemas.

Prefiere la soledad. Ahora mismo hay poca gente en la cubierta del barco, casi todos están arreglándose para la cena, también Leo, pero Charlie le ha pedido que se adelantara. Quería pensar.

Aunque más bien se limita a contemplar el panorama. Las aguas claras del Índico envueltas en bruma, las aves tropicales planeando hacia la costa, el silencio que precede a la tormenta. Un calor húmedo ha empañado su ropa y su piel, pero apenas se remanga la chaqueta con desgana. Su mente está muy lejos de allí, muchos años atrás. En el despacho de su padre en Wellesley Manor, frente al escritorio en el que solía desplegar sus mapas.

«¿Lo ves? Aquí está el Golfo de Bengala», le explicaba siguiendo con el dedo la línea pintada de azul.

«¿Algún día yo también lo veré?», preguntaba Charlie. «¿Yo también navegaré por esas aguas, padre?».

«Probablemente, Charlie. Probablemente».

—¿Qué querías de nosotros? —le pregunta al mar con la mirada perdida—. ¿Qué esperabas de nosotros?

¿Acaso él también lo veía? ¿Veía lo que Gideon ha descubierto, lo que Charlie teme que otros descubran antes o después?

¿Por eso no odió a Leo por marcharse a Francia? ¿Por eso nunca decía nada cuando Charlie maldecía a su hermano?

Siempre pensó que se debía a la debilidad de su padre por Leo. Ahora, en cambio...

Ahora no sabe qué pensar.

Solo sabe que Leo tiene razón en algo: no puede seguir reprochándole lo que hizo. Tienen que mirar hacia delante, los dos, pero el futuro es demasiado incierto. ¿Qué se supone que van a descubrir en Cantón? ¿Y qué sucederá cuando vuelvan a Londres? Gideon dijo que ya había corrido el rumor sobre su verdadera identidad; si es cierto, Charlie no podrá seguir siendo lord Wellesley.

Entonces, ¿qué hará?

Sus padres nunca barajaron esa posibilidad. O, si lo hicieron, no compartieron sus pensamientos con ella. Y ahora ninguno de los dos puede guiarla. ¿Es que no se les ocurrió que los Rothgard podrían desvelar el secreto de su familia? ¿O, en el fondo, lo esperaban?

¿Hubiese sido todo muy diferente si Charlie hubiese crecido siendo Charlotte? ¿Hubiesen cambiado las cosas con Leo?

Nunca lo sabrá.

—Lord Wellesley.

La voz, aunque dulce, le provoca un sobresalto. Se gira sin soltar la barandilla del barco y contempla el rostro apacible de Kwok-Fei.

La señora Lovelace tiene razón, no hay mujeres como ella en Londres. Las hay más atrayentes y sensuales, pero no más bellas. Kwok-Fei es como una muñeca de porcelana, todo en ella es perfecto: el rostro suave, el pelo cuidadosamente esculpido, las uñas largas y pulidas. Y se mueve con la gracia de una bailarina. En su fuero interno, Charlie sabe que podría observarla durante horas, pero no con deseo carnal, sino con mera fascinación. Como quien contempla los colores de un atardecer especialmente hermoso.

—Señorita Kwok-Fei. —Charlie besa su mano y vuelve a agarrar la barandilla—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Compartir conmigo el paisaje. —La joven junta las manos en el regazo y da un tímido pasito al frente. Solo entonces Charlie se fija en sus diminutos pies.

—Disculpe —murmura al ver que ella sorprende el recorrido de su mirada.

—No se preocupe. —Kwok-Fei pestañea—. No dejo de preguntarme si...

—¿Si...?

—Si no les molestan a ustedes, los europeos.

—¿Qué cosa?

—Los pies de sus mujeres. Son muy grandes. —Kwok-Fei inclina la cabeza—. Sé que no tiene esposa, así que no temo ofenderle con mi pregunta.

—Los pies de nuestras mujeres son normales —dice Charlie encogiéndose de hombros—. Al menos, lo son para nosotros.

Su tono es cortante, pero Kwok-Fei no se da por aludida:

—Nunca he estado en Europa, ni siquiera he ido más allá de Calcuta. Quisiera saber cómo es aquello...

—Frío y gris. —Charlie vuelve a mirar el horizonte—. Esto es caliente y gris. No es tan distinto, ¿sabe?

—Si usted lo dice, lord Wellesley. —La joven suspira—. ¿Cree que soy demasiado curiosa? Mi abuela me enseñó a ser discreta. Decía que, cuando estuviese en presencia de un hombre, debía hablar lo mínimo imprescindible para no pasar por estúpida. Pero murió cuando yo aún era una niña y tuve que olvidar algunas de sus valiosas enseñanzas.

—Lo siento.

—Yo también. Me preparó para vivir en un mundo que está dejando de existir. —Kwok-Fei se enjuga delicadamente una lágrima con una punta del kimono—. Muchos en Cantón me rechazan por comportarme como un hombre. Yo trato de no darles importancia, pero...

Ahora Charlie la mira boquiabierto. ¿Como un hombre?

—Cielos, señorita —murmura—, es usted lo menos parecido a un hombre que he visto nunca.

—¿Usted cree? —Ella le mira esperanzada—. Será porque es extranjero. Los míos creen que llevar un negocio es cosa de hombres.

—¿Y su familia no la apoya?

—Murieron. Todos. —Los ojos de Kwok-Fei se apagan—. Por eso llevo yo el negocio. —Y añade en voz baja—: Por eso no me he casado aún. Mis padres me consiguieron un matrimonio cuando aún era un bebé, pero mi prometido también murió.

A Charlie se le encoge un poco el corazón. Se ha empeñado en sentir antipatía por esa joven, pero ahora mismo no lo consigue.

—Siento que haya tenido que pasar por eso.

La mirada de Kwok-Fei adquiere un brillo extraño.

—Fue una epidemia, lord Wellesley. Algunos intentaron detenerla y se convirtieron en héroes. Lin Hse Tsu —pronuncia ese nombre con reverencia— fue el primero de todos.

—Espere, recuerdo ese nombre. —Charlie frunce el ceño—. Mi padre tenía un retrato de ese hombre en su despacho. ¿Quién era, un médico?

—No, lord Wellesley. —Kwok-Fei le dirige una mirada dulce—. Pero salvó muchas vidas.

Charlie abre la boca para responder, pero entonces oye la campana que anuncia la cena.

—Deberíamos entrar —dice con cautela.

Pero Kwok-Fei aún no se mueve.

—Sé que no le gusto, lord Wellesley —murmura—, pero gracias por escucharme.

—¿Por qué piensa que no me gusta? —Charlie siente una punzada de culpabilidad.

—Creo que teme que le quite a su hermano. —Las palabras de la joven se le clavan en lo más hondo—. No es esa mi intención. Es solo que... —Baja la vista—. Tengo la sensación de que el señor Wellesley se siente fuera de lugar. Como yo.

Charlie no sabe qué responder a eso. Afortunadamente, no se ve obligada a hacerlo, momentos después, la cara colorada del señor Wilson aparece en la cubierta y su dueño empieza a hacerles gestos para que entren en el comedor.

No le ofrece su brazo a Kwok-Fei. Ella se limita a caminar a su lado con sus pequeños pies.

Charlie reprime un bufido. Si Kwok-Fei es como un hombre, ¿en

qué lugar la deja eso a ella?
¿Y a Leo?

Capítulo 26

Leo

La luz del atardecer se derrama sobre las costas de la isla Sentosa mientras el *Saint John* surca las aguas del Estrecho de Singapur. Esa mañana la señorita Kwok-Fei le ha explicado durante un paseo por la cubierta que el nombre de la isla en malayo, *Pulau Sentosa*, significa literalmente «la paz y la tranquilidad».

Hasta ese momento, asomado a la barandilla de la cubierta, Leo no lo ha comprendido, pero hay algo en su contorno tropical, en esa larguísima playa de arena fina que puede adivinar en la distancia, que le relaja.

Alza la cabeza y cierra los ojos durante unos segundos, con el cabello revuelto por el aire salino. Respira hondo.

Da unos golpecitos suaves en la barandilla y se decide, necesita compartir esa imagen con Charlie antes de que se haga de noche.

El pasillo que da al camarote de los Wellesley está en completo silencio. La señora Lovelace debe encontrarse en algún otro rincón del barco, porque no hay ni rastro de sus fieles sirvientes.

Sí que escucha ruidos dentro de su habitación. Empieza a hablar mientras abre la puerta:

—Charlie, ven, quiero que...

No llega a terminar la frase.

El silencio se apodera de la habitación hasta que la puerta se cierra. Solo entonces Leo reacciona y avanza unos pasos.

Charlie se encuentra frente al espejo. Ataviada con un vestido de muselina de color crudo que se ciñe a su figura de forma natural.

Sus mejillas se tiñen de un violento color rojo cuando se gira hacia

Leo.

—¿No vas a decir nada?

Pero Leo solo puede mirar el escote redondo del vestido. Charlie siempre bromea con que podría haber un terremoto y Leo continuaría sin expresión, pero lo que ve ahora derriba todas sus defensas.

Por fin, se detiene junto a ella. Y ahora la observa también en el espejo.

—Estás preciosa. —Diría más, pero le ha arrebatado el aliento—. ¿De dónde lo has sacado?

Está seguro de que no traían ningún vestido cuando embarcaron. Y es imposible que Charlie lo comprara en Calcuta, se hubiese enterado.

—Lo han traído por error —contesta Charlie volviéndose a su reflejo. Sus dedos rozan la tela vaporosa—. Lo devolveré, solo... quería ver cómo me quedaba.

Leo no puede evitar recordar otro vestido, de seda azul y con encaje blanco en los puños, que su padre trajo de uno de sus viajes. Charlie lo combinaba con cintas del mismo color en el pelo y estaba guapísima. Desgraciadamente, tuvo que deshacerse de él cuando se convirtió en Charles.

«No me mires con esa cara tan triste, Leo», le dijo entonces. «Me gustan los vestidos, pero me gusta más no ser una señorita. Además, lo hago por padre y madre».

Leo se da cuenta de que no había vuelto a ver a Charlie con un vestido desde entonces. Y ahora ya no es una niña. No puede dejar de observarla, ella debe de notarlo, ya que le dirige una mirada apurada a través del espejo.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿A tus ojos, soy un hombre o una mujer?

—¿Por qué lo dices? —Leo parpadea.

Charlie empieza a quitarse los lazos del vestido. Sus gestos son rápidos y enérgicos, como siempre; y, sin embargo, hay algo distinto en ella.

—Porque yo no me siento como ninguna de las dos cosas — murmura sin mirarle—. Ni hombre ni mujer.

Leo levanta las manos para ayudarle a deshacer los lazos. Sus dedos son más hábiles que los de Charlie, y ella pronto se deja hacer. Leo intenta no mirarla directamente, pero sigue percibiendo ese rubor en sus mejillas.

—Para mí, eres Charlie —susurra. Ella desvía la mirada, pero le pone una mano en la mejilla para que no pueda girarle el rostro—. Tal vez... no tengas que elegir. —Suspira—. Eres perfecta como hombre y como mujer.

El último lazo cede y el vestido resbala por los hombros de Charlie. La joven baja la vista.

—No me lo pones fácil.

—No quiero ponértelo fácil.

Los dedos de Leo bajan por su cuello y lo acarician como si fuese la seda más fina. Nota que Charlie se estremece y termina enterrando la mano en su pelo.

—Leo...

Pero no le deja terminar y toma sus labios de nuevo. Mientras el atardecer, olvidado, cubre de sombras la bahía.

Capítulo 27

Charlie

Cantón, 5 de julio de 1874

—Aquí está, mi lord, señor. El hotel inglés. Aquí se alojaba su padre, mi lord, señor. Su habitación es la misma, la misma. Le gustaba mucho a su padre. Vengan conmigo, mi lord, señor.

El señor Wong entra en el edificio, pero Charlie se resiste a dejar de mirar el puerto de Cantón. El *Saint John* preside una colección de barcos que se balancean perezosamente; hay vapores, juncos chinos y barcas de pescadores con las redes amontonadas. Junto a la hilera de casas coloniales, pintadas de azul, rosa y amarillo, se mezclan gentes vestidas al estilo occidental con distinguidos personajes ataviados en kimonos de vivos colores.

Charlie no puede dejar de mirarlo todo. En su imaginación, China era un mapa de sueños y colores vivos: cielos de coral, colinas de jade, pieles de nácar. Pero la realidad ha resultado ser curiosamente terrenal. El aire es pesado y está cargado de olores penetrantes; casi extraña la lluvia fría de Londres.

—¿Le gustan las vistas, mi lord?

El señor Wong ha vuelto a asomar la cabeza al ver que Charlie no entraba en el hotel. Su padre solía describir a su administrador como un hombre solícito y eficiente; Charlie ha descubierto que también le gusta hablar. Desde que han abandonado el barco, le ha dado tiempo a hablarles del tiempo, de lo mucho que respetaba a su padre, de la competencia que suponen para el negocio las sedas importadas de Japón, de lo mucho que admiraba a su padre, de cómo aborrece su

esposa los trajes occidentales y de lo mucho que apreciaba a su padre.

Charlie se obliga a mirarle.

—Mucho, señor Wong.

—El puerto de Cantón no es como sus calles —contesta él con amabilidad—. Los ingleses no suelen visitarlas, pero a su padre le gustaba hacerlo. —El hombre parpadea—. Cantón tampoco es como el resto de China. Lo verán cuando vayamos a Yujian.

—¿Yujian? —murmura Leo. Charlie le mira de reojo.

—Es la aldea en la que su padre... —El señor Wong no llega a terminar la frase, pero tampoco es necesario—. Quería que la visitaran, mi lord, señor.

Charlie piensa en la carta y se muerde el labio.

—Allí nos espera alguien, ¿me equivoco?

—No se equivoca, mi lord. —El señor Wong se inclina hacia delante—. ¿Desean ver su habitación? Tal vez quieran lavarse un poco antes de la cena.

El administrador los guía hacia el interior del hotel. Excepto por la decoración, es asombrosamente parecido a cualquier hotelito inglés.

—Los dueños eran de Yorkshire —les explica el señor Wong mientras les ayuda a subir el equipaje—. Bien, mi lord, señor. —Se incorpora y se sacude las manos—. Con su permiso, iré a cenar con la señora Wong. Mañana a primera hora he pedido un coche que los llevará a Yujian.

—¿Mañana? —Leo frunce el ceño—. ¿Tan pronto?

—Si lo desea, señor, puedo retrasar la visita. Pero su padre pensaba que...

—Y no se equivocaba —interviene Charlie—. Cuanto antes vayamos a Yujian, mejor. —Dedica una torpe reverencia al señor Wong—. Puede retirarse, amigo.

Los chispeantes ojos del administrador casi desaparecen cuando sonrío.

—Hasta mañana, mi lord, señor.

Ni Charlie ni Leo dicen nada mientras el hombre sale del hotel para recuperar su bicicleta (que, por lo que les ha contado, tampoco

gusta nada a la señora Wong). Finalmente, Charlie abre la puerta de la habitación.

—Se nota que los dueños son de Yorkshire —comenta. Es sencilla, pero muy hermosa. Y tiene dos camas.

—Por lo menos, no se mueve —suspira Leo.

Charlie le mira de reojo mientras cierra la puerta y vierte un poco de agua en la jofaina. Ella también debería lavarse.

—La señora Lovelace también se aloja aquí —carraspea—. Supongo que cenaremos con ella.

Leo se seca la cara con una toalla sin mirar a Charlie.

—La señora Lovelace. —Resopla—. La señora Lovelace, una anciana encantadora que recorre medio mundo sin motivo aparente.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿A ti te ha contado por qué viaja?

—¿Desde cuándo una viuda rica tiene que tener un motivo para viajar?

—¿En el mismo barco que nosotros? —Leo se gira con los brazos en jarras—. ¿Y vigilando que no nos pase nada?

—No sé a dónde quieres ir a parar.

—Yo solo sé que todo el mundo parece ocultarnos cosas.

—¿Y no crees que nos estamos acercando a la verdad? —Charlie se levanta de la cama para ir a por la jarra de agua—. Quienquiera que nos esté esperando en Yujian puede darnos respuestas. Eso dijo padre en su carta.

—Padre dijo tantas cosas...

Charlie frunce el ceño, se seca de cualquier manera y se encara con Leo.

—¿Qué te pasa? ¿Es que no quieres ir a Yujian?

—Sí, pero...

—¿Pero?

Durante unos segundos, se hace el silencio. Charlie gira el rostro hacia la ventana, que da al puerto, y contempla el sinuoso balanceo de los juncos. Su padre tenía uno en miniatura que le encantaba, solían hacerlo flotar en el estanque del jardín.

—¿Es que no lo entiendes? —dice Leo por fin. Y Charlie vuelve a

mirarle—. ¿Qué respuestas crees que nos esperan en Yujian? —No le da tiempo a responder—: Es evidente, vamos a averiguar cosas sobre mi ma... madre.

Le tiembla ligeramente la voz. Charlie traga saliva.

—¿Y eso es malo?

—Probablemente. —Leo se pasa las manos por el pelo—. Si no fuese una historia triste, padre no hubiese esperado a estar muerto para contármela.

—No digas eso.

—Charlie, no sé quién soy. Nunca lo he sabido. —Sus ojos parecen tan tristes ahora que Charlie solo querría abrazarlo, pero algo le impide moverse de donde está—. Y ahora no estoy seguro de querer averiguarlo.

Al ver que no dice nada, Leo maldice y le da la espalda. Charlie observa sus movimientos bruscos mientras se desabrocha la camisa.

—Sé lo que estás pensando: después de lo que vimos en Calcuta, debería alegrarme. —Pasa la prenda sucia de una mano a otra, nervioso—. Podría haber vivido miserablemente, pero mi padre decidió llevarme a Londres con su familia. Y, en vez de agradecerse, no dejo de quejarme. —Deja escapar una risa triste—. Soy un ingrato.

Charlie sacude la cabeza.

—No estoy pensando nada de eso, Leo. —Él se queda quieto, pero no se da la vuelta—. Estoy pensando que yo tampoco sé quién soy. Te lo dije... aquella noche. —Cuando la sorprendió probándose el vestido—. No sé si soy un hombre o una mujer, ni siquiera sé si soy Charlie. A veces deseo ser una persona completamente distinta. —Da un paso al frente—. No somos unos ingratos, Leo, solo tenemos que asumir que, cuando nacemos, nadie nos pregunta. Y que no podemos pasarnos la vida siendo lo que otros han decidido.

Se produce un breve silencio. Después, Leo se gira para mirarla.

Hay una extraña expresión en sus ojos negros.

—Entonces, ¿qué seremos?

—No lo sé. —Charlie se encoge de hombros y da otro paso hacia él—. Pero creo que estamos cerca de averiguarlo.

Leo echa la cabeza hacia atrás y suspira. Charlie ve cómo le tiembla

la garganta y siente el impulso irracional de besar su cuello, pero se reprime.

—Será mejor que bajemos a cenar —murmura—. La señora Lovelace guardará toda clase de terribles secretos, pero es simpática.

—Charlie —dice Leo con tono de reproche.

—¿Qué? Eres tú el que piensa que viajamos con una asesina o algo así...

—¿Quieres dejar de decir tonterías?

Pero, por primera vez desde que han llegado a Cantón, Leo parece un poco más animado. Le arroja la camisa sudada y Charlie hace una bola con ella.

—No empieces guerras que no puedes ganar —advierte con voz de ultratumba.

Leo ríe entre dientes y empieza a vestirse con ropa limpia. Charlie hace lo propio.

Sí, se están acercando a la verdad. Pero, sea cual sea esta, podrán soportarla si están juntos.

¿Verdad?

Capítulo 28

Leo

Cuando Leo regresó a Londres para asistir al entierro de su padre, no pensó que acabaría contemplando los paisajes del lugar lejano que le vio nacer. Uno que ha aparecido en sus sueños y pesadillas, pero que no creyó que fuera a visitar jamás.

Y ahí están los dos Wellesley, recorriendo caminos irregulares en un coche conducido por Liu, el guía contratado por el señor Wong, tras una noche en la que apenas han podido conciliar el sueño. Se han despedido de la señora Lovelace y la señorita Kwok-Fei con la promesa de reencontrarse a la vuelta.

Al principio, Liu se ha quedado mirando los ojos de Leo con la sorpresa pintada en los suyos; luego, cuando le ha oído hablar en un perfecto inglés, se ha sumido en un aburrido silencio del que ya no ha querido salir.

El paisaje que Leo ve por la ventana es un mosaico de arrozales que pronto estarán inundados por el monzón. La vida parece muy diferente a la que él conoce, ahora que ya no hay otros extranjeros en las inmediaciones, solo se ven trajes amplios, ojos rasgados y miradas graves.

El sol casi lo deslumbra; Leo recuerda las palabras de *monsieur* Couture sobre los colores saturados y suspira. Un niño corretea en la linde del camino, como si estuviera haciendo equilibrio entre dos partes que realmente tienen la misma altura; cuando lo dejan atrás, Leo se acomoda en el asiento y mira de reojo a Charlie.

La joven ha caído rendida poco después de subir al coche. Tiene la nariz arrugada en una mueca graciosa y los labios entreabiertos. El

diario de su padre descansa en su pecho.

Durante las últimas noches, cuando los nervios no le dejaban conciliar el sueño, Leo la observaba dormir a su lado. Completamente desnuda y con una expresión satisfecha y triste en el rostro. No ha podido resistir la tentación de dibujarla en el cuaderno que usa para diseñar sus trajes; ella le ha descubierto, pero no ha dicho nada.

Está apartando un mechón de cabello dorado del rostro de Charlie cuando el diario de su padre empieza a resbalar peligrosamente de su mano. Lo coge al vuelo y lo deja encima de una de sus piernas para que no caiga al suelo.

La joven susurra su nombre en sueños y la sonrisa se llena de tristeza en los labios de Leo. La acomoda contra él para que siga durmiendo mientras el paisaje continúa regalándole su imagen colorida.

Arrozales eternos. Cielos grises cargados de bruma. Prendas vistosas y miradas inquietas. Y, de pronto, un sol abrasador. No parece el escenario más adecuado para desvelar oscuros secretos familiares.

Lo que les ha contado el señor Wong coincide con lo que aparece en el diario: su padre y el señor Rothgard solían instalarse en el hotel de Cantón, pero la aldea con la que comerciaban estaba a varias millas de distancia, por lo que pasaban largas temporadas en ella.

Y todo fue bien al principio. Pero sucedió algo malo y, en solo unos meses, el tono de su padre fue volviéndose más sombrío hasta que plasmó su deseo de marcharse en las últimas páginas del diario.

Y ya no hubo telas de calidad exquisita. Atrás quedaron las sedas lujosas y de colores vivos, los viajes a tierras exóticas y la amistad con el señor Rothgard. James Wellesley regresó a Londres con un bebé y un misterio que aún no han resuelto.

Leo ni siquiera aparece mencionado en el diario. Ni tampoco su madre, fuera quien fuese. Los avances del negocio y las costumbres locales eran lo bastante importantes como para que su padre reflexionara sobre ellas en sus escritos; su madre y él, no.

Por primera vez en su vida, Leo está enfadado con su padre. Y no

sabe cómo sentirse al respecto.

Sus dedos se hunden en el cabello de Charlie, que se acurruca cómodamente contra su hombro mientras él recuerda una de las últimas conversaciones que mantuvo con lord Wellesley.

Era de noche. Lord Wellesley volvió de una reunión antes de lo esperado y descubrió a Leo hurgando en su despacho.

Su padre entró saludando en voz alta, como de costumbre, y él intentó guardar los documentos que estaba revisando. Sin mucho éxito, ya que la puerta se abrió antes de que pudiese cerrar el cajón siquiera.

—¿Leo? —preguntó lord Wellesley.

Al ver el cajón abierto, sus cejas se arquearon. Cerró la puerta tras de sí y avanzó hacia él.

—Padre, buenas noches, llega temprano. —Leo trató de aparentar normalidad.

Su padre lo miró con gravedad.

—¿Está Charlie en casa?

—No, ha salido con unos compañeros de la escuela.

Y habían invitado a Leo. Los amigos de Charlie siempre eran amables con su hermano bastardo, pero él había preferido quedarse en casa para aprovechar la ausencia de todos.

Su padre suspiró:

—Siéntate, Leo.

—No se preocupe, padre, le dejo trabajar...

Trató de pasar al lado de lord Wellesley, pero este le puso la mano en la nuca. Sin apenas fuerza, pero deteniendo su avance de raíz.

—Hijo.

A Leo se le secó la boca al percibir el desaliento que contenía esa única palabra. Su padre no necesitaba insistir más para que obedeciese.

Ni para obtener una rápida confesión:

—Estaba buscando algo de madre.

—Pero las cosas de lady Wellesley...

—No, de mi madre —dijo con cierta tirantez.

Un destello de comprensión surcó los ojos de su padre. Soltó la nuca de Leo, pero solo para rodearle los hombros con el brazo.

—Aquí no encontrarás nada.

—Algo guardará, padre...

Leo llevaba demasiado tiempo pensando en ello y estaba convencido. No había conocido a su madre, pero su padre debía de tener algún recuerdo, por nimio que fuera. Una flor seca entre las páginas de un libro, una nota, un retrato. Y cualquier cosa le valdría a Leo para saber que pertenecía a una familia que no fuese la de Charlie.

Necesitaba que algo le demostrara que no estaba enfermo por todo lo que se le acumulaba en el pecho cuando estaba con ella.

Lord Wellesley le observó con un cariño indescriptible y lo llevó hasta el espejo que utilizaba para arreglarse la corbata antes de salir de la mansión. Leo se había visto reflejado muchas veces junto a él, pero aquella fue diferente.

—¿Lo ves?

—Padre...

—Ahí está tu madre. En tus ojos, en la forma de tu rostro, en el pequeño hoyuelo que se te forma en la mejilla derecha. Está en ti, Leo, tú eres lo que guardo de ella.

Leo nunca volvió a fisgar en el despacho de su padre. Solo la voluntad de este ha motivado esa búsqueda en la que se ha visto envuelta Charlie.

Nunca le contó aquella conversación a ella. Por aquel entonces, cualquier confesión que le hiciese sería peligrosa. Implicaría demasiado.

Ahora las cosas son diferentes. Por suerte o por desgracia.

Cuando el coche se detiene, unos golpes en el techo del vehículo bastan para que Charlie empiece a desperezarse.

Leo le da un beso en la frente.

—Buenos días.

Charlie ronronea y alza la cabeza para que sus labios se rocen. Leo siente un temblor que le recorre todo el cuerpo, es posible que nunca

se acostumbre a esa sensación. Lo cierto es que espera no hacerlo.

—Ya hemos llegado a Yujian —anuncia con un suspiro.

—¿Liu no puede dar un par de vueltas más? —bosteza Charlie.

Leo se queda en silencio unos instantes e inclina el rostro para besarla, dando gracias por que las cortinas están prudentemente cerradas. Sus labios se encuentran con familiaridad, recorriendo esos rincones que saben conocidos y propios. La mano de Charlie empieza a tirar de un botón del traje de Leo cuando dos nuevos golpes les traen de vuelta a la realidad.

Bajan del coche y un sol implacable cae sobre ellos. Como si no tuviesen suficiente con la humedad que les impregna de sudor todo el cuerpo. La zona está muy tranquila, se ven algunas personas por los alrededores, pero se respira calma.

Echan a andar a una señal del guía.

—¿Por qué parece haber tan poca gente? ¿Están trabajando? —pregunta Charlie sorprendida.

Liu responde con su peculiar acento:

—Hace años hubo problemas con extranjeros.

—¿Con nuestro padre? —pregunta Leo con cautela.

Liu les dirige una larga mirada.

—Lord Wellesley era muy querido aquí. —El guía parpadea y vuelve a darles la espalda—. Al menos, hasta que llegó la epidemia.

—¿Aquí también hubo una epidemia? —interviene Charlie.

—¿También? —Leo la mira de reojo.

—¿La señorita Kwok-Fei no te lo ha contado? —¿Se lo parece a Leo o hay cierta aspereza en esa pregunta?—. Toda su familia murió durante una epidemia, pero no me dijo de qué enfermedad.

—No fue una enfermedad, mi lord.

Liu apenas ha alzado la voz, pero Leo y Charlie se miran de todas maneras. Su inglés es más bien tosco, pero logra hacerse entender.

—Fue...

—El opio —comprende Leo.

—¿Qué? —Charlie le mira con sobresalto.

—Nuestro padre lo consideraba un «vicio deleznable». —Leo traga saliva—. Supongo que tiene sentido...

—¿Lo tiene? —Charlie mira a Leo, pero es Liu quien responde:

—Fu-Shuan sabe más que yo —responde señalando una pequeña casa con el brazo—. El señor Wong me ha pedido que los condujese hasta ella.

Leo contempla la casa, que destaca entre las humildes chozas que la rodean. Las paredes son de madera pintada de rojo y el tejado de azulejos verdes y amarillos; hay un dragón de cerámica en el punto más alto y farolillos de papel decorando la entrada.

La puerta se abre cuando están a punto de llegar a su altura y una anciana los observa desde el umbral. Las arrugas de su rostro son extrañamente lisas, como si estuviesen esculpidas. Sus ojos son como perlas negras y no hay expresión en su boca, pequeña y pintada de rojo. Cuando cruza los brazos sobre el pecho, Leo admira la calidad de su kimono.

No sabe quién es esa mujer, pero, sin duda, es demasiado mayor para ser su madre. Y no sabe si sentirse aliviado o decepcionado. Ella, por su parte, apenas echa un rápido vistazo a Liu antes de contemplarlos a Charlie y a él. ¿Los estaría esperando ya?

Leo busca la mano de Charlie, pero no la encuentra. Cierra el puño en el aire y se vuelve hacia Fu-Shuan. La mujer aguarda con la misma postura hierática y elegante hasta que, por fin, Charlie se decide a avanzar.

—Encantado de conocerla, señora Fu-Shuan, soy lord Wellesley.

En cuanto termina de hablar, Charlie se vuelve hacia Liu para que traduzca lo que ha dicho, pero la propia Fu-Shuan responde en un inglés vacilante:

—Lord Wellesley... Cuánto tiempo sin escuchar ese nombre...

Leo se queda congelado en el sitio. Siente el aire caliente pasando a través de la tela empapada en sudor y acariciando su piel; se le ha secado la boca y es incapaz de pronunciar palabra.

—¿Conocía a nuestro padre? —pregunta Charlie con cierta ansiedad.

Pero Fu-Shuan no responde enseguida. Se vuelve hacia Leo con aire pensativo y luego empuja la puerta con suavidad.

—Adelante.

Mira también a Liu, pero él se limita a negar con la cabeza y alejarse hacia el poblado.

Fu-Shuan los guía hacia un patio interior con un hermoso jardín que le trae a la memoria las palabras de Kwok-Fei sobre el cuidado de las flores. Casi puede imaginarla rozando las peonías con las puntas de los dedos o sentada en el banco que hay a la sombra del sauce llorón. Repara en una puerta situada a la derecha, redonda y de madera lacada, pero Fu-Shuan pasa por su lado sin detenerse y abre una puerta corredera situada al fondo del jardín.

Al otro lado hay un salón decorado con una sencillez extrañamente familiar. Excepto por los muebles de madera negra lacada y las lámparas de papel pintado, podría parecer un salón de té de Inglaterra. Muchos de los objetos que se encuentran allí provienen de Londres, sin duda.

Fu-Shuan se detiene frente a una mesa baja rodeada de cojines.

—Tomen asiento, por favor —invita haciendo un ademán hacia los cojines.

Las piernas largas de Leo se resienten ligeramente al sentarse en el suelo. Frente a ellos hay bandejas de dulces apilados como pagodas y un juego de té de porcelana.

—Deben de tener bastantes preguntas, pero antes me gustaría saber cómo está su padre.

A Leo se le forma un nudo en la garganta, pero levanta una mano para que Charlie le deje hablar. Ella ya tuvo que darles la noticia a sus conocidos de Londres, es justo que Leo tome la iniciativa esta vez.

—Lamento decirle que falleció el pasado mes de mayo.

Al menos, no le tiembla la voz.

Fu-Shuan no parece sorprendida, solo apenada.

—Lo he supuesto al verlos aquí. —Se lleva una mano a la boca—. Siento su pérdida, era un gran hombre. Tan amable con todo el mundo...

Su tono es cálido. Charlie mira a Leo, pero él no deja de contemplar a la anciana.

—Venía de muy lejos, pero todo le asombraba —continúa ella—. Era como un niño curioso. Le gustaba aprender los trabajos del

pueblo, incluso los más simples. —Parpadea—. Ojalá no se hubiera abusado tanto del opio durante aquellos años.

La mención directa del opio hace que Leo vuelva a ponerse en tensión. Recuerda el olor agrio del fumadero de Calcuta, las palabras sombrías de su padre y la expresión impenetrable del guía.

—Liu nos ha contado algo, pero pensaba que usted podría explicárnoslo mejor. ¿Qué ocurrió exactamente? —pregunta Charlie con tiento.

Fu-Shuan junta las manos sobre el regazo.

—Los ingleses querían té —explica con sencillez—, y empezaron a cambiarlo por opio. Y, con el tiempo, el opio empezó a ser más importante que el dinero.

—¿Por eso se abandonó el comercio de la seda? —pregunta Leo con expresión seria.

Fu-Shuan vuelve a observarlo con cierta curiosidad. Y, por primera vez, los dedos de Charlie rozan los de Leo. Ese roce le provoca un latigazo de calor dentro del pecho.

—El comercio de la seda y todo lo demás. La gente solo vivía por el opio, pero el opio los mataba. Por desgracia —añade en voz baja—, mi marido y mi hija no fueron una excepción.

—Lo sentimos —dice Charlie rápidamente.

—Yo también. —Su anfitriona se pone en pie—. ¿Quieren que prepare algo de té?

Se inclina para tomar la tetera que reposa en la mesa, pero Charlie carraspea:

—Es muy amable, pero nos gustaría saber...

Dirige a Leo una mirada de circunstancias. No está siendo tan cortés como se esperaría de lord Wellesley, pero Fu-Shuan tan solo les dirige una mirada interminable.

—¿Qué quieren saber? —pregunta finalmente.

Habla en plural, pero solo mira a Leo. El joven siente que le falta el aire. ¿Acaso ha llegado el momento que ha esperado toda su vida?

Charlie se queda completamente quieta a su lado. Fu-Shuan permanece impassible.

El silencio dura unos segundos. Hasta que, por fin, Leo formula la

pregunta que le quemaba los labios:
—¿Quién soy?

Capítulo 29

Charlie

Durante unos segundos, Charlie cierra los ojos y trata de dejar la mente en blanco.

Los temblores del orgasmo aún sacuden su cuerpo cuando abraza a Leo como si ese simple gesto pudiese protegerlo de todo y de todos. Siente la caricia de su aliento entre los pechos, sus jadeos llenando la habitación silenciosa, su corazón latiendo apresuradamente. Ha sido más brusco que otras veces, pero no puede reprochárselo. Esta noche no.

Traga saliva y abre los ojos. Lo primero que ve es la mosquitera; lo segundo, la vela que se consume lentamente frente a ellos. Fu-Shuan les ha dejado el dormitorio de los hombres, una zona prohibida de su casa que, de algún modo, les pertenece.

Sobre todo, a Leo.

Oh, cielos, Leo...

—Lo siento —murmura él contra su cuello—. He sido un animal.

Charlie mira hacia abajo y ve su piel enrojecida, pero sacude la cabeza para restarle importancia.

—Me ha gustado —dice sin mentir. Luego se pasa la lengua por los labios—. ¿Cómo estás?

—¿Tú qué crees?...

Leo entierra el rostro en su cuello. Charlie lo estrecha con más fuerza y se obliga a no llorar.

Una parte de ella, pequeña y mezquina, se alegra de saber la verdad. ¿En qué lugar la deja eso? ¿Cómo puede sentirse aliviada al saber que Leo...?

—Tenían razón —murmura él sin mirarla—. No somos hermanos. Nunca fui el hijo de lord Wellesley.

—Leo...

—Soy el hijo de Arthur Rothgard. —La voz de Leo está impregnada de dolor—. De ese canalla...

—Eres el hijo de mi padre. ¿Me oyes, Leo? —Charlie se incorpora y le obliga a mirarla—. Él te adoptó, te hizo suyo y te quería. Eso es lo único que importa.

—No, Charlie. No es verdad. —Leo le da la espalda y entierra la cabeza en las manos—. Soy el hijo de un asesino y una adicta al opio. Mi padre trajo la desgracia a esta gente y abandonó al hijo que había engendrado...

—¡No eres un Rothgard y nunca lo serás! —Charlie seca sus propias lágrimas y aparta las manos de Leo de su rostro—. Eres Leonard Jiang Wellesley.

—Jiang. —Leo resopla—. Y yo pensando que la jota era de James... Pero no lo era.

Por fin, Leo la mira. Con el ceño fruncido, con los ojos apagados, con los labios entreabiertos. ¿Cómo es posible que le parezca más bello que nunca, más vulnerable, más difícil de alcanzar?

—Lord Wellesley hizo una obra de caridad conmigo —sisea—. Y solo porque se sentía culpable. Porque él no impidió que Rothgard introdujese el opio en esta aldea.

Esas palabras se hunden en el pecho de Charlie. Y duelen.

—¡Mi padre te quiso como a un hijo!

—Tu padre.

—No soy yo la que reniega de él.

Entonces sucede algo extraño: los ojos de Leo se anegan de golpe. El joven se tapa la boca y vuelve el rostro, pero ya es tarde.

Charlie se queda paralizada. Es la primera vez que ve así a Leo. Leo, que siempre ha sido tan frío, tan contenido, tan capaz de dominarse en cualquier situación. Ahora parece a la deriva. Tanto como ella misma.

—Leo...

Charlie le rodea la cintura con los brazos. Casi espera que la

aparte, pero no lo hace. Aunque tampoco responde al abrazo.

Las palabras de Fu-Shuan siguen flotando entre ellos. Implacables.

Lord Wellesley nunca tuvo una amante en China, siempre le fue fiel a lady Wellesley. Fue Arthur Rothgard quien tuvo una amante, la hija de Fu-Shuan. La que murió por la misma razón que la familia de Kwok-Fei.

Jiang era una joven campesina que soñaba con Occidente. Primero se enamoró de las historias que le contaba aquel cautivador inglés, después se enamoró de él.

Al principio, cuando Wellesley y Rothgard se dedicaban al comercio de la seda, la vida en el poblado era plácida. Arthur pasaba las horas muertas en los brazos de aquella joven y James hablaba con los lugareños para aprender más sobre la vida en China. Nada podía augurar que todo se rompería, que los ingleses destruirían la paz de ese poblado y los poblados vecinos, que intentarían convertir a los chinos en sus esclavos recurriendo a un arma sucia y poderosa.

Fueron Wellesley y Rothgard quienes llevaron el opio a esa aldea, aunque en contra de la voluntad de James. Fue ese el pecado que el padre de Charlie siempre quiso expiar. Y trató de hacerlo a través de Leo, el hijo bastardo que su viejo amigo estaba dispuesto a abandonar a su suerte.

Pero nunca les dijo la verdad. No quería que Leo fuese una obra de caridad, quería que fuese su hijo, sangre de su sangre. Quería darle un futuro que no iba a tener en China.

Y darle una familia. La suya.

La amistad de James y Arthur se había ido enfriando conforme el opio destruía Yujian, pero llegó a un punto de no retorno cuando este último se negó a hacerse cargo del hijo que había engendrado. Quería dejarlo en China y olvidarse de él, pero James no podía permitirlo.

Por eso robó a Arthur una parte del dinero que había obtenido comerciando con el opio. Se lo robó, lo ingresó en el banco de Cantón y lo puso a nombre de Leonard. Con la esperanza de que, en el futuro, el chico pudiese recuperarlo. Y puso al señor Wong al

corriente de todo a espaldas de su abogado: no debía de confiar en Miller, pero sí en el bueno de su administrador.

Lord Wellesley sabía que, antes o después, lo dispondría todo para que Leo volviese a China. Para que descubriese sus mentiras y supiese cuál era su historia.

Charlie vuelve a hablar tras unos minutos de silencio:

—Al menos, ahora sabemos que esto... —Baja la vista—. Ahora sabemos que es natural. Lo que sentimos el uno por el otro...

—¿Y qué importa eso? —la interrumpe Leo con malos modos—. No es que tengamos la oportunidad de casarnos, ¿verdad, lord Wellesley?

Dirige a Charlie una mirada sombría. Ella resopla.

—Supongo que tendrías que querer.

—Querer. Como si mis deseos importaran. —Leo se aparta de ella—. ¿Sabes qué sucederá si la gente descubre que lord Wellesley es una mujer y su hermano bastardo ni siquiera lleva la sangre de su padre? Espera, ya te lo digo yo: ninguno de los dos será lord. Lo perderemos todo.

Charlie se traga las ganas de llorar. ¿Lo perderán todo? ¿Leo considera que su título, Wellesley Manor y su posición social lo son todo?

Una idea desagradable empieza a coger forma en su mente.

—Entiendo.

Sí, ahora lo entiende. Leo nunca ha sentido nada realmente fuerte por ella, solo la ha deseado porque era un fruto prohibido. Y ahora ya no lo es.

Charlie vuelve a tumbarse, de espaldas a él, y se encoge involuntariamente. La vela tiembla al compás de su pulso acelerado.

—Intenta dormir —murmura por lo bajo—. Mañana volveremos a Cantón y podrás coger tu dinero.

—Sabes que es nuestro dinero. —Oye cómo Leo se tumba a su lado—. No solo mío.

—Tienes razón. Hay que guardar las apariencias, hermano.

A Charlie le duele pronunciar esas palabras. Contiene el aliento,

pero Leo no contesta nada. Tal vez ya le dé igual.

Una lágrima silenciosa resbala hasta la esterilla. Charlie ni siquiera se la enjuga, tan solo cierra los ojos y, cuando la vela se consume, se da cuenta de que nunca se había sentido tan sola.

Capítulo 30

Leo

Siempre creyó que no había nada que pesara tanto como un secreto, pero la verdad ha resultado ser igual de dura.

Apenas han pasado unas horas desde que ha descubierto que toda su vida es una gran mentira. No es el hijo de James Wellesley, el hombre al que siempre ha admirado, sino de Arthur Rothgard.

Se siente un fraude, sucio y más bastardo que nunca, porque ni siquiera su padre quiso reconocerle. Recuerda perfectamente cómo le miraba, con esa media sonrisa mezquina que ha heredado su primogénito. Y eso solo cuando se tomaba la molestia de dedicarle algo de su atención, porque, al igual que los hermanos, Leo nunca fue de su interés.

Ni siquiera sabe cómo se siente al respecto.

Y la actitud de Charlie le desanima aún más. Es como si la brecha entre los dos se hubiera hecho más profunda. Parece esperar algo de él que no puede ofrecerle.

Leo sabe que debería hablar con Charlie. Quiere preguntarle qué es lo que piensa sobre lo que Fu-Shuan les ha contado, si cree que Arthur y Gideon saben la verdad o viven igual de engañados que Leo. Pero no encuentra las fuerzas necesarias para hacerlo.

Es culpa suya, no debió reaccionar como lo hizo.

Todo se vuelve más difícil cuando involucra a Charlie. Están otra vez en el coche, condenados a permanecer allí durante horas, y la joven se ha sentado enfrente de él en vez de a su lado. Leo tiene la piel ardiendo, pero siente frío en el pecho.

Charlie se ha quedado dormida poco después de comenzar el

trayecto, pero parece incómoda. Siguiendo un impulso, Leo se cambia de asiento para colocarse a su lado. El coche gira bruscamente y la cabeza de Charlie encaja en su hombro. Él se traga el nudo que tiene en la garganta.

No tienen nada que hacer. No pueden hacer pública su relación, ni tampoco los secretos de su familia: que Leo es el bastardo de otro hombre y Charlie una mujer. No podrían volver a pisar Londres después de eso. Están entre la espada y la pared, y más ahora que los Rothgard les pisan los talones. Lo más probable es que los esperen en Cantón. Pensar en ellos basta para que a Leo se le revuelvan las entrañas.

Se pregunta hasta qué punto están al tanto de los negocios que hacían sus padres en China, de cómo consiguieron levantar su pequeño imperio a costa de envenenar a un pueblo y convertirlo en esclavo del opio.

Ojalá pudiera llevarlos ante Fu-Shuan para que vieran el resultado de los crímenes de Arthur Rothgard.

Leo aprieta los puños. No soporta pensar en ninguno de los hermanos porque, invariablemente, se los imagina caminando hacia el altar con Charlie del brazo.

Se niega, pero no por él. Charlie merece ser libre, mantener ese hogar que ama igual que su padre y continuar llevándole flores a su madre. Nadie tiene derecho a quitarle algo así, su vida es solo suya.

Al menos, eso puede dárselo. Puede darle algo de paz gracias al dinero que lord Wellesley dejó dispuesto para él antes de marcharse de China. Es lo único a lo que se aferra ahora.

Es entonces cuando su mente empieza a trazar un plan.

Cuando Liu golpea el techo del vehículo, Leo no tiene conciencia del tiempo que ha pasado desde que se ha dormido. Lo que descubre al abrir los ojos es que Charlie vuelve a estar sentada frente a él en vez de a su lado y su chaqueta está plegada bajo la cabeza de Leo a modo de almohada. Se aferra a la tela como si se la fuera a quitar.

—Charlie —llama aún soñoliento. Ella se vuelve hacia él con la misma expresión ausente—. Tenemos que hablar.

Leo toma la chaqueta y empieza a doblarla para no tener que sostener esa mirada.

—Creo que ya hemos hablado suficiente —oye decir a Charlie.

Leo está a punto de alargar el brazo hacia ella, pero unos nuevos golpes les avisan de que Liu ha detenido el coche frente a la puerta del hotel. Charlie se apea del vehículo rápidamente; Leo cierra los ojos y se dice que, tarde o temprano, tendrá que escucharle.

Si el coche parecía un horno, estar bajo el sol no mejora las cosas. Una figura espigada se recorta contra la blanca fachada del hotel.

—¡Lord Wellesley, señor Wellesley! —El señor Wong los recibe con una sonrisa. Lleva un traje de lino blanco de corte occidental y sostiene dos sombrillas de papel, una en cada mano. Se adelanta y le ofrece una a Charlie.

—¿Siempre está en todo, señor Wong? —pregunta ella con una sonrisa que no le llega a los ojos.

—No quiero que se quemem, lord Wellesley. —El hombre hace una reverencia—. El banco está aquí mismo. Si me acompañan...

—¡Pero qué ven mis ojos! —dice una voz conocida—. ¿Ya han regresado a Cantón?

Leo se gira justo a tiempo para ver cómo la señora Lovelace baja la escalinata del hotel empuñando su bastón y una sombrilla parecida a las suyas. Les dirige una mirada chispeante y Charlie le besa la mano.

Leo tarda un poco en reaccionar cuando se la ofrece a él.

—¿Querido? —carraspea la anciana.

Por fin, le roza el guante con los labios.

—¿Se encuentra bien?

Leo va a responder, pero Charlie se le adelanta:

—No se preocupe, solo está un poco dormido.

—Pues se me ocurre un modo de despertarle. —La señora Lovelace se inclina hacia ellos con aire confidencial—. La señorita Kwok-Fei me espera para tomar el té. Si quieren unirse a nosotras...

La mirada que le dirige a Leo es de lo más elocuente, pero es Charlie quien responde en primer lugar:

—¿La señorita Kwok-Fei también se hospeda en el hotel?

Su tono es amable, pero Leo percibe la tensión de su cuerpo.

—Oh, no, no. Ella vive lejos del puerto. Pero tenemos tanto en común...

El señor Wong carraspea. Leo decide que esa conversación ya se ha prolongado demasiado:

—Lo lamento, señora Lovelace, pero tenemos asuntos pendientes y no queremos robarle demasiado tiempo al señor Wong.

—Lo comprendo, aunque es una lástima. —La señora Lovelace se inclina graciosamente—. Nos veremos en la cena, entonces.

El señor Wong hace una pronunciada reverencia y echa a andar entre la gente. Leo y Charlie van tras él; puesto que comparten una sombrilla, caminan pegados. Y Leo se siente turbado al notar la proximidad de Charlie.

—¿Tanta prisa tienes por contar tu dinero? —pregunta ella entre dientes.

—Nuestro dinero —corrige Leo.

—Lo que tú digas.

Leo le agarra de la muñeca sin perder de vista al señor Wong.

—Deja de hablar así.

—¿Por qué? Es tu dinero.

—¿Por qué intentas convertirme en alguien mezquino? Sabes que yo no soy así.

Charlie no responde, pero se zafa de él. Y Leo no intenta volver a tocarla. El señor Wong ha apretado el paso y, durante los siguientes minutos, ninguno de los dos dice nada.

El director del banco los recibe con entusiasmo. Apenas chapurrea algo de inglés, pero el señor Wong traduce sus explicaciones, que confirman lo que Fu-Shuan ya les contó.

Lord Wellesley lo dejó todo preparado para Leo. Y él no sabe cómo sentirse al respecto.

El señor Wong se queda en la sala de espera. Cuando el director se retira y Charlie y Leo se quedan frente a la caja fuerte, Leo traga saliva. No es capaz de mirar los fajos de billetes sin que se le empañen los ojos.

Ese dinero está manchado.

—Hizo todo esto por mí —susurra—. Por un bastardo abandonado al que no debía nada.

—Dejaste de estar abandonado cuando te adoptó —responde Charlie con tono sombrío.

—Lo sé.

Leo se gira despacio. Charlie permanece cabizbaja en una esquina y Leo solo tiene ganas de atraerla hacia él y besarla, pero no lo hace. En vez de eso, murmura:

—Creo que deberíamos volver a trabajar con la seda.

Charlie frunce el ceño, pero no contesta. Leo insiste:

—Si invertimos este dinero en el negocio, podríamos sacarlo adelante otra vez.

—¿Y que la historia se repita?

—Nosotros no permitiremos que nadie mezcle el opio con nuestras sedas, se lo dejaremos muy claro al señor Wong. Además...

—¿Umm?

—Podríamos encontrar a alguien con quien asociarnos, alguien de aquí. Alguien que pudiese velar por el negocio y...

—Ya veo por dónde vas —lo interrumpe Charlie—. ¿Estás pensando en la señorita Kwok-Fei?

—No necesariamente. —A Leo se le calientan las mejillas—. Pero no veo por qué no podemos...

—Puedes hacer lo que te dé la gana. —Charlie da un paso al frente con los puños apretados—. Adelante, salva el negocio de los Wellesley. Salda tu deuda y haz tu vida. Eso es lo que quieres, ¿no?

—¡No! —Él sacude la cabeza—. No lo estás entendiendo...

—Lo estoy entendiendo todo, Leonard, y no me importa. Ya no.

Leo estaba abriendo la boca para responder, pero se le atragantan las palabras y vuelve a cerrarla. Siente un peso en el estómago y otro en el corazón.

Charlie le dirige una mirada helada.

—Eres libre —dice entre dientes—. Cásate, dedícate a tus trapos o quédate en el fin del mundo si quieres. A mí me da igual.

—Charlie. —Leo no reconoce su propia voz.

No sabe si la joven está triste, está cansada o solo le odia. Y

tampoco sabe si quiere averiguarlo.

—Me da igual —repite—. Me voy al hotel. Despidete del director de mi parte.

Leo no es capaz de detenerla. Cuando se queda solo, se apoya en la pared con aire derrotado.

Está firmando los permisos para el traslado de fondos cuando un aroma a pigmentos le hace levantar la cabeza. Su nombre termina de formarse en tinta antes de que se dé la vuelta para encontrarse con los ojos de Kwok-Fei.

—Señor Wellesley. —La joven pestañea.

—Señorita Kwok-Fei. —Leo toma su mano con elegancia—. Creí que estaba con la señora Lovelace.

—Usted lo ha dicho: estaba. —Ella ladea el rostro—. La verdad es que tomamos el té y después vine hacia aquí.

Leo lleva las manos hacia su espalda tratando de parecer tranquilo.

—¿Tiene gestiones que hacer?

—No, lo cierto es que me gustaría hablar con usted. ¿Me acompaña?

Una sensación extraña se extiende por su pecho en ese momento. Una mezcla de culpabilidad y urgencia con las que no está en absoluto familiarizado.

—Por favor, será un momento —insiste Kwok-Fei.

Y a Leo no le queda más remedio que ceder.

El té sigue humeando frente a él, pero no piensa probarlo. Tiene el estómago cerrado.

Solo puede mirar a la joven con estupor.

—¿Perdone? He... debido de escuchar mal o... entender algo que no...

—No lo creo, señor Wellesley —lo interrumpe ella—. Si lo piensa, estará de acuerdo en que es una buena idea. Para ambos.

Leo no está acostumbrado a quedarse sin saber qué decir, pero ahora solo puede entreabrir los labios y parpadear.

—Pero si no nos conocemos. —Se pasa la mano por el pelo.

—Nos conocemos más que muchos recién casados. Además..., usted me parece agradable —murmura Kwok-Fei con una delicada caída de ojos.

Leo traga saliva y sus ojos se posan en la taza. Después vuelven a los de la muchacha.

Era imposible que viese venir esto.

—La señora Lovelace ha compartido conmigo su preocupación por la situación económica de su familia y ha terminado de convencerme. Usted sabe de telas y yo de pigmentos; si uniésemos nuestras empresas...

—Casándonos —insiste Leo.

—No es tan extraño, señor Wellesley. ¿Acaso le esperaría algo mejor en Inglaterra?

Leo acusa el golpe. Sabe que la propuesta es razonable, pero ella no sabe nada. No sabe que no es el hijo ilegítimo de lord Wellesley, no sabe cuál es el oscuro pasado de su familia y no sabe lo más importante de todo: que está completamente enamorado de Charlie.

—Tengo que pensarlo —murmura al cabo de un momento.

—Le ruego que me mantenga informada al respecto. —Kwok-Fei se levanta y le dedica una graciosa reverencia—. Mañana cenaré en el hotel con la señora Lovelace.

Leo se queda mirando cómo se aleja con un revuelo de seda e interrogantes. Y contempla su taza de té frío mientras se pregunta por qué todas las mujeres que pasan por su vida tienen que tener siempre la última palabra.

Capítulo 31

Charlie

El crepúsculo se cierne perezosamente sobre las calles de Cantón. Los últimos rayos de sol tiñen de ámbar los pocos puestos que aún están sin desmontar, con el género a medio recoger y sus dueños dando vueltas alrededor de ellos. Los ojos de Charlie se deslizan desde un montón de sedas de vivos colores hasta una mujer que agita un abanico de papel. Un niño pasa por su lado soplando un molinillo de viento y casi tropieza con ella.

Charlie nota las miradas de los transeúntes, pero las ignora. Lleva horas recorriendo esas calles alejadas del puerto, las que tanto gustaban a su padre, y ahora se ha sentado a las puertas del hotel, sin chaqueta y con la camisa remangada. No se ha quitado los zapatos por puro decoro. Tiene el pelo pegado a la nuca y la frente cubierta de sudor, mataría por un poco de agua bien fría.

Se siente mal. Muy mal.

¿Por qué ha tratado así a Leo?

Él no se lo merece. Él... no se merecía nada de lo que le pasó. Ni que su madre muriese, ni que su padre le abandonara, ni crecer como un bastardo, ni los desprecios de lady Wellesley, ni mucho menos los reproches de Charlie.

Su padre quiso que fuesen hermanos, pero han fracasado en el intento. Y lo mejor que pueden hacer es asumir la derrota de la forma más civilizada posible.

Pero no es capaz de moverse de donde está. Siente una tristeza y una culpa que le impiden levantarse. ¿Qué quería de Leo, que le propusiese matrimonio? ¿Y luego qué? ¿Desvelar su identidad,

renunciar al legado de su padre, convertirse en la esposa de un muerto de hambre? ¿Salir en los periódicos? ¿Llevar vestidos como el que se probó en el barco?

¿Y cuál es la alternativa, seguir siendo lord Wellesley? ¿Alguna vez ha querido ser lord Wellesley o solo ha hecho lo que le decían?

¿Quién diablos es Charlie? ¿Merece la pena preguntárselo siquiera?

Nunca ha pensado en sí misma como en un hombre, pero tampoco sabe si querría ser una mujer en toda regla. Esposa y madre, fiel y abnegada, esperando el regreso de su marido con los niños acostados, la cena preparada y el servicio en posición de revista.

No. No es lo suyo.

Entonces, ¿qué? ¿Pudrirse tras los muros de Wellesley Manor sin nadie con quien compartir sus días?

Charlie entierra la cabeza en las manos y maldice. ¿Por qué no pueden seguir como hasta ahora? No, como hasta ahora no, como hasta que Leo se marchó a Francia. ¿Por qué no pueden ser solo ellos dos?

—¿Charlie?

Levanta la cabeza de golpe al oír su nombre, pero no es Leo quien se encuentra frente a ella. ¿Qué creía, que él iba a volver como si nada después de lo que le ha dicho en el banco? Cielos, como si no tuviese nada de amor propio.

—Lord Wellesley —corrige malhumorada—. Le dije que no era apropiado que nos tratáramos con tanta familiaridad.

Gideon le dirige una mirada de disculpa y se sienta a su lado. Charlie le mira de reojo y ve que también está sudoroso. Y pálido. Un mechón pelirrojo cae por su sien y se lo aparta con un gesto distraído.

—Estoy cansado.

—Yo también. De usted y de su hermano. —Charlie le gira la cara—. ¿Cómo nos han encontrado?

—No hay muchos hoteles ingleses en Cantón. —Gideon emite un sonido que podría ser una risa o un bufido—. Tenemos que hablar, Char... Lord Wellesley. Ahora en serio.

—Sí, tenemos que hablar. —Charlie se yergue—. Tenemos que hablar de que su hermano y usted nos han seguido hasta el otro lado del mundo. ¿Qué diantres quieren?

—Mi hermano tiene sus propios planes. Yo, por el contrario...

—No voy a casarme con usted. Está decidido.

—¿Y qué hará? —Gideon alza las cejas—. Se ha quedado sola.

Charlie vuelve a mirarle. Sin comprender.

—¿Qué quiere decir con eso?

—No esperará que su hermano y su esposa vivan con usted en Wellesley Manor, ¿verdad? —Gideon sacude la cabeza—. Él es el hijo de lord Wellesley, pero ¿ella? Caray, será la comidilla de todo Londres. No puede permitir que algo así manche su apellido...

Pero Charlie ya no le está escuchando. Es como si se le hubiese congelado el aire en los pulmones.

—¿Ella? —es todo lo que consigue balbucear.

Gideon le dirige una mirada confundida.

—La señora Lovelace me ha dado a entender que era oficial. ¿Tal vez se ha precipitado?...

Charlie traga saliva. Leo... ¿Cuántas horas han pasado desde que Leo y ella se han despedido? ¿Cómo ha podido tomar una decisión así en tan poco tiempo?

¿Y por qué no iba a hacerlo?

No necesita preguntar con quién está prometido, recuerda perfectamente cómo miraba a la señorita Kwok-Fei.

—Tengo que irme.

Gideon estira el brazo para detenerla cuando se está poniendo en pie, pero Charlie lo esquiva.

—Tengo que irme —repite entre dientes—. No me provoque.

—Tiene que quedarse —insiste Gideon atrayéndola hacia su cuerpo—. Charlie, tienes que...

No. No, Charlie no tiene que quedarse con Gideon, Charlie no tiene que hacer nada porque está harta de hacer lo que los demás le dicen. Está harta de ser Charlotte, lord Wellesley, la hermana de Leo, la amante de Leo, la que se siente más perdida que nadie. No puede más.

Casi no imprime fuerza al puñetazo, pero Gideon trastabilla de todas maneras. Por cómo la mira, debe de haberle dolido más el gesto que el impacto. Charlie aprieta el puño, entorna los ojos y le da la espalda.

—Dios santo —le oye murmurar—, te has convertido en un hombre.

Nota el reproche que encierran esas palabras, pero no responde. Ni siquiera se da la vuelta.

El sol ya se ha puesto cuando entra en el hotel. Y, mientras las luciérnagas empiezan a estrellarse contra el papel de las ventanas, Charlie va en busca de la única persona a la que soportaría ver en este momento.

—Siéntese, siéntese. Yo ya he cenado, pero usted tiene pinta de necesitar un buen rosbif.

Charlie esboza una sonrisa desvaída mientras ocupa la silla que hay frente a la señora Lovelace. La mujer lleva un vestido de seda negra, ligero, con las mangas abullonadas y detalles de encaje en el cuello. Seguro que Leo sabría apreciarlo.

Oh, Leo.

—¿Cree que tendrán rosbif aquí? —intenta bromear.

La señora Lovelace se inclina hacia Charlie con aire confidencial.

—Los dueños dicen ser británicos, así que más les vale tener rosbif. El té —añade señalando la taza vacía— no está mal. Pero los he probado mejores en Manchester, y eso no lo deja en buen lugar.

Charlie cambia de postura en la silla. Nota la mirada de la anciana clavada en ella.

—Pero usted no ha venido a alabar conmigo las costumbres inglesas, ¿verdad, lord Wellesley?

—No —dice Charlie sin rodeos—. He venido a contarle la verdad.

—Vaya, ¿debo ir a por mis sales? —La señora Lovelace se recuesta en su asiento—. Adelante, no creo que me desmaye.

Charlie se queda mirándola durante unos segundos.

—Usted sabe más de lo que aparenta, ¿verdad?

—¿Es un elogio o trata de ofenderme?

—Ni lo uno ni lo otro. —Charlie se frota los ojos—. Pero lleva todo este viaje haciéndose pasar por una dama encantadora que viaja a China sin motivo aparente. E intuía que es más que eso.

—Todos somos más de lo que aparentamos. —La señora Lovelace deja el bastón apoyado en la mesa y se quita los guantes. Charlie observa que lleva un anillo en cada mano, uno cuajado de esmeraldas y otro con un diamante engarzado—. ¿Qué es lo que quiere contarme?

—Para empezar, que no soy un hombre.

Hay un breve silencio. Charlie espera una reacción por parte de su interlocutora, una mirada perpleja o una exclamación de asombro. Una carcajada incluso.

Pero la señora Lovelace tan solo parpadea.

—¿No lo es?

La pregunta hace que Charlie sienta un cosquilleo en la nuca.

—No. Sí. La verdad es que no lo sé. —Se frota los ojos con los dedos—. Mi verdadero nombre es Charlotte. Mi madre sugirió que me hiciese pasar por un hombre para poder heredar el título de mi padre.

—Una idea muy romántica, pero poco práctica. —La señora Lovelace toma sus manos con delicadeza para apartarlas de su rostro—. ¿Y usted no está conforme con el arreglo?

—Lo estaba. Antes. Pero ahora...

—Ahora está todo lo de su hermano.

Charlie se queda mirándola sin saber qué responder. Es como si caminara al borde de un abismo, y la señora Lovelace se encarga de empujarla al vacío:

—Ha descubierto que no es su hermano en realidad, ¿me equivoco?

—¿Cómo sabe...?

—No se parecen en absoluto. —La anciana suelta sus manos—. Y ningún padre en su sano juicio haría que sus hijos recorriesen medio mundo después de su muerte por un mero capricho. —Charlie suspira, pero la señora Lovelace aún no ha terminado—: Y ahora usted ha descubierto que lo que creía que era un pecado contra

natura solo es el fruto de haber crecido bajo el mismo techo que un joven apuesto, inteligente y bueno que la quiere.

—¿Me quiere, señora Lovelace? —repite Charlie en voz baja—. Yo no lo tengo tan claro...

Entonces sucede algo extraño: la expresión afable de la anciana se endurece. Charlie se encoge involuntariamente.

—Leonard Wellesley es un hombre recto, usted lo sabe de sobra. —Charlie desvía la mirada—. Ah, no, querida, míreme. Eso es. Leonard Wellesley sabe quién es y lo que desea —repite la señora Lovelace—, pero sus deseos pueden cambiar. ¿Quién es usted? ¿Lord Wellesley, Charlotte? ¿Es una mujer recta? ¿Es una mujer dispuesta a aprovechar la vida? ¿Es valiente, es prudente, es obstinada? ¿Es una mujer, acaso? Tiene que resolver todas esas incógnitas para poder estar a la altura de las circunstancias.

Charlie no recuerda haberse sentido peor desde que su padre murió. Una parte de ella solo quiere largarse de allí, encerrarse en su habitación y ahogarse en alcohol hasta que el dolor remita; otra parte, sin embargo, le obliga a permanecer exactamente donde está. Contemplando a la mujer que ha puesto palabras a sus miedos y se los ha escupido en la cara.

—¿Cree conocerme? —murmura.

—La conozco mejor de lo que cree. —La mujer se inclina hacia delante—. Por eso sé que no podrá ofrecerle nada al señor Wellesley hasta que no sepa quién es y qué quiere hacer con ese don maravilloso que es su vida. Pero dese prisa —concluye con cierta frialdad—. De lo contrario, todo lo que quedará de usted será una triste lápida en Abney Park con un noble apellido tallado en ella.

Charlie se humedece los labios secos. Su corazón ha empezado a latir más deprisa.

—¿Cómo sabe que la tumba de los Wellesley está en Abney Park?

Por primera vez, la señora Lovelace desvía la mirada.

Y Charlie se da cuenta de que ya no está en el hotel inglés de Cantón, sino frente a la butaca favorita de su madre en Wellesley Manor. Bajo el mismo sol de junio.

—Porque yo también he llevado rosas blancas a la tumba de

Florence.

Florence. El nombre de pila de su madre. Charlie sabe que ni Leo ni ella lo han pronunciado jamás en presencia de la señora Lovelace.

Entonces piensa en sus rosas, las que siempre se mantenían frescas. O eso creían. En realidad, su padre debía de saber la verdad, que alguien más visitaba a su difunta esposa en el cementerio.

Y ese alguien...

—Mi segundo esposo se llamaba Lovelace —dice la señora Lovelace mirando su anillo de esmeraldas—. Pero el primero...

Le muestra a Charlie el anillo del diamante.

—Wellesley. —A Charlie se le ha secado la garganta—. Usted fue lady Wellesley antes que mi madre.

—Hasta que mi esposo murió y mi hija se convirtió en...

—Tenga cuidado con lo que dice —le advierte Charlie.

Por un momento, las dos se quedan calladas. ¿Cómo ha podido estar tan ciega? Esos ojos azules, esa forma de disponer de las personas que la rodean... Y el nombre, Eleanor. Había demasiadas coincidencias.

—Iba a decir que se convirtió en una cazafortunas. —La señora Lovelace alza la barbilla—. No es ninguna mentira, querida Charlotte, se casó con su padre por su dinero. Pero luego —añade con más suavidad—, llegó a quererlo.

—¿Cómo lo sabe? Usted nunca ha formado parte de nuestras vidas.

—Ahora sí. —La anciana ladea el rostro—. Porque debe saber que, antes de morir, su padre me escribió una carta. Una carta en la que me rogaba que conociese a mis nietos. ¿Nunca se ha preguntado por qué me tomaba tantas molestias por ustedes dos? Leonard lo ha hecho.

Entonces Charlie comprende algo. Y tiene que contenerse para no levantarse de la mesa.

—Usted lo ha orquestado todo desde el principio. Quiere que Leo se case con Kwok-Fei.

—Este viaje me ha servido para conocerlos, tal y como me pidió su padre, que en paz descanse. —La señora Lovelace no se molesta en

negarlo—. Y estoy gratamente sorprendida con ese muchacho. La gente le mira y ve a un bastardo, pero yo veo a todo un caballero que merece un poco de felicidad.

—¿Y cree que Kwok-Fei puede dársela?

—Lo ignoro, pero ¿por qué no intentarlo? De momento, le ha amenizado el viaje y le ha hecho una propuesta mucho más razonable que ser el hermano bastardo de un lord para siempre. —La anciana parpadea—. ¿Qué ha hecho usted por él?

—Esto es el colmo. —Charlie aprieta los puños bajo la mesa—. ¿Cree que puede disponer así de las vidas ajenas? ¿No aprendió la lección cuando mi madre le demostró que no era Dios todopoderoso?

—No es prudente tomar el nombre de Dios en vano.

—Tampoco es prudente contarles chismes a los Rothgard.

—Oh, sabía que el señor Rothgard le hablaría de la boda de su hermano. —La señora Lovelace vuelve a tomar su taza de té—. ¿Por qué no se casa usted con él? Sería lo mejor para...

—Para mí, no. —Charlie se levanta—. Y usted lo ha dicho: Leonard Wellesley no es mi hermano. Ya no.

Se produce un tenso silencio. Es la señora Lovelace quien lo rompe extendiendo la mano hacia Charlie.

—Buenas tardes, lord Wellesley.

Charlie besa su mano haciendo gala de sus modales más exquisitos.

—Buenas tardes, abuela.

Se yergue y, con una última inclinación de cabeza, da la espalda a la señora Lovelace. Le tiemblan las rodillas, pero espera que no se le note, quiere salir dignamente de ese salón.

Se siente perdida, pero sabe que solo hay una forma de encontrar el camino ahora. Tiene que hablar con Leo.

Capítulo 32

Leo

«No lo olvide, señor Wellesley: las puertas de mi atelier siempre estarán abiertas para usted».

Mientras recorre las calles de Cantón sin rumbo fijo, Leo recuerda lo último que le dijo monsieur Couture cuando se despidieron en París. También recuerda el piso amplio y luminoso de la *place* Dauphine y los ojos chispeantes de Margueritte, la última joven con la que compartió su cama antes de volver a Londres.

En ese momento, lo veía como una posibilidad. Asistir al funeral de su padre, acompañar a Charlie durante unos días y regresar a continuación. Formarse hasta ser capaz de abrir su propio negocio, con su propio dinero, sin tener que vivir de la renta de los Wellesley. Seguir huyendo de esa atracción que le parecía enfermiza.

Esa era su idea, pero no había pensado en ello desde que embarcaron en el *Saint John*. La inesperada proposición de matrimonio de la señorita Kwok-Fei le ha hecho recordarlo.

Ojalá no tuviese que pensar en ello, pero no le queda otra opción. Debe hacerlo si quiere enfrentarse a Charlie de nuevo.

Le sudan las manos solo de pensar en volver a hablar con ella después de lo ocurrido en el banco. Comprende que esté enfadada, comprende que esté dolida, pero esto tampoco es fácil para él.

Una voz resuena en toda la calle. Leo se vuelve en su dirección y ve a una mujer china asomada a una puerta con los brazos en jarras. Una vez más, se le encoge el corazón al ver lo parecidos que son sus rasgos.

Está tan absorto que casi pierde el equilibrio cuando dos niños

pasan corriendo junto a él. Sus ojos se topan casi por casualidad con las manos unidas de los pequeños; una sonrisa se dibuja en su rostro al pensar que en las veces que Charlie tiraba de él por las calles de Londres.

Traga saliva y desvía la mirada. Claro que han corrido juntos, y se han escondido entre las pesadas cortinas del despacho de su padre para darle una sorpresa, y han puesto a prueba la paciencia de la señorita Joyce acabándose el tarro de galletas de una sentada.

Pero su relación no ha sido la de dos hermanos cualesquiera. Y ahora tiene una explicación, pero sigue sin saber si es suficiente para sellar la grieta que se ha abierto entre ellos.

Algo que siempre temió y que ahora ve cumplirse.

¿Merece la pena arruinar su relación de hermanos por algo que ni siquiera sabe si es realmente correspondido? ¿Acaso no podría Charlie estar confundiendo las cosas por pura soledad?

Decide dejar de pensar en ello, no le sirve de nada tratar de averiguarlo. Quizás incluso es mejor que continúe siendo un misterio.

La verdad es peligrosa, lo ha comprendido al averiguar su verdadero origen. Hasta entonces, consideraba que su nacimiento era una deshonra para alguien intachable, algo que había manchado un precioso matrimonio y agriado el carácter de una mujer que había sido repudiada por su propia madre por haber elegido con quién casarse.

¿Por qué lord Wellesley le hizo eso a su esposa? Porque Leo da por hecho que la madre de Charlie nunca supo la verdad.

Por primera vez en su vida, lamenta de corazón el problema que supuso para lady Wellesley. Y para lord Wellesley. Podría haberle dejado en Yujian con su abuela, Fu-Shuan, criándose como un huérfano, pero decidió hacerle formar parte de su vida.

No sabe si fue la decisión correcta, pero ya no hay vuelta atrás. Y, ahora que lo sabe todo, Leo se siente más perdido que nunca.

¿Qué va a decirle a la señorita Kwok-Fei? La parte más racional de Leo insiste en que la proposición de la joven debería parecerle atractiva, no en vano, él ya barajaba la posibilidad de establecer un

negocio conjunto.

Pero la idea del matrimonio no pasó por su mente ni una vez. Y le genera más suspicacia que curiosidad.

Porque, una vez más, la señora Lovelace parece haberlo planeado todo, igual que cuando fue herido en Calcuta y puso a Kwok-Fei en su camino. Por mucho que le agrade la anciana viuda, no le gusta que se dedique a hablar de sus problemas económicos y familiares con una desconocida. Ni siquiera sabe cómo puede estar al corriente de ellos, aunque hayan compartido la travesía íntimamente, tanto Charlie como Leo han procurado mencionarlos lo menos posible.

Pero ella siempre parece ir un paso por delante: les ofreció su camarote nada más conocerlos, les avisó cuando los Rothgard embarcaron en el *Saint John*, medió con el rajput y sus hombres y ahora trata de convencer a una joven heredera de que lo mejor que puede hacer es casarse con Leo.

¿Quién es la señora Lovelace en realidad?

Se lo pregunta mientras enfila una calle empedrada con una pendiente muy marcada. Con el pecho agitado y las manos en los bolsillos. La ciudad de Cantón queda a sus pies como un tesoro por descubrir. Detiene sus pasos, conmovido por esas vistas tan diferentes a Londres o París. El puerto, las intrincadas calles, las casas de techos inclinados con prendas suspendidas entre los edificios para secarse.

—Leo.

La voz de Charlie le saca de su ensimismamiento. Tensa los hombros esperando reproches, como en el banco, pero estos no llegan. La joven parece más tranquila, aunque hay una sombra en sus ojos.

—Te he estado buscando —murmura.

—¿Ha pasado algo?

Suena agotado, mucho más de lo que es consciente, y lo peor de todo es que ya no puede ocultarlo de ninguna forma.

—Necesito hablar contigo. Sé que no estamos bien, que nuestra situación es complicada, pero la señora Lovelace tiene razón.

—¿Qué?

—Que lo tenemos difícil, pero...

—No, no, lo de la señora Lovelace. —Leo saca las manos de los bolsillos y se acerca a Charlie.

—Me ha dicho que tengo que descubrir qué quiero hacer con mi vida y...

—¿Y qué sabe ella de tu vida? —Sus recelos en relación con la señora Lovelace se están convirtiendo en una certeza.

—Bastante, no vas a creer lo que... —Interrumpe la frase y le dirige una mirada preocupada—. ¿Qué ocurre? ¿Por qué me miras así?

—No me fío de ella.

—¿Cómo?

—Ya te lo dije, se ha convertido en lo más cercano que existe en este mundo a un ángel de la guarda. Charlie, ¿por qué a una viuda que viaja por puro aburrimiento le importan tanto dos jóvenes venidos a menos? —Charlie abre la boca, pero él no le deja continuar—. La gente lo sabe todo acerca de nosotros, pero ¿qué sabemos tú y yo? —Suelta una risa amarga—. Nada. No sabemos nada.

Retrocede unos pasos, luego se da la vuelta y echar a andar pendiente abajo en dirección al hotel. Escucha la voz de Charlie llamándole, pero apenas reduce el ritmo para que le dé alcance. Después de todo, ella siempre fue más rápida que Leo.

Varias personas se vuelven para mirarlos con curiosidad mientras los pasos de los dos, apresurados y decididos, llegan a la puerta del edificio. Allí se encuentran a Wilson, que está arrellanado en un asiento de mimbre, abanicándose, pero sin un solo botón de la camisa desabrochado.

—Lord Wellesley, señor Wellesley, ¿vuelven de un agradable paseo? —pregunta cortésmente.

—Más o menos —jadea Charlie pasándose el antebrazo por la frente.

—Buscábamos a la señora Lovelace —dice Leo—. ¿Sabe dónde podemos encontrarla?

—¿Me buscaban a mí? ¡Qué halagador! —oyen la voz de la señora Lovelace desde la entrada.

Leo gira el rostro hacia ella y la encuentra agitando un abanico de plumas. Lleva un hermoso vestido, pero, por una vez, no está de humor para admirar la calidad de la seda ni el bordado de peonías.

—Señora Lovelace, me gustaría preguntarle algunas cosas.

Ella pestañea.

—Ya creía que me iba a marchar de Cantón sin que lo hiciera, querido. —Mira también a Charlie—. ¿Ha cenado? Esta conversación será mejor tenerla en privado, si me hacen el favor de acompañarme...

Capítulo 33

Charlie

Leo y ella se miran en silencio.

—Ahora, si me disculpan, me retiraré —dice la señora Lovelace poniéndose en pie—. Ha sido un día muy largo.

Leo besa su mano en primer lugar; Charlie lo hace a continuación. Su abuela le dirige una mirada un poco más larga de lo normal.

—Gracias por no guardarme rencor, querida. ¿O lord Wellesley? Avíseme cuando se decida.

—Lo haré, no lo dude. —Charlie resopla—. Que descanse.

Leo espera a que se vaya para suspirar. El comedor está vacío, todo el mundo ha terminado de cenar, pero ellos tres se han quedado hablando.

La señora Lovelace se lo ha contado todo: que su padre le escribió una carta cuando estaba a punto de morir, que le habló de sus hijos con orgullo, que le pidió que les diese una oportunidad y que, después de todo, ella se alegra de haberlo hecho.

—¿De verdad no le guardas rencor? —Se inclina hacia Charlie con aire confundido, pero ella sacude la cabeza.

—Nos ha sido de mucha ayuda. Y no me dijo ninguna mentira.

—¿No vas a contarme cómo fue vuestra conversación?

—No.

—Ya veo. —Leo se pone en pie—. No confías en mí...

Charlie agarra su chaqueta y tira de ella para que vuelva a sentarse.

—No es un problema de confianza, sino de vergüenza. —Sacude la cabeza y tensa la comisura del labio en algo parecido a una sonrisa—. Me comparó con tu señorita Kwok-Fei y no salí bien parada.

—La señorita Kwok-Fei no es mía. —Leo aprieta los dientes—. Y creo que ya está bien de que otros nos digan lo que...

En ese momento, unos pasos los sobresaltan. Alguien ha entrado en el comedor vacío.

Charlie se vuelve hacia la puerta y se encuentra con la mirada burlona de Arthur Rothgard. Ya tardaba en aparecer.

—¿Qué quiere, Rothgard? —dice rápidamente. No puede reprimir un escalofrío al pronunciar ese apellido en su presencia.

Arthur se acerca caminando con las manos en los bolsillos. Charlie se pone en pie y Leo hace lo propio, aunque Charlie juraría que le tiemblan las piernas. Eso hace que se le encoja el corazón.

—Devolver las cosas a su orden natural. —Arthur ladea el rostro para observarla y luego se detiene frente a Leo—. Nos han obligado a hacer todo este viaje por algo que podríamos haber resuelto en Londres como personas civilizadas.

—Que yo sepa, nadie les invitó a venir —dice Leo entre dientes.

Una risa agria sale de los labios de Arthur.

—Ah, el caballeroso señor Wellesley. Puede que otros se dejen engañar por las apariencias, pero yo sé que estás lleno de rabia.

—Y tú de soberbia. —Ya no hay el menor asomo de cortesía en el tono de Leo.

Charlie le pone la mano en el brazo.

—Basta, Rothgard. Ya es suficiente.

—Será suficiente cuando yo lo diga. De momento —añade rodeando a Leo—, van a venir conmigo.

—No vamos a ir a...

A Charlie se le hielan las palabras en la boca cuando ve cómo algo levanta la chaqueta de Leo por detrás.

El cañón de una pistola.

Leo se queda quieto. Sin respirar. Charlie no puede dejar de contemplar el cañón apoyado en la curva de su espalda.

—No querrá que apriete el gatillo, ¿verdad, lady Wellesley? —susurra Arthur—. Van a venir conmigo. Los dos.

—Vamos a ir con usted —dice ella al punto—, pero apúnteme a mí. Intenta disimular el temblor de su voz, pero no lo consigue.

—Oh, no, no. —Arthur sonríe lentamente—. Si hay algún tipo de accidente, no puedo prescindir de usted. —Empuja a Leo con la pistola—. Andando.

—Si hay algún tipo de accidente, le sacaré las tripas —advierde.

Pero Arthur tan solo resopla. Charlie comprende que han perdido esa batalla y, resignada, echa a andar sin perder de vista la espalda de Leo. Incapaz de encontrar otra salida.

Arthur les conduce hasta una habitación muy parecida a la suya. Cuando empuja la puerta, Charlie se queda sin aliento al ver quién los espera al otro lado.

—Miller —sisea.

El abogado no responde. Está ligeramente recostado hacia la ventana, como si buscara una inexistente brisa nocturna. El cuello de su camisa está mojado de sudor.

Entonces capta un movimiento a su derecha y ve que Arthur empuja a Leo hacia delante. Su intención es que pierda el equilibrio, pero él consigue mantenerse en pie con cierta elegancia.

—Bien, ya estamos todos, gracias por venir —se burla el mayor de los Rothgard.

—Lord, digo, lady Wellesley. —Miller le dedica una ligera inclinación de cabeza. A Leo le ignora por completo—. Tome asiento, por favor.

—Prefiero quedarme de pie —responde Charlie cruzándose de brazos.

Arthur y Miller intercambian una mirada y el abogado suspira:

—Muy bien.

El abogado se levanta pesadamente y se dirige hacia el escritorio, sobre el que descansa un maletín de cuero rojizo. Lo abre con parsimonia y extrae una carpeta de su interior.

—Tenga. —Se la tiende a Charlie—. Es un documento oficial en el que reconoce que es realmente lady Wellesley y accede a contraer matrimonio con Arthur Rothgard.

Charlie le pone la carpeta contra el pecho.

—Cásese usted con Rothgard, si quiere.

—Lord Wellesley no va a renunciar a su título ni a su herencia —interviene Leo con voz de ultratumba. Charlie le echa un rápido vistazo y siente un escalofrío al ver la expresión de su cara.

—¿Otra vez con eso? —Arthur chasquea la lengua—. A estas alturas, todo Londres lo sabrá ya. La prensa estaba debidamente informada cuando su barco zarpó. —Mira a Charlie con un brillo divertido en la mirada—. No tienen otra salida.

A Charlie se le encoge el estómago al escuchar esas palabras, pero se obliga a alzar la barbilla.

—No voy a casarme con usted.

—¿Por qué, porque prefiere revolcarse con su hermano bastardo? Le aseguro que yo también puedo satisfacerla.

No reflexiona, agarra la chaqueta de Arthur y lo empuja contra la pared.

—¡Lord, digo, lady Wellesley, por favor! —ruega Miller interponiéndose entre ellos.

Arthur se sacude la chaqueta con una sonrisa burlona. En ese momento, la puerta se abre de nuevo.

—¿Charlie? —oye la voz de Gideon a sus espaldas—. ¿Qué está pasando aquí?

Alguien toma el codo de Charlie, pero no es Gideon, sino Leo. La otra mano está dentro de su bolsillo.

—Nada, nosotros ya nos vamos —dice Leo tirando de ella hacia la puerta.

Pero un chasquido les impide avanzar. Arthur vuelve a apuntarle con la pistola, ahora desde el otro lado de la habitación.

—Lady Wellesley no se mueve de aquí hasta que los documentos estén firmados —su voz no refleja emoción alguna cuando mira a Charlie—. A no ser que prefieras que el bastardo coma pólvora y no lo cuente.

—¡No te atrevas a decir eso! —Charlie se coloca delante de Leo—. No te atrevas a amenazar a...

Pero no llega a terminar la frase, Leo rodea su cintura con un brazo, la coloca detrás de él y extiende el otro.

Él también lleva una pistola en la mano. Y está apuntando a Arthur

con ella.

Se produce un gélido silencio.

—Adelante, dispara —dice Leo suavemente—. Dispara y no tendrás tiempo de lamentarlo.

—Por el amor de Dios, Leonard. —Arthur emite una risa seca y gutural—. Tú no eres un asesino.

—Pruébame —insiste Leo. Su tono de voz hace que Charlie sienta escalofríos—. Pruébame y verás.

—Arthur, baja la pistola. —Gideon da un paso hacia él—. Hemos ido demasiado lejos.

—Cállate.

—¡No puedes apuntar a un caballero con una pistola y pretender que no se defienda!

Gideon se ha puesto pálido, pero Arthur se mantiene impassible.

—¿Dónde está el caballero? Yo solo veo a un sucio bastardo.

—Arthur, basta...

—¿O qué? —Arthur esboza una sonrisa desagradable—. No pienso volver a Londres con las manos vacías.

Charlie ya no puede más:

—¡No lo entiendes, es tu hermano!

—¿Qué? —Gideon la mira con sobresalto.

—Es vuestro hermano —repite Charlie con firmeza.

Gideon se vuelve hacia Arthur con la misma expresión perpleja, pero él tan solo parpadea.

—No importa que tenga la sangre de mi padre —dice entre dientes—, nunca será un Rothgard.

Entonces Charlie lo comprende, Arthur ya lo sabía y no le conmueve lo más mínimo. Desesperada, se coloca delante de Leo.

—No —susurra él.

«Sí», piensa Charlie.

Si ha dudado en algún momento de su amor por Leo, acaba de salir de dudas. Solo quiere que esa pesadilla se acabe para los dos. Para poder decirle lo equivocada que ha estado, lo cobarde que ha sido, y pedirle perdón.

Arthur se gira hacia ellos y sube la pistola unos centímetros.

—Tengo suficiente puntería como para volarle la cabeza sin matarla a usted. Herida o no, seguirá siendo lady Wellesley mientras respire.

—¡Ya está bien! —Gideon se detiene frente a él—. ¡Baja esa pistola, hermano!

—¡Apártate, idiota!

Arthur vuelca la mesa de una patada. Miller se encoge contra una esquina de la habitación y Charlie nota unos brazos rodeándola para hacerla girar de nuevo.

Leo la coloca entre su cuerpo y la pared.

—¡Quieto, bastardo! —oye rugir a Arthur.

«¡No!», quiere gritar Charlie. Pero no le sale la voz.

Y, cuando oye el disparo, solo puede cerrar los ojos.

Capítulo 34

Leo

Un pesado silencio ha invadido la habitación.

Leo tiene una mano agarrada al marco de la ventana. Sus dedos están blancos de apretar.

No ve el contorno oscuro del puerto de Cantón, ni ningún edificio. Ante sus ojos se repite una y otra vez la horrible escena que acaba de presenciar.

—Ha sido un accidente —murmura Gideon una y otra vez—. Ha sido un accidente, un accidente...

Lo ha sido.

Leo estaba protegiendo a Charlie con su cuerpo cuando el arma de Rothgard se ha disparado. Su primera reacción ha sido girarse rápidamente... y lo ha hecho justo a tiempo para ver la mueca congelada en el rostro de Arthur.

Ya no había desdén en su gesto. Sus ojos, abiertos de par en par, observaban a Gideon como si fuera la primera vez que le veía.

Luego se ha desplomado.

No han podido detener a Miller en su huida, pero Charlie ha conseguido hacer entrar en razón a un Gideon que no era capaz de salir de un estado de shock.

Leo ni siquiera sabe cuándo ha entrado el señor Wong ni cómo ha sabido que estaban allí, pero el administrador ha sido el único capaz de tomar las riendas. Ha cubierto a Arthur con una sábana, ha pedido un té muy cargado para todos y se ha marchado a informar del asunto a las autoridades.

Se supone que deben aguardar su regreso, pero la tensión es

insoponible para Leo. Y no solo por el peso de la pistola que aún lleva en el cinturón.

El hombre que ha muerto era su medio hermano, pero no es capaz de lamentarlo. No cuando piensa que podría haber sido... Charlie.

Cierra los ojos como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. Se recuerda a sí mismo que no ha sucedido nada de eso, que Charlie está justo detrás de él. Viva.

Oye cómo ceden los muelles de la cama cuando se sienta junto a Gideon. Abre los ojos y observa el tenue reflejo de ambos en el único espejo de la habitación.

—Ha sido un accidente —repite Charlie.

Leo observa cómo ella abraza a Gideon y este esconde el rostro en su hombro.

—Sí. —Gideon tiene la voz ronca—. Sí, ha sido un accidente.

—Se lo diremos a la policía —añade Charlie en el mismo tono—. Cuando volvamos a Inglaterra.

Porque tendrán que juzgar a Gideon en Inglaterra. Es lo mejor. El señor Wong y Charlie han insistido en que lo más sensato que podía hacer era entregarse, cualquier otra cosa le haría quedar como un asesino.

Leo no ha dicho nada.

—Esto será mi ruina —murmura Gideon entonces—. Será mi ruina...

—No. —Charlie le estrecha con más fuerza—. Te lo he dicho, testificaremos a tu favor. Cuando volvamos a Inglaterra.

Por fin, Leo retira la mirada del espejo y contempla la ciudad nocturna.

Volver a Inglaterra.

No puede hacer eso, ahora lo sabe. Lord Wellesley les hizo ir hasta allí para algo más que descubrir su pasado, quería encaminarlos hacia su futuro.

¿Charlie lo comprenderá?

En ese momento, alguien da unos golpecitos en la puerta. Leo se gira con la espalda tensa; afortunadamente, quien reaparece en el umbral es el señor Wong.

—El cónsul está informado, lord Wellesley, señor Wellesley —dice con tono lúgubre—. El señor Rothgard debe volver a Londres lo antes posible. —Evita mirarle directamente—. De momento, los dueños del hotel le sugieren que cambie de habitación.

—Será lo mejor —suspira Charlie.

Está mirando al señor Wong, por lo que Leo solo alcanza a ver parte de su mejilla, que aún sigue pálida. Ni siquiera ha sido capaz de acercarse a ella y abrazarla, de preguntarle cómo se siente.

Sin embargo, ahora sí que se mueve. Se acerca a Gideon al mismo tiempo que Charlie y entre los dos le ayudan a ponerse en pie. Leo rehúye la mirada de Charlie de forma obstinada, pero es completamente consciente de la respiración alterada de Gideon mientras salen del dormitorio.

El señor Wong los precede por el pasillo para acompañarlos a la otra habitación. Al apartarse de Gideon, Leo roza sin querer a Charlie y sus ojos se encuentran.

Se le forma un nudo en la garganta que no puede soportar. Desvía la mirada hacia Gideon, cuyas pecas destacan más que nunca sobre su piel.

—Buenas noches —dice con cierta rigidez.

Coloca una mano en el hombro del señor Wong en señal de agradecimiento y se aleja por el pasillo. Necesita salir de allí.

El aire es asfixiante incluso en el exterior del hotel. Nota el peso del calor en los hombros mientras se aleja hacia el puerto con pisadas irregulares.

Demasiadas emociones en tan poco tiempo hacen que su autocontrol peligre. La angustia que se acumula en su pecho casi no le deja respirar.

Apenas había asimilado que Arthur y Gideon eran sus hermanastros cuando uno de ellos ha muerto a manos del otro. Por un disparo no intencionado.

Saca la pistola de su cinturón y la contempla con la mirada nublada. Se humedece los labios cortados por el aire salino.

—Leo.

La voz de Charlie le llega sin previo aviso. Alza la cabeza hacia el movimiento hipnótico del agua.

—La compré en Londres, antes de reencontrarnos en Wellesley Manor. Creí que podría hacernos falta. —Suelta una risa amarga—. Como si hubiese sido capaz de dispararla...

Echa el brazo hacia atrás y lanza el arma al Río de las Perlas, dejando que se pierda para siempre. Como tantas otras cosas en ese viaje.

El silencio se llena con el chapoteo de las embarcaciones que hay a su alrededor. Durante unos segundos, ninguno de los dos dice nada.

—Entonces, ¿ya está? —pregunta Charlie deteniéndose a su lado.

Los ojos de Leo se pierden en el horizonte cada vez más oscuro.

—Leo, dime algo. —Charlie toma su brazo.

—¿Qué quieres que te diga?

—Lo que sientes. —Su mano se aferra al lino como si de ese modo pudiera llegar mejor a él—. Todo esto se ha terminado y ahora...

—¿Terminado? —Entonces Leo sí que se vuelve hacia ella—. Esto no se ha terminado, Charlie.

—¿A qué te refieres?

—A que hemos cruzado medio mundo para descubrir quién era nuestro padre y ahora no sabemos quiénes somos nosotros.

Charlie entreabre los labios para decir algo, pero Leo no se lo permite:

—Ayer descubrí que llevo la sangre de los Rothgard y hoy uno de ellos ha matado al otro, Charlie. Ni siquiera puedo lamentarlo porque detesto a Arthur Rothgard y todo lo que representa.

Tiene los ojos completamente secos. Ha hablado en presente sin darse cuenta, aún le cuesta creer que Arthur ya no está.

—Pero podemos encontrarle sentido juntos, Leo. Los dos. —Charlie se acerca más a él para abrazarlo—. Por favor...

Leo da un paso atrás. Su respiración es irregular.

—¿Y volver a Inglaterra como si nada?

—Volver a Inglaterra y encontrar la manera de arreglarlo todo.

—No puedo hacerlo.

—Los dos tenemos que hacerlo, por Gideon, por la prensa y porque

he tomado una decisión.

—¿Una decisión? —pregunta Leo perdiendo el poco aliento que tiene.

—La señora Lovelace tiene razón, no sé lo que quiero, pero sí sé lo que no quiero. —Suspira—. No quiero ser lord Wellesley. Renuncio al título.

Leo la observa sin dar crédito a sus palabras.

—Y pondré el negocio de la seda a tu nombre —añade Charlie al cabo de un momento—. Si tienes un plan para sacarlo adelante, yo no voy a interponerme.

—Pero Charlie...

—Leo, tú sabes mucho más de telas que yo y padre hubiera querido que lo hicieras —su tono no admite réplica.

A Leo se le encoge el corazón. Baja la mirada al suelo un instante y después se inclina hacia ella para tomar su cintura.

—Quédate aquí. Conmigo.

—¿Aquí...?

—Ya te lo dije, quiero trabajar desde China y... también quiero conocer a Fu-Shuan.

—Tu abuela...

—Tú también tienes una abuela, Charlie. —Leo tensa los músculos—. Es nuestra oportunidad de hacer las cosas bien. En todos los sentidos.

—Pero yo no puedo quedarme, Leo. Gideon necesita que testifique a su favor, tengo que conseguir un nuevo abogado para hacer todos los trámites y después...

Leo sacude la cabeza.

—No habrá después, Charlie. Si vuelvo a Inglaterra, seguiré siendo el bastardo. Quiero ser algo diferente, un hombre sin pasado.

Los ojos de Charlie se anegan.

—Entonces, ¿es el final? —le tiembla la voz—. ¿Aquí es donde nos separamos?

Por toda respuesta, Leo cierra los ojos y la rodea con los brazos.

Capítulo 35

Charlie

El puerto de Cantón es un mosaico de colores suaves. Rosado en el cielo. Naranja en los tejados. Oro líquido en el mar.

Charlie ha apoyado los codos en la cubierta del barco. El aire salado le pica en los ojos, o quizá sea la noche sin dormir. No ha podido conciliar el sueño, no con Leo tumbado junto a ella en la habitación.

El señor Wong le ha ayudado a subir su baúl por la pasarela. Pero, antes de abandonarlo en el camarote del *Marygold*, lo ha abierto para sacar de él un pequeño objeto envuelto cuidadosamente en un paño. La cajita lacada que Leo cogió en Wellesley Manor para ella. La guardó junto con la pistola que ahora yace en el fondo del Río de las Perlas.

No quiere separarse de Leo, pero ¿qué opción les queda? Charlie debe volver a Londres; Leo desea permanecer en Cantón. Se alojará en el hotel y visitará a Fu-Shuan en Yujian. E invertirá el dinero que le dejó lord Wellesley, manchado de opio y culpa, en un negocio floreciente con el que dará trabajo a los hombres y mujeres de la aldea. Como en los viejos y buenos tiempos.

Mientras, ella languidecerá en Wellesley Manor. Si es que puede enfrentarse al escándalo y salir bien parada.

Pero ahora, mientras contempla los juncos solitarios meciéndose lentamente frente a ella, la prensa inglesa es la menor de sus preocupaciones.

—Ha madrugado, querida. ¿O querido?

La señora Lovelace se detiene junto a ella. Charlie no la mira, pero

sonríe un poco cuando le coloca la sombrilla encima.

—En realidad, me trae sin cuidado.

—¿Aún no sabe quién es? Yo creía que lo había averiguado.

—Lo estoy averiguando. —Por fin, Charlie se vuelve hacia ella—. Pero ser un hombre o una mujer es lo de menos para mí.

—¿Quiere mi consejo?

—Va a dármele de todas maneras...

Charlie se recuesta en la barandilla y cruza los brazos sobre el pecho. Su abuela encaja el golpe con elegancia.

—Siga siendo lord Wellesley durante la travesía. Ser un lord puede ser muy conveniente en algunos momentos, y usted sabe tan bien como yo que el viaje será largo y complicado.

Sí, lo sabe. Sabe que lo será. Y solo de imaginarse a sí misma sola en el camarote, alejándose cada vez más de Leo...

Gira el rostro para ocultar el brillo delator de sus ojos, pero ya es tarde. Oye suspirar a la señora Lovelace.

—¿Por qué regresa? —su tono es extrañamente dulce—. Su corazón está aquí. Y el del chico también. Los dos podrían quedarse en Cantón...

—¿Y dejar que cuelguen a Gideon? —Charlie traga saliva—. No, tengo que volver.

—¿Seguro que Gideon no es una excusa?

—Tal vez. O tal vez no. —Charlie parpadea y vuelve a contemplar a la señora Lovelace—. Pero ¿sabe qué? Tenía razón.

—Siempre la tengo.

—Hablo en serio.

—¿Acaso yo estoy bromeando?

—Tenía razón en que debía aclarar mis ideas antes de poder ofrecerle algo a Leo —prosigue Charlie como si no la hubiera escuchado—. Y huir de mis problemas no es la solución.

—¿Y cuál es?

—Debo testificar a favor de Gideon. —Charlie se pasa la mano por la cara—. Debo hablar con un abogado para renunciar al título. Lo siento por su noble apellido —dice mirando a la señora Lovelace de reojo—, pero yo no lo quiero. El legado de mi padre es otro, y es

mucho más valioso para mí.

—Y yo lo respeto. —La señora Lovelace inclina la cabeza—. ¿Me cree si le digo que nunca tuve nada personal en contra de su padre?

—La creo. —Charlie suspira—. También debo decidir qué hago con Wellesley Manor. Amo esa casa, pero necesito dinero para mantenerla. Había pensado que...

—¿Sí? —dice la señora Lovelace al ver que duda.

—Podría permitir que la gente viniese a ver la colección de curiosidades de mi padre. Las curiosidades están de moda y no creo que hiciese daño alguno. —Se encoge de hombros—. Pero es solo una idea.

—Tiene bastantes ideas. —La anciana parpadea—. Va por el buen camino.

Charlie asiente. Sabe que es cierto, va por el buen camino, está empezando a tomar sus propias decisiones. Leo y ella ya han cumplido la misión que les encomendó su padre, ahora el mundo entero se abre para los dos con cientos de caminos por explorar.

Sabe que es cierto, que está haciendo lo correcto. Entonces, ¿por qué le duele cada latido de su corazón? ¿Por qué una parte de ella le grita que baje de ese barco y vaya corriendo al encuentro de Leo?

Ni siquiera se han despedido. Ya lo hicieron anoche, con sus labios y sus cuerpos. Es un adiós, quizá para siempre, Charlie no se ha atrevido a preguntarle a Leo qué hará con la señorita Kwok-Fei. Ni siquiera le ha prometido volver a Cantón. Porque eso implicaría que Leo quiere que vuelva junto a él.

La cubierta se ha ido llenando de gente. Gideon estará en su camarote, igual que Wilson, pero Charlie y la señora Lovelace permanecen donde están. La tripulación del *Marygold* ha embarcado y los últimos rezagados se despiden de sus parientes junto a la pasarela. Charlie los observa con los dedos aferrados a la barandilla.

Las lágrimas mojan su cara y llenan de bruma el puerto de Cantón. Se las seca con un gesto de impaciencia.

Entonces parpadea y lo ve.

Está en el muelle, casi al borde del agua. Lleva un traje de lino de color crudo y tiene la mano sobre la frente a modo de visera. Cuando

sus ojos se encuentran, Charlie juraría que los suyos también están brillantes.

—Ahí lo tiene —murmura la señora Lovelace junto a ella—. Es su última oportunidad de volver con él.

Están retirando la pasarela. Charlie niega con la cabeza sin apartar los ojos de Leo.

—Si vuelvo, será para siempre —dice en voz baja, más para sí misma que para su compañera de viaje—. Y quiero hacerlo con todos mis asuntos en orden.

—¿Y si se casa mientras tanto? —Por primera vez, su abuela parece inquieta—. ¿Lo ha pensado?

—Si se casa, espero que sea feliz. —Se le quiebra la voz—. Porque es el mejor hombre que he conocido y le quiero con toda mi alma.

Trata de reprimir un sollozo, pero es imposible. Desde el muelle, los ojos de Leo se cierran y sus labios elevan lo que parece una plegaria.

La señora Lovelace se retira discretamente, pero Charlie se queda. Sigue mirando a Leo mientras se aleja del puerto, mecida por el viento y arrullada por las gaviotas, tratando de recomponer los pedazos de su corazón roto.

Porque ahora lleva su nombre grabado en él. Eternamente. Escrito con sangre y seda.

Capítulo 36

Leo

Un año después. Londres, 4 de agosto de 1875

El cielo plomizo de Londres no puede apagar el color vivo de las enredaderas de Abney Park. Desde el pequeño promontorio en el que se encuentra, Leo ve cómo la naturaleza se apodera de las lápidas.

Pero él solo tiene ojos para dos en concreto. Las custodia un ángel de piedra con la mirada perdida; frente a él hay alguien sujetando dos rosas blancas.

Leo estruja la carta en la mano mientras recorre su figura con los ojos. El sombrero deja entrever varios mechones desordenados de cabello, y Leo siente unos deseos irrefrenables de enterrar los dedos en ellos. Antes de darse cuenta, se encuentra caminando de nuevo.

Atraviesa los cipreses y lápidas.

Una lluvia fina de verano empieza a caer sobre Abney Park y sus pisadas suenan sobre mojado.

No puede creerse que esté allí. Nota el pecho agitado de la emoción.

Aunque lleva la carta dentro del puño, la lluvia está emborronando la tinta. Pero no le importa. Ha memorizado cada palabra, cada promesa, cada trazo tembloroso y cargado de añoranza.

Charlie se incorpora y se da la vuelta. Y sus miradas se cruzan.

Tarda menos de un segundo en que sus ojos se abran de par en par. Sus labios se le separan y una de sus manos se mueve hasta su boca.

Leo abre el paraguas.

—Nunca te acuerdas de que aquí puede empezar a llover en cualquier momento —dice con la sonrisa asomando a su mirada.

—Leo... —jadea Charlie lanzándose contra él.

Leo rodea su cintura con un brazo. Es como si nunca hubiese dejado de hacerlo y, al mismo tiempo, como si hubieran pasado siglos desde que la dejó marchar en el puerto de Cantón.

Puede asegurar que el traje que lleva es uno hecho con la seda que utilizan en su negocio. Pero Leo solo piensa en lo bien que le queda. En lo preciosa que está.

En lo maravilloso que es volver a tenerla entre sus brazos.

—Charlie —susurra aspirando el aroma de su cuello.

Se le hace extraño vérselo al descubierto, pero le encanta. Entierra la nariz en su piel y siente las manos de la joven aferrándose a su chaqueta.

Como siempre quiso. Y ahora puede hacer realidad.

—Deja que te vea —dice Charlie.

Se separa lo justo y necesario para llevar las manos a sus mejillas.

—Estás moreno —ríe deslizando el pulgar por el familiar hoyuelo de Leo—. No te esperaba hasta el otoño.

—Zarpé en cuanto supe que la persona que amo estaba deseando que volviese a su lado. Me consta que ha abierto una casa de curiosidades después de haber renunciado a su título y que toma el té con su abuela todos los domingos. Necesitaba verla y comprobar por mí mismo que ha encontrado su lugar, como siempre supe que haría.

—La persona que amo yo también ha encontrado el suyo —dice Charlie con voz trémula— dedicándose a lo que siempre había querido.

—No del todo. —Leo no puede apartar los ojos de ella—. Puede que haya encontrado su vocación, pero lo que quiere sigue en Londres.

Acerca a Charlie un poco más y habla contra sus labios:

—Y ahora solo necesito saber si...

—Sí. —Charlie no le deja terminar—. Completamente.

Una lágrima cae por su mejilla. Leo la enjuga y entreabre los

labios, pero Charlie le silencia con un beso. Uno en el que están encerrados todos los sueños que han navegado con Leo desde Cantón.

Sabe que lo que les espera en Londres no será fácil. Pero, mientras besa a Charlie entre los ángeles de piedra, comprende que es la única vida que quiere.